

**AQUÍ NO HAY TREGUA
Y OTRAS HISTORIAS**

AMA ATA AIDOO

AQUÍ NO HAY TREGUA
Y OTRAS HISTORIAS



© 2024, Ama Ata Aidoo

Esta edición de *Aquí no hay tregua y otras historias*
se publica bajo la siguiente licencia:



Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 España
CC BY-NC-ND

Título original: *No sweetness here and other stories*
Longman African Writers (1994). Essex, R.U.; Longman Group Limited.
Aquí no hay tregua y otras historias

Colección: Narrativa
1ª edición junio de 2024
1.200 ejemplares

EDITA: cambalache

Calle Martínez Vigil, 30, bajo. 33010, Oviedo.
Tfno.: 985 20 22 92
cambalache@localcambalache.org
www.localcambalache.org

AUTORÍA: Ama Ata Aidoo

TRADUCCIÓN: Marta Sofía López Rodríguez y Maya G. Vinuesa
CORRECCIONES: Irene Choya, Pablo Fierro Huerta y Eva Martínez Álvarez
DISEÑO, CUBIERTA Y MAQUETACIÓN: Amelia Celaya
IMPRESIÓN: Gráficas Summa

Depósito Legal: AS 01643-2024
ISBN: 978-84-121866-7-3
Impreso en papel reciclado

Este libro, al igual que el resto de las ediciones de cambalache,
puede descargarse libremente en nuestra web.

ÍNDICE

Prólogo

Sobre la obra.....	9
Sobre la traducción.....	15
Todo cuenta.....	27
Para quienes nada cambió.....	37
Tomando un trago.....	63
El mensaje.....	73
Ciertos vientos del sur.....	85
Aquí no hay tregua.....	97
Un regalo caído del cielo.....	121
Dos hermanas.....	137
La flor tardía.....	157
Charla de camino al funeral.....	171
Otras versiones.....	187

PRÓLOGO

[sobre la obra]

MARTA SOFÍA LÓPEZ RODRÍGUEZ

Ama Ata Aidoo (Abeadzi Kyiakor, Ghana, 1942 - Accra, Ghana, 2023) ha sido una de las grandes de la literatura africana, parte de la generación de pioneras que rompieron el silencio de las mujeres negras. Junto a Micere Mugo (Kenia), Flora Nwapa y Buchi Emecheta (Nigeria), María Nsúé (Guinea Ecuatorial), Mariama Bâ (Senegal) o Bessie Head (Sudáfrica), entre otras, Aidoo ha contribuido de forma decisiva a la visibilización de la experiencia femenina en el continente, tan compleja y variada como las propias mujeres. La mistificada «Mujer Negra» de la poesía de Léopold Sedar Senghor se desmorona y se revela como una falacia cuando las africanas asaltan, desde finales de los años sesenta del siglo XX, un espacio narrativo que les había estado vedado a consecuencia, fundamentalmente, de los modelos educativos impuestos por los regímenes coloniales.

Entre las mujeres de su generación, Aidoo destaca por su versatilidad literaria. Aunque únicamente están traducidas al español dos de sus obras (contando la que ahora presentamos), Aidoo ha escrito, y este no es un recuento exhaustivo de su obra, las novelas *Nuestra hermana aguafiestas* (1977) y *Changes* (1991); los volúmenes de poesía *Someone*

Talking to Sometime (1986) y *An Angry Letter in January* (1992); colecciones de relatos como *The Girl Who Can and Other Stories* (1997) y las obras de teatro: *The Dilemma of a Ghost* (1964) y *Anowa* (1970). A su escritura creativa hay que añadir teoría crítica. Ningún género escapó a su enorme talento. Pero es su feminismo insobornable y su visión radical de las relaciones históricas entre África y Occidente y de las perversas dinámicas políticas del mundo (post) colonial lo que la convierte en un referente inexcusable en el panorama de las letras contemporáneas. A diferencia de muchas de sus compañeras de viaje, Aidoo nunca rechazó el término «feminista», pero indudablemente ha arraigado su visión de las mujeres, no en los espacios críticos occidentales, sino en la propia experiencia de las africanas. Por otra parte, la agudeza y la acidez de sus comentarios sociopolíticos levantó ampollas tanto en África como en Europa o Norteamérica.

De modo que leer a Ama Ata Aidoo es una experiencia que recuerda a morder una nuez de cola o una pepita de cacao puro: hay un punto indiscutible de placer, pero el regusto en la boca es amargo, amargo... Esta colección de relatos, como todos sus escritos, desborda innovación técnica, estrategias comunicativas insólitas y una multiplicidad de voces que desafían cualquier visión simplista de la realidad. Los giros en la narración, la precisión de la mirada, lo minucioso de las descripciones y el sonido vivo de la oralidad hacen de la lectura de estos cuentos una fuente inagotable de placer estético y literario. Nana Jane Opoku-Agyemang identifica hasta nueve fórmulas narrativas diferentes a lo largo de la compilación, incluyendo el paralelismo («Ciertos vientos del sur»), el contraste directo

(«Dos hermanas»), el soliloquio («Un regalo caído del cielo») o el *amanee* o mensaje en «Tomando un trago».¹

Pero, más allá de la sofisticación técnica, las vidas de los personajes representados, fundamentalmente mujeres, son desgarradoras. No únicamente porque todas ellas sean de una u otra forma víctimas de los avatares de la historia (post)colonial, porque, como Odille Cazenave hizo notar en su momento, la condición de víctima no implica la ausencia de agencia.² De hecho, los relatos hablan de resiliencia, de una capacidad extraordinaria para sobrevivir al abandono, a la miseria, al maltrato, al ostracismo social... Pero, como lectoras, no pueden dejarnos impasibles –y en esto tiene mucho que ver la forma de narrar las historias e interpe- lar a la audiencia, como si estuviéramos presentes ante los acontecimientos relatados– las humillaciones, las fragili- dades, pequeñas o grandes tragedias de los personajes: la frustración de Sissie al comprobar que el canon de belleza y el consumismo occidentales (magistralmente simbolizado por las pelucas) devoran sin piedad a África; el dolor de Connie, que ve cómo su hermanita se vende por un par de zapatos o un paseo en un coche de lujo; la desolación de Maami Ama, que en el mismo día de su divorcio formal ve morir a su único hijo, su orgullo y su sostén; la amargura de M^{ma} Asana al comprobar cómo la historia se repite y su hija es, como lo fue ella, abandonada por su marido;

¹ Opoku-Agyemang, Nana Jane (1999): «Narrative Turns in Ama Ata Aidoo's *No Sweetnes Here*». En Azodo, Ada Uzoamaka y Wilentz, Gay (eds.), *Emerging Perspectives on Ama Ata Aidoo*. Africa World Press.

² Cazenave, Odile (1999): *Rebellious Women: The New Generation of Female African Novelists*. Lynne Rienner Publishers Inc.

la desesperanza de Auntie Araba cuando su muy brillante hijo es incapaz de sostener su promesa de matrimonio, o la precariedad de la existencia de las mujeres negras en cualquier lugar del mundo, como se nos revela en «Otras versiones». Aidoo habla de vidas en las que no hay dulzura, no hay tregua: la pobreza, las malas cosechas, la enfermedad y la muerte marcan la vida de muchas de las protagonistas. Sus maridos son infieles o maltratadores, irresponsables y egoístas. Los «peces gordos» no tienen ningún reparo en utilizar como juguetes sexuales a mujeres jóvenes, que a su vez están dispuestas a venderse en el turbio mercado del sexo, porque «cualquier trabajo es un trabajo». Las niñas mueren en la infancia, las mujeres se insultan entre ellas y se acusan de *brujas*, las adolescentes ven a sus madres resignarse a la penuria y al abuso...

Salvando las diferencias contextuales, las vidas de las mujeres de Ama Ata Aidoo son también las vidas de nuestras abuelas, de nuestras madres, de las mujeres de nuestro pueblo, de cualquier mujer en cualquier esquina del mundo. Historias narradas con infinita compasión, sin juicios de valor, sin condenas. Esa es la esencia del feminismo (o del mujerismo) de Ama Ata Aidoo. Y, a pesar de lo que he dicho más arriba, su mirada hacia los hombres tampoco está exenta de compasión o empatía. Algunas de las historias, como «Para quienes nada cambió», «Tomando un trago» u «Otras versiones», tienen a hombres como narradores y focalizadores: hombres buenos, hombres sensatos y sencillos, capaces de comprender las heridas de sus hermanas, de sus madres y de la *Madre África*.

No obstante, el contexto es enormemente relevante a la hora de comprender las historias en todas sus implicacio-

nes. Nunca ha acabado de gustarme el concepto de la «doble colonización» de las mujeres, porque me parece que tiene un regusto a victimización y a condescendencia occidental. Pero Aidoo inscribe claramente sus relatos en el momento de la (post)colonia. Aunque la mayor parte de las historias que componen *Aquí no hay tregua* tienen como marco el mundo rural, los vientos de la modernidad impuesta por occidente han descompuesto las estructuras familiares tradicionales, las jerarquías gerontocráticas, los valores éticos de la sociedad. El mundo africano, como dijo Chinua Achebe, se ha desmoronado. Ahora pertenece a los *big men*, a las élites negras que han venido a ocupar el papel de los blancos y que han hecho del dinero y el poder su única bandera. Para los condenados de la tierra, las independencias no han traído la dignidad ni la libertad, sino nuevas formas de servidumbre y miseria.

Aquí no hay tregua deja pocos resquicios para la esperanza, la ternura o el humor. Como la nuez de cola y el cacao, los relatos son amargos. Pero nos sacuden la conciencia, nos estimulan, nos incitan a la acción. Y esa es, a fin de cuentas, la misión de la buena literatura.

PRÓLOGO

[*sobre la traducción*]

MAYA G. VINUESA

Ama Ata Aidoo mantiene una posición hacia el inglés similar a la defendida por Chinua Achebe: la apropiación de la lengua colonial como vehículo de transmisión de cultura y saberes tradicionales con la potencia de articulación de un discurso anticolonial. Desde el respeto —principio que compartimos con Gabriel Dols¹— a la ficción escrita en inglés ghanés y otras lenguas entretejidas en el habla viva de los personajes que habitan el universo de *No Sweetness Here*, nuestra intención ha sido recrear un castellano híbrido, evocador de este contexto cultural africano menos familiar para las lectoras del mundo hispánico. Para ello, hemos procurado mantener el delicado equilibrio entre la desfamiliarización propia de cualquier obra que se precie de ser literaria y la inteligibilidad imprescindible en todo texto traducido. Dicho de otro modo, hemos tratado de evitar la domesticación del texto en la medida de lo posible.

¹ Dols, Gabriel (2022): *Towards a Responsible Translation of Pidgin English in Postcolonial Literature. The Case of Ken Saro-Wiwa's Sozaboy*. Doctoral Thesis. Universitat de les Illes Balears.

Al mismo tiempo hemos partido de la necesidad de superar la vieja dicotomía extranjerización-domesticación², aplicada desde las teorías de la traducción dominantes en el mundo académico occidental con excesiva ligereza y desconocimiento de los contextos africanos y sus literaturas eurófonas. Reducir la traducción de las literaturas poscoloniales a un compendio de técnicas y estrategias regido por uno de los polos de la mencionada dicotomía, es olvidar las condiciones de escritura y de recepción de dichas literaturas. Aquí radica nuestro compromiso de valorar las condiciones de recepción de textos como este, procedente del campo anglófono. Sus primeras lectoras están familiarizadas en mayor o menor grado con la historia que une a británicos y ghaneses. Todas ellas son invitadas por parte de las autoras y autores anglófonos africanos a recordar la historia del Imperio Británico y sus antiguas colonias, un ejercicio por cierto imprescindible para comprender la diáspora, la migración y el exilio que trajo como consecuencia. Sin embargo, las condiciones de recepción cambian en el contexto de cualquier otra lengua a la que se traduce, y ese es el caso de la lectora hispana. Las traductoras consideramos que no sería justo exigir a las receptoras de esta versión de *Aquí no hay tregua* el conocimiento de la lengua inglesa y del *pidgin* inglés de Ghana —por lo cual hemos decidido incluir la única nota a pie de página de los relatos³—, así como de

² Venuti, Lawrence (1995/2008): *The Translator's Invisibility: A History of Translation*. Routledge.

³ El uso de paratextos y en particular de notas a pie de página en la traducción poscolonial merecería una discusión que excede los límites de este prólogo. No nos interesa incrustar notas para exotizar los textos traducidos. Lo que queremos es poner la mirada en aquello que

las relaciones coloniales y poscoloniales entre Gran Bretaña y Ghana. Se trata de contextos de recepción diferentes: las lectoras de la obra original, familiarizadas con el «tercer espacio» simbólico e imaginativo en la lengua inglesa, y las lectoras de la obra traducida, situadas en lo que María Remedios Fernández Ruiz⁴ ha denominado el «cuarto espacio de la traducción de las literaturas africanas».

Para ello hemos partido de nuestro propio pasado colonial, que implica recordar la historia y la lengua del Imperio español, cuyas huellas encontramos en las variedades de América Latina, Asia (Filipinas) y África. La vitalidad del español de Guinea Ecuatorial en particular, por su cercanía a Ghana, nos ha permitido reflexionar sobre la posibilidad de tomar prestadas algunas palabras y expresiones que, sin imponer un contexto «guineano», sugerían elementos de africanidad en nuestra traducción. Aunque cualquier elección de una variedad geográfica meta puede resultar arbitraria (esta obra se podría haber traducido a otras variedades del

puede perderse entre los diferentes espacios de recepción de textos poscoloniales como *Aquí no hay tregua*. Desde este ángulo, con la nota que hemos introducido proponemos comunicar un aspecto del humor implícito en dos cuentos —«Aquí no hay tregua» y «Charla de camino al funeral»— que se pierde en castellano, por la particular pronunciación del inglés ghanés.

⁴ Fernández Ruiz, María Remedios, Corpas Pastor, Gloria y Seghiri, Miriam (2019): «Crossing the border between postcolonial reality and outer world: Translation and representation of the third space into a fourth space» [Cruzar la frontera entre la realidad poscolonial y el mundo exterior: Traducción y representación del tercer espacio en un cuarto espacio]. En *Cultura, Lenguaje y Representación / Culture, Language and Representation*. ISSN 1697-7750 E-ISSN 2340-4981. VOL XXI, pp. 57-72. Revista de Estudios Culturales de la Universitat Jaume I / *Cultural Studies Journal of Universitat Jaume I*.

español en África o el Caribe), la elección del español peninsular obedece a dos razones. En primer lugar, es la lengua materna de ambas traductoras, hablantes de dos variedades: la leonesa (Marta) y la madrileña (Maya). En segundo lugar, la elección del español peninsular responde también a exigencias editoriales, vinculadas al campo cultural y a las lectoras a quienes se enfoca esta publicación.

Más allá de la variedad geográfica o dialectal de la lengua a la que hemos traducido, era imprescindible recrear un nivel heteroglósico tan rico como el de las lenguas evocadas en el texto original, compuesto por fragmentos en el inglés pidgin de Ghana, palabras en fante (dialecto del akán), calcos en inglés de fraseología (colocaciones, dichos y refranes) de esta y otras lenguas de Ghana, y rasgos estilísticos como la repetición y la circularidad. Todo ello requería la reflexión sobre la inclusión de otros registros y, por qué no, como sugería Marta Sofía López Rodríguez, de la variedad estándar de Guinea Ecuatorial, así como el pidgin guineoecuatorial, denominado también *pichi*, *pichinglis* y *pidgin* de Guinea Ecuatorial (que se caracteriza por su base léxica de palabras procedentes del español, del inglés y de varias lenguas africanas).

El cuento «Para quienes nada cambió», con la presencia del *pidgin* inglés de Ghana en el habla de su protagonista, obliga a analizar su función dramática dentro del conjunto escrito en un inglés estándar ghanés. En el mapa lingüístico del antiguo Imperio británico, el *pidgin* es la lengua mestiza o «de contacto» hablada por el sujeto colonizado con su amo, y posteriormente, entre personas de diversa procedencia geográfica y lingüística. Se trata de una lengua franca, en suma, y cumple diversas funciones. Su uso por parte de uno

de los protagonistas, el encargado de la residencia gubernamental, en las conversaciones con su amo —el joven médico destinado a este pequeño pueblo en la Ghana rural— es inseparable de la ironía del cuento, que denuncia la continuidad de la jerarquía colonial entre señores y sirvientes en el nuevo contexto poscolonial. Los nuevos «amos» son los ghaneses con estudios universitarios que constituyen la nueva élite del país y asumen el poder ejercido anteriormente por misioneros, médicos y administradores coloniales. El joven médico ghanés, a diferencia de otros hombres de la primera generación universitaria africana, no se siente superior a sus pacientes, los aldeanos, ni logra persuadir al encargado de su casa de que deje de llamarlo *amo* o *massa* en el texto de Aidoo, la palabra en inglés *pidgin* equivalente a *master* en inglés estándar. Así comienza el cuento:

Knock... knock... knock...

‘A-ha?’

‘Massa, Massa, Massa...’

‘A-ha? A-ha? A-ha?’

‘You say make I com’ wake you. Make I com’ wake you for eight. Eight o’clock ’e reach.’

‘Okay, thank you.’

Knock... knock... knock...

A-ha?

‘Massa, Massa, Massa...’

A-ha? A-ha? A-ha?

You say make I com’ wake you for eight. Eight o’clock reach long time.

Okay, thank you Zirigu.

Una traducción normalizadora eludiría la dificultad que supone visibilizar la presencia del *pidgin* en el texto traducido, y reduciría este y otros fragmentos a un español estándar (peninsular o de cualquier otra variedad). De este modo encontraríamos un ejemplo de lo que Antoine Berman⁵ denominó «tendencias deformadoras» en el ejercicio de la traducción, con la anulación de las lenguas vernáculas del texto heteroglósico al despojarlo de su hibridismo original. El riesgo contrario, como el mismo Berman advertía, es la tendencia opuesta de la exotización, peligro real al querer visibilizar el *pidgin* ghanés en este caso. ¿Cómo seleccionamos las opciones manejables para la traducción de este cuento? En primer lugar, consideramos imprescindible atender a la función de re-creación del *pidgin* en el habla de este personaje: señalar la desigualdad entre los dos interlocutores. Esto habría conducido a la ficción equivalente de un registro social en español que, en caso de pertenecer al estándar, habría de compensar mediante el énfasis en dicha relación, de forma expresiva. Veamos esta posibilidad:

Toc, toc, toc...

—¿Sí?

—Amo, amo, amo...

—¿Sí? ¿Sí? ¿Sí?

—Mandó despertar, despertarlo a las ocho, ¡ocho son ya!

⁵ Berman, Antoine (1985), «La traduction comme épreuve de l'étranger». En *Texte 4*, pp. 67-81.

La palabra *amo*, propia también de contextos coloniales en las literaturas española e hispánicas, en los que un sirviente se dirige a su jefe, o su señor, evoca inmediatamente la relación de sumisión por parte de quien la enuncia. La ligera alteración sintáctica de la última frase también sugiere un uso no estándar de la lengua, en este sentido ligeramente equivalente al uso del *pidgin* ghanés del original. Pero no contentas con esto, decidimos forzar aún más nuestra lengua, y buscar matices que evocaran un contexto particularmente africano. Observemos la diferencia:

Toc, toc, toc...

—¿Sí?

—*Masa, masa, masa...*

—¿Sí? ¿Sí? ¿Sí?

—Mandó despertar, despertar a las ocho, ¡ocho son ya!

Sin duda el uso de *masa*, equivalente a *amo* en el *pichi* de Guinea Ecuatorial (de reconocible relación con el *pidgin* inglés de Ghana, *massa*, derivada de la palabra inglesa *master*), puede resultar extraña a los lectores y las lectoras de la traducción al español. Pero evoca un contexto específicamente colonial en el que hay una jerarquía impuesta por los europeos a los africanos. Su presencia en *Diez mil elefantes*, la novela gráfica de Pere Ortín y Nzé Esono Ebale (2022)⁶, ambientada en la Guinea Española, nos alentó a utilizarla en nuestro propio texto: *Mi historia es también la de mi jefe*

⁶ Ortín, Pere y Esono Ebale, Nzé (2022): *Diez mil elefantes*. Reservoir Books.

Manuel Hernández-Sanjuán, que entre nosotros sería luego «masa Sanjuán», explica el narrador, Ngoni Mbá.

Además del *pichi* o la lengua *pidgin* de Guinea Ecuatorial hemos prestado atención al español de África, y, en particular, a la variedad de Guinea Ecuatorial. Las lectoras y los lectores encontrarán algunos guineanismos en la traducción, con los que también hemos querido escribir este texto híbrido en castellano, con palabras como *malanga* o *lapá*. Todo ello lo hemos discutido con el profesor Rostand Joussi, conector de dichos guineanismos.

Lo expuesto nos lleva al reconocimiento del trabajo en equipo, sin el cual hubiera sido imposible la labor de las traductoras. Hemos procurado aunar saberes y talentos, entre los que destaca el profundo conocimiento de la literatura africana anglófona y de los feminismos africanos de Marta Sofía, inseparable de su dominio de la oralidad y de la lengua literaria. Por mi parte, he tratado de aportar mi propia experiencia en la traducción de narrativa anglófona, desde diversos enfoques de traducción literaria en diálogo con prácticas decoloniales.

AQUÍ
NO
HAY TREGUA
Y OTRAS
HISTORIAS

Traducido por **Marta Sofia López Rodríguez**

TODO CUENTA

A menudo observaba sus caras serias y se reía en silencio para sí misma. Se tomaban al pie de la letra lo que decían. Lo único es que, queriéndolos a todos como hermana, amante y madre, también los conocía. Los conocía como a la palma de su mano. Sabía que era mucho más fácil para ellos hablar de la belleza de ser uno mismo. No hay que luchar para parecerse a las chicas blancas. No hay que estirarse el pelo. Y, sobre todo, no hay que llevar peluca.

La peluca. Ay, la peluca. Hay quien dice que está hecha de fibra sintética. Otros juran que, si no es pelo de gitanos, entonces es chino. Los extremistas aseguran que están hechas con pelo de blancos muertos. Esta versión le produjo pesadillas, porque había leído en algún sitio, hace mucho tiempo, que los alemanes hacían pantallas para lámparas con la piel de los judíos. Y se estremecía delante de todo el mundo. En otras ocasiones, cuando su vida era dulce, como cuando estaba con Fifi, las imágenes que se le venían a la mente no eran tan terribles. Pensaba en la letra de esa canción de *highlife* y se reía. La que habla sobre gente de aquí pagando precios exorbitantes por ropa americana de segunda mano... y entonces, como estudiante de Económicas, intentaba recordar algunas otras verdades que sabía sobre África. Expertos de segunda clase ofreciendo peligrosos consejos de primera clase. O expresando inútilmente opiniones de quinta mano.

Maquinaria de segunda mano que venía de alguna chatarrería.

Máquinas quitanieves para granjas tropicales.

Tractores desfasados.

Aviones de desecho.

Y ahora, las pelucas. Hechas con el pelo que otra gente no quería.

En este punto, aunque era dura, se le llenaban los ojos de lágrimas. ¿Quizá de verdad su gente había perdido el barco del pensamiento original? Y si Fifi le preguntaba qué pasaba, ella se lo explicaba, repitiendo la misma historia una y otra vez. Él sacudía la cabeza y se reía de ella, y al final ella acababa riéndose con él.

Al principio, solía discutir con ellos en serio. «Pero ¿qué tiene que ver llevar peluca con la revolución?». «Mucho, hermana», decían. «¿Cómo?» preguntaba ella, esforzándose por no entenderlo.

«Porque significa que no tenemos confianza en nosotros mismos». Por supuesto, entendía lo que querían decir.

«Pero esto tiene gracia. Escuchad, hermanos, si realmente hiciéramos frente a los problemas con los que tenemos que lidiar, no tendríamos tiempo para preocuparnos por pelucas y otras tonterías semejantes».

Les hacía enfadar. No con la leve molestia de los hermanos, sino con el despecho de amantes heridos. Parecían terribles, les mutaban los ojos, se les enrojecían y le advertían de que si no tenía cuidado la destruirían. Ay, la asustaban mucho, y además muy a menudo. Especialmente cuando pensaba en qué les llenaba de esa clase de odio.

Esto era otra cosa. Siempre había sabido que en su sociedad los hombres y las mujeres habían tenido cosas más

importantes que hacer que pelearse por las ideas. Esto no lo había aprendido en la escuela. Porque, ya sabes, no se va a la escuela para aprender sobre África... Pero esto, ¿cómo lo llaman los expertos? ¿La guerra de sexos? Sí, por lo que se refiere a esta guerra de sexos, si acaso hubiera existido antaño entre su gente, no podía haber sido en la misma escala. En estos tiempos, cualquier pequeño *no* que una le dice al sí de un chico implica que estás pidiendo guerra. Ay, son demasiados problemas.

Y lo de imitar a las mujeres blancas, mmm, en fin, ¿qué otra cosa podemos hacer viendo el comportamiento de algunos hermanos? Las cosas que una ha visto con sus propios ojos. Las historias que ha escuchado. Sobre los políticos y los diplomáticos africanos en el extranjero. En todo caso, ya existen bastantes problemas sin preocuparse de los ricos.

Al cabo de un tiempo, dejó de discutir con ellos, sus hermanos. Dejó claro que, para ella, la peluca era una salida fácil. No podía permitirse el lujo de perder tanto tiempo con su pelo. La peluca, a fin de cuentas, no era más que un sombrero. Un turbante. ¿Harían el favor de dejarla en paz? Y, lo que es más, si querían una revolución, ¿por qué no trabajaban de forma más constructiva para alcanzarla?

Les cerró la boca. Porque ellos eran conscientes de sus propias debilidades, y sabían que no estaban preparados ni listos para afrontar la realidad y dejar de lado los aspectos de su sueño personal que se interponían entre ellos y los importantes pasos que tendrían que dar. Sobre todo, ella era realmente guapa e inteligente. La querían y la respetaban por ello.

No se esforzó mucho, y no hizo unos exámenes brillantes. Pero aprobó y consiguió su segunda licenciatura. Tres me-

ses más tarde, Fifi y ella decidieron que sería mejor casarse en medio de gente extraña. Las bodas, en su país, estaban llenas de tonterías mal encaminadas. Voló a casa un mes después de la boda, con dos maletas. El resto de su equipaje les seguía en un barco. Fifi no iba a empezar a trabajar hasta dentro de tres meses, así que se había desviado para conocer uno o dos países africanos.

De verdad, le había resultado difícil dar crédito a lo que veían sus ojos. ¿Cómo hubiera podido? Desde la azafata hasta las últimas mecanógrafas en cualquier oficina, absolutamente todas las chicas llevaban peluca. No de pelo discretamente corto para que pareciera su propio pelo, como era el caso de la suya. Sino descaradamente, agresivamente, vulgarmente. La mayor parte de ellas, de hecho, tenían cantidades ingentes de rizos abiertos flotando sobre sus hombros. O eran artefactos inmensos sobre sus cabezas.

Y eso no era toda la historia. De repente, parecía que todas las chicas y las mujeres que conocía, y a las que recordaba con una piel negra suave y lisa, se habían vuelto más claras. Pero no de manera uniforme. Santo Dios, la gente tenía el mismo aspecto que si una plaga terrible hubiera descendido sobre la tierra. Una plaga que convertía los rostros y los cuellos en extraños *patchworks*.

No era capaz de entenderlo, así que se dijo a sí misma que estaba soñando. Quizá existía una explicación sencilla. Quizá había nacido un nuevo dios mientras ella estaba fuera del país, al que se le dedicaba un nuevo ritual. Y cuando terminasen las ceremonias, se quitarían las máscaras de la cara y esas cosas horribles de sus cabezas.

Pasó una semana y las máscaras seguían en su sitio. Más de una vez pensó en preguntarle a alguna de las chicas con

las que había ido al colegio de qué iba todo eso. Pero se contuvo. No quería parecer más extranjera de lo que ya se sentía, en vista de que era la única chica *negra* en toda la ciudad...

Las vacaciones de verano habían terminado y los estudiantes de la universidad nacional volvían al campus. Oh... estaba llena de entusiasmo mientras preparaba las clases de las primeras semanas. Les iba a poner los puntos sobre las íes. A decirles que, como estudiantes de Económicas, su papel en el proyecto de construcción nacional era crucial. Su papel sería mucho más importante que el de los políticos bocazas que vivían a lo grande, ellos podían hacer un trabajo vital para liberar al continente de las garras de sus enemigos. Aunque solo fuera durante un corto periodo de tiempo y bla bla bla.

Entretanto, ella lucía su pelo natural. Solo un poco retocado para que fuese más fácil de peinar. De hecho, lo había estado haciendo así desde el día de su boda. Resultado de una dura negociación. El acuerdo final había sido que cualquier día del año ella llevaría el pelo natural. Pero podría conservar aquella cosa para las emergencias. En cualquier caso, su primera mañana como profesora llegó. Se encontró con sus estudiantes a las once. Eran entre quince y veinte. Un tercio de ellos eran chicas. No las había visto cuando entraban, así que no podía decir si tenían cuerpos bonitos o no. Pero, Dios mío, ¿eran bonitas sus caras? Se lo preguntaba mientras las miraba boquiabierta y pensaba en cómo se hubiera sentido si fuera un hombre joven. Sonrió para sí misma por lo ridículo de esta idea. Fue un error contener la sonrisa. Tendría que haber seguido con ella y convertirla en una carcajada. Porque a la sonrisa le siguieron unos celos tan grandes que no supo qué hacer con

ellos. ¿Quiénes eran estas chicas? ¿De dónde habían salido para confrontarla con su juventud? El hecho de que no fuera mayor que muchas de ellas no importaba. Ni siquiera que hubiera reconocido a algunas que habían empezado la carrera cuando ella estaba en quinto. Las recordaba claramente. Pipiolas flacas correteando para saludar a la prefecta de la residencia. Criaturas asustadas y perdidas que venían de pueblos y de barriadas en construcción, y que habían llegado a esta ciudadela de una cultura extraña para convertirse en señoritas...

Y sin embargo ella estaba allí como profesora. Hablando de una cosa y otra. Quizá sobre la automatización como el arma más novedosa de los países desarrollados contra los condenados de la tierra. O algo parecido. Quizá, puesto que era su primera hora con ellos, sólo les estaba dando una idea general de los contenidos del curso.

En todo caso, su cabeza estaba en otro sitio. Mira a esa Grace Mensah. ¡Pobrecilla! Había llorado amargamente cuando le estaban enseñando a usar el cuchillo y el tenedor. ¡Y mírala ahora!

En ese momento vio las pelucas. Todas las chicas las llevaban. Las más grandes que había visto hasta ese momento. Se sintió arder y ella, que casi nunca sudaba, se dio cuenta de que no solo sus manos estaban húmedas, sino que le caían chorros de agua desde la raíz del pelo hasta la columna. El sujetador le apretaba demasiado. Más tarde, agradeció que las mujeres negras no hubiesen aprendido todavía a desmayarse en momentos de extrema agitación.

Pero lo que la asustó de verdad es que no podía detener la voz de uno de los chicos, que le llegaba desde el mar, desde el país extranjero donde había coincidido con ellos.

«Pero mira, Sissie, entendemos lo que quieres decir. Salvo que ese no es el punto central. Tradicionalmente, las mujeres de nuestra parte del país llevaban el pelo largo. Sin embargo, tienes que admitir que en todo este asunto de las pelucas hay un elemento absolutamente extranjero. Insano».

Finalmente, aquella primera clase horrorosa terminó. Las chicas vinieron a saludarla. Debían de haberse preguntado qué le pasaba a esta nueva profesora. Y seguro que también los chicos. Pero no iba a permitir que le preocupara. Siempre hay algo que falla con los profesores. Además, iba a tener multitud de oportunidades para corregir la mala impresión que hubiera podido causar.

Las siguientes semanas discurrieron sin que pasara nada nuevo. De hecho, las cosas iban cada vez peor. Cuando fue a casa a visitar a su familia, le hicieron preguntas tan dolorosas que no podía encontrar respuestas para ofrecerles.

«¿Qué coche vas a comprarte, Sissie? Mira que no sea uno de esos cascarones de coco con dos puertas, ¿eh? Y esperamos que compres una nevera. Porque hoy en día no se encuentran. Y si las encuentras cuestan un dineral...». ¿Cómo explicarles que los coches y las neveras son las sogas con las que nos estamos ahorcando? Miró sus caras y se preguntó si eran los mismos a los que había deseado ver con una nostalgia tan aguda cuando estaba fuera. Mmm, empezaba a pensar que estaba en otro país. ¿Quizá se había bajado del avión en el aeropuerto equivocado? ¿Demasiado pronto? ¿Demasiado tarde? Fifi todavía no había llegado al país. Puede que eso tuviera algo que ver con el extraño interés que le despertó el concurso de belleza. No era propio de ella. Pero ahí estaba. Ahora compraba con gran interés los periódicos de la mañana para ver las fotos de las gana-

doras regionales. Por supuesto, la ganadora a nivel nacional entraría en el concurso de Miss Mundo.

Supo desde el principio que acudiría al estadio. Y no le resultó difícil conseguir un buen sitio.

Debiera haber sabido que resultaría así. Ninguna de las chicas le había parecido guapa. Pero nadie había pedido su opinión, ¿verdad? Solo recordó, más tarde, que todas las concursantes llevaban peluca excepto una. La ganadora. La que tenía la piel más clara de todas. No, no llevaba peluca. Su pelo de mestiza, de forma sencilla, de forma natural, caía en una melena exuberante sobre sus hombros.

Volvió corriendo a casa y se metió en el baño, y lloró y lloró y vomitó durante lo que le parecieron días. Y todo ese tiempo pensaba en cuánta razón tenían los chicos. Le hubiera gustado correr hasta donde estaban para decírselo. Pedirles perdón por haberse atrevido a contradecirlos. Tenían toda la razón. Sus hermanos, sus amantes y maridos. Pero casi todos estaban todavía en el extranjero. En Europa, en América o en cualquier otro lugar. Solían decirle que la idea de volver a casa les parecía aterradora. Se sentirían frustrados...

Otros todavía estaban estudiando para obtener una o dos licenciaturas más. Un máster aquí. Un doctorado allí... Esa era la otra cosita acerca de la revolución.

Traducido por **Maya G. Vinuesa**

PARA QUIENES NADA CAMBIÓ

Toc, toc, toc.

—¿Sí?

—*Masa, Masa, Masa...*

—¿Sí? ¿Sí? ¿Sí?

—Mandó despertar, despertarlo a las ocho, ¡ocho son ya!

—*Okay, gracias.*

Toc, toc, toc.

—¿Sí?

—Amo, amo, amo...

—¿Sí? ¿Sí? ¿Sí?

—Mandó despertar, despertarlo a las ocho, ocho fue hace mucho.

—*Okay, Zirigu, gracias.*

* * *

—Yo creo que este es un raro. Este joven *Masa*. Mira lo cansado que está. Pero insiste en que lo levanten a las ocho en punto. Me pregunto qué cree que va a hacer a esa hora en un sitio como este. Debe de ser una de esas personas que no saben descansar. Por muy erudito que sea.

—Zirigu, esposo mío, a veces hablas como un niño, no pareces tú. ¿Crees que todos son iguales por haber ido a la escuela y por ser grandes señores?

—Setu, sabes que no pienso eso. Pero estarás de acuerdo en que después de tantos años también yo puedo opinar sobre el tipo de humanos que vienen aquí. Este joven parece distinto.

—¿Y cuál es la diferencia?

—Ajá. No bebe. Nunca me ha pedido que le sirva un trago ni que se lo compre en la ciudad.

—¿Será un musulmán?

—No, no. Es de la costa. No he conocido a hombres importantes de esas zonas que lo sean. Pero en realidad no es eso lo que quiero decir. La mayoría de los musulmanes de tu zona que son gente importante no se diferencian de los demás. Sí, no beben —algunos hasta lo hacen— pero ya, eso es todo. Todos ellos son como los demás.

—Lo que me extraña es que no haya traído una mujer.

—¡Eh eh! Setu, sabes lo que quiero decir, ¿no?

—¿Qué es lo que yo sé?

—¿Que este es diferente?

—Quizás. Desde luego no se trajo una de esas pavas con la cabeza hinchada por fuera y por dentro, con la carne y las plumas de un animal sobrealimentado. Ah, ¡Alá!

—¿En qué estás pensando, Setu?

—En una de esas chicas, Zirigu.

—Esposa mía, eso es porque no tienes nada que hacer. ¿No vas a hacer *kaffa* para llevarlo al mercado hoy?

—No. No me queda harina. Y pensaba que anoche me dolían demasiado los oídos. Alá sabe que tengo deudas como todo el mundo. Pero ya que no van a venir a matarme si no las pago esta mañana, creo que hoy descansaré de llevar *agidi*; a lo mejor voy a ver al médico. Después de todo, ya hago bastante.

—Mmm, mmm. ¿Y por eso tienes tanto tiempo y tantas ganas de hablar de esas chicas?

—Sí. Y creo que son un dolor de cabeza. Ah, ¿no estás de acuerdo, esposo mío? No muevas la cabeza con ese brillo en los ojos como si estuviera loca por hablar así. ¿No tienen casa? ¿No tienen padres y madres?

—¿Qué dices, Setu?

—Digo, Zirigu, que algo debe de ir mal cuando niñas que llevan poco tiempo sangrando cada luna se acuestan con hombres que podrían ser sus padres, y a veces sus abuelos. Y nadie dice nada. Ya, ya, mira, mira, mira. Todo el mundo las ve por ahí, y nadie dice ni pío.

—Pero esos hombres son peces gordos. Tienen el dinero. Tienen todas las comodidades, como los coches grandes y el pelo falso que viene de la tierra de los blancos. Y las chiquillas se acuestan con ellos porque les gustan estas cosas.

—Pero ¿qué dicen las madres de las chiquillas?

—¿Qué van a decir? Algunas ni siquiera saben lo que hacen sus hijas. Viven en las aldeas y, cuando las hijas traen cosas buenas a casa, creen que es porque son unas señoritas y lo han conseguido con el sueldo que ganan por su trabajo. Algunos clanes se enteran por ahí de cómo viven sus hijas en las ciudades. Pero les da miedo decir nada.

—Pero ¿por qué debería uno temer a su propia hija?

—Porque puede soltar por su boca todo lo que ha visto.

—¡Alá!

—Pero esposa mía, eso no es todo. A veces no tienen miedo de la hija, sino del tipo. Tiene mucho poder y está claro que les puede arruinar si no le dan lo que quiere... su hija. Y Setu, esposa mía, ya se sabe que esas cosas pasan.

—Oh, Alá, qué tiempos los que vivimos. Qué gobernantes. ¿Cómo se pueden comportar así los hombres que son nuestros amos?

—Mmm. ¿Era distinto en los viejos tiempos, Setu, esposa mía? Los poderosos, ¿no se llevaban a las niñas que les gustaban entre las mujeres?

—Zirigu, no lo sé. Estoy segura de que tienes razón. Pero es obra de Alá. Todas las mujeres son esclavas de nuestros amos. Estos nuevos no son creyentes. No es la voluntad de Alá. Y es una vergüenza.

—Pero esposa mía, ¿qué dices? Si un hombre es tu amo, es tu amo. Y se comporta como tu amo. ¿De qué otra manera iba a comportarse? ¿Y quiénes somos nosotros para decir que los nuevos amos no deben actuar como los antiguos? Cuando estaban aquí los blancos ¿no hacían lo mismo? ¿No dormían con niñas jovencísimas, ay, tan niñas?

—No sé, Zirigu, no lo sé, esposo mío... Desde luego, vi cosas así cuando esa gente estuvo aquí. Pero escucha, esposo. Si un día llega un hombre y, sin que te des cuenta, se apodera de tu finca o de tu corral y empieza a hacer todo lo que un buen hombre no debería; si vende todos los ñames de tus graneros sin dejar ni uno para sembrar; si cuece tus huevos en cuanto los ponen las gallinas y no espera a que salga un solo pollo del cascarón; si monta fiestas por todo lo alto para su familia y sus amigos, con tus corderos y tus terneros; y se comporta de una manera que te rompe el corazón en pedazos que caen a tus intestinos cada vez que lo miras; y si aun así eres incapaz de hacer nada por recuperar tu finca o tu corral, entonces, ¿qué haces esposo mío? Así que, desde el primer día, ¿empiezas tú también a matar o vender lo que queda de tus viejas y miserables vacas, pollos y corderos? Y

si una gallina acaba de poner un huevo, ¿lo cocinas directamente y acabas de cargarte lo que el ladrón empezó?

»No lo sé, Zirigu, pero es una bendición que todos mis hijos sean varones. Me alegro de no haber tenido hijas. Porque si tengo una niña, y me entero de que un ricachón de esos le hace cosas infames, cojo un machete y lo descuartizo yo misma.

—Oh, *Jesu*, guarda mi espíritu. ¡O *Jesu*! Setu, ¿qué tonte-rías dices? Tienes que rezar el viernes más que cualquiera por esas bobadas.

—Sí, esposo mío. Demos gracias a Alá por sus dones. Como digo, me alegro de no tener una hija.

—Menos mal que no todas las madres son como tú. Si no, correrían ríos de sangre de los poderosos.

—¿Y quién lamentará que corra la sangre de esos mal-vados?

—Pero ya que los amos de la tierra son siempre malos, o han sido malos durante mucho, mucho tiempo, ¿no sabes que a la gente no le gustaría que murieran los nuevos? Estos, como las chicas, también han nacido en casas. Casas donde la gente come bien porque conoce a los poderosos. ¿Crees que todo el mundo en esta tierra es como tú y como yo? No, esposa mía. Hay gente que lamentará ver asesinado a un poderoso. Porque conocer a un rico significa contar con alguien en la ciudad que es dueño de una casa enorme. Significa... pero ya basta, esposa mía. Los amos del pasado eran mala gente. Los que vemos hoy son peores. Y estate segura de que los de mañana serán como los de ayer y los de hoy juntos.

—Para, para, Zirigu. Me están dando escalofríos.

—¡Mujeres! ¿No eres la misma Setu que, hace un rato, iba a descuartizar a alguien con un machete?

—Pero ¿qué puede una hacer?

—¿Y yo qué sé? Les sirvo las bebidas que piden, les cocino si quieren, les hago la cama, barro las habitaciones, y lo que sea. Y si se traen a sus mujeres, también las atiengo. Sabes, esposa mía, tan bien como yo, que esa ha sido mi vida. Y con respecto a las familias de esas putillas —como tú llamas a las jovencitas—, eso, esposa mía, no sé.

—Sí, Zirigu, ahora que lo dices, me doy cuenta de que no todas ellas, quiero decir las madres, ni siquiera piensan que está mal.

—Ah...

—Mira a la Munatu esa.

—Ah...

—¿Tú crees que esos tíos suyos habrían reunido el dinero para construir esa mansión?

—Doce habitaciones dicen que tiene. Doce habitaciones. Y muchas tuberías para el agua corriente. Y los que han entrado en la casa y se han asomado a las habitaciones, dicen que hay que verlas con los propios ojos para creer que hay gente que tiene semejantes habitaciones solo para dormir.

—Ah...

—Así que, ¿la gente se aprovecha de sus hijas al entregarlas a los poderosos? ¿Y llega a animarlas...?

—Ah...

—Y si son como la madre de Munatu, ¿vienen al mercado a pregonar lo que anda diciendo y haciendo su señor amo?

—Ah...

—¿Cuando sabes que ese tipo va a dejar a tu hija en cuanto se canse de ella o vea a otra más guapa?

—¡Escupiría a esos hombres a la cara! ¡Escupiría a esas madres! ¡Escupiría a esas hijas!

—Esposa mía, ahora que te encuentras mejor, me voy a despertar al amo.

—Y yo me arreglo para ir al médico a que me vea los oídos.

* * *

Toc, toc, toc.

—*Masa, Masa, Masa...*

—¿Quééé?

—*Masa, Masa, Masa.*

—¿Síii?

—Usted manda «Despiértame a las ocho». A las ocho vengo, y nada, no despierta. A las ocho y media vuelvo y tampoco despierta. Ahora, haga el favor, que son ya las nueve.

—Pero, Zirigu, no tenía el cerrojo puesto. Podías haber entrado para sacarme de la cama.

—Ay, señor, me hace usted reír. ¿Que yo, Zirigu, entre adonde duerme y lo saque de ahí?

—¿Por qué no?

—Eso no me corresponde, señor.

—De acuerdo, no vamos a discutir más por eso. Gracias por conseguir que me levante.

—Pero ¿qué cree usted que va a hacer aquí a estas horas?

—En realidad, nada. Tienes razón. Simplemente quiero seguir levantándome pronto. Sería malo que me acostumbrara a dormir hasta tarde. Debería intentar levantarme mucho antes de todas formas, pero me encuentro cansado así que voy despacio.

—Pero ¿por qué? *Masa*, puede usted dormir más. ¿Pa qué va a la oficina? Yo tengo que madrugar, pero usted no.

—Zirigu, no toda la gente con estudios trabaja en oficinas.

—¿No?

—No. Y un día de estos te contaré por qué no quiero acostumbrarme a dormir demasiado.

Señor Jesucristo, adivino lo que va a pasar.

—Le hice el café hace mucho, señor. Seguro que ya está frío. Voy a la cocina.

—No tengas prisa, hombre. Me lavo y voy y lo cojo yo mismo. Por favor, Zirigu, te he dicho que no necesito un mayordomo.

—¡Masa!

—Bueno, no veo por qué tendrías que servirme. Por tu edad podrías ser mi padre.

—¡Mi Masa blanco!

—Yo no soy un blanco.

—¡Masa!

—Escucha, la cocina es tu territorio y no voy a armar lío ahí. Además, soy un invitado así que hay cosas que no debería hacer. Pero, maldita sea, no voy a permitir que me trates como si fuera un pobre inválido.

—Masa, Masa, no debe decir eso. Me cae bien usted, haga lo que quiera. El sol dura poco en el cielo. Quiero conseguirle buena carne, así que tengo que salir corriendo al mercado antes de las doce. Dígame qué le gusta tomar de desayuno y yo se lo hago. ¿Tortilla? Huevos escalfados. Huevos fritos con tostada. Huevos con beicon. Zumo de naranja...

—¡Para, Zirigu!

—¿Por qué, Masa?

—No voy a desayunar. ¿Tienes naranjas frescas?

—¿No...? Sí, en la cocina de mi esposa. Voy por ellas.

—Te las pagaré.

—No se preocupe usted. Ya le compraré otras mejores en el mercado. Muchos amos solo beben zumo de naranja de botella.

—Yo estaré loco, pero también estoy lo suficientemente sano como para no beber el zumo de naranja exprimida, homogeneizada, deshidratada, re-cristalizada, descongelada, diluida y dios sabe qué más, importado de países donde no crecen naranjas, cuando puedo comer naranjas.

—¿Qué dice, *Masa*?

—No importa, Zirigu.

* * *

—Si les preguntas por qué después de diez años de independencia algunos de nosotros todavía tenemos que ser esclavos, te dicen que estás loco por plantear cuestiones así.

—Te equivocas con tus definiciones. ¿Cómo es posible que un sirviente o una criada sean esclavos?

—¿No bastó con criar a muchos de nosotros para no hacer otra cosa que atender las necesidades de los blancos y las blancas? Para hacer trabajos que mataban el alma. ¿Van a tener que hacerlo también ellos para nosotros?

—¿De qué hablas? En parte resuelve el problema del desempleo. O lo minimiza, al menos. ¿Te imaginas qué pasaría si todos los sirvientes y criadas dejaran de hacer lo que hacen?

—Y sobre el sueldo, ¿qué dices?

—Eso, ¿qué?

—De todas formas, la mayoría de ellos, especialmente las criadas, son familia suya...

—Para solucionar los problemas hay que abordarlos con seriedad.

—Eh, jefe, otra cerveza, por favor.

* * *

—Señor, debo salir pal mercado. Ya digo que quiero traer buena carne. ¿Qué le compro?

—Me comeré lo que me hagas.

—*Masa*, ¿quiere usted que le fría un filete de ternera? ¿O prefiere un hígado de cordero a la brasa? Sí, ahí tienen del bueno. ¿O un escalope con cebolla y patatas fritas?

—Zirigu, ¿para quién has dicho que ibas a cocinar?

—Pa usted, *Masa*.

—Pero yo no como esas cosas.

—Pero eso es comida de amos blancos.

—Zirigu, yo de blanco ná. Y es la segunda vez que te lo digo esta mañana. Si lo vuelves a decir, hago la maleta y me voy.

Jesús, ¿no hay un lugar en esta jodida tierra donde me dejen en paz? Jesús... Señor, estoy sudando... Dios... mira cómo sudo... Jesús, mira cómo sudo.

—*Masa*, ¿por qué suda tanto?

—Aquí empieza a hacer calor pronto.

—Sí, usted espere que yo abro las ventanas.

¡Jesús!

—*Masa*, se lo suplico. No se enfade usted. No es mi intención molestarlo. Eso es lo que comían los blancos. Eso les cociné a todos los amos durante quince años. Los ministros, los del partido que se alojaron aquí, los hombres importantes de los ministriles, los licenciados de la Unifarsidad, los

grandes jefes del ejército y de la policía... todos comían lo mismo, la comida de los blancos.

—Zirigu, ¿no puedes cocinar algo de la tierra? ¿No venden cosas en ese mercado con las que puedas hacer algo del país?

—Sí, pero yo no soy hombre bueno para cocinar su tipo de comida. No sé hacer la cocina de su región.

—¿Y qué tal si cocinas la de aquí?

—Yo no sé hacer eso.

—Jesús. ¿Y has sido el encargado de la cocina todos estos años?

—Sí, *Masa*. Pero le digo a usted que yo conozco mi trabajo. *Masa*, no me dé problemas. Ah, míreme el pelo, ya está tó blanco. No voy a encontrar otro trabajo. No estoy preparado para encontrar otro trabajo. ¿Y quién va a cuidar de mi chico? Lo que yo sé hacer, *Masa*, es la comida del blanco.

—Ése es el problema. Escucha. Dios no quiera que pienses por un momento que he venido a darte problemas. De hecho, no estoy hablando de eso. Pero estoy empezando a comprender. Poco a poco. Hiciste una formación, tienes tus cualificaciones y has ganado experiencia todos estos años como cocinero para blancos. No sabes cocinar la comida de la tierra porque es tu comida. Y eres un hombre. Y un hombre normalmente no cocina. Pero tú cocinas pal blanco porque es la comida del blanco, tu trabajo, no la comida. O...

—*Masa*, sabe Dios que sé hacer mi trabajo.

—¡Desde luego! Como paisano y marido de tu mujer eres un hombre y por ello no cocinas. Como hombre negro frente a un hombre blanco, su sirviente, eres un negro, no un hombre, y por eso puedes cocinar.

—*Masa, Masa*, ¿me está llamando usted mujer? Le juro por Dios, señor, que esto es duro pa mí. Yo de mujer nada. Válgame Dios.

—Ah, Zirigu. Solo hablo según pienso. Ah... Como Dios está en el cielo, yo no te estoy diciendo que seas una mujer. A ver si dejo esto aclarao.

—Pero *Masa*, usted no sabe. No me llame mujer.

—No, no lo haré.

* * *

Cuando un hombre negro está con su mujer, que cocina y hace las cosas de casa, es un hombre. Cuando está con gente blanca para quienes cocina y curra, es una mujer. Dios bendito, entonces, ¿qué es un hombre negro que cocina y curra para hombres negros?

* * *

—Escucha, Zirigu, la Madre, tu mujer, ¿sabe hacer la comida de aquí?

—Sí, pero no la de su región.

—No. Me refiero a la tuya.

—¡Sí!

—Muy bien, ¿puedes cobrarme el precio normal para la cena y decirle a la Madre que cuente conmigo para la cena de esta noche?

—¿Quééééé? ¿Qué dice usted, señor? ¿Qué?

—Eso mismo, Zirigu, ¿podría la Madre dar de cenar a una boca más?

—Señor, está usted de broma.

—No estoy de broma.

—¿Eh? Dios. ¿Quiere usted decir que va a comer *tuo*?

—¿Por qué no? En casa como *banku*. ¿No es lo mismo? ¿Uno de arroz, el otro de maíz? ¿No se hacen todos con harinas? ¿Semolina? ¿Lo que sea?

—*Masa*, no quiero complicaciones.

—¿Qué clase de complicaciones crees que vas a tener? ¿Crees que soy un niño?

—Quiero decir... sus tripas.

—¿Qué va a pasar con mis tripas? ¿Te sienta mal a ti la comida de tu mujer? ¿Qué dices, hombre? De todas formas, sabría cómo arreglármelas si me sentara mal. Soy médico, ¿sabes?

—Lo sé, *Masa*, sé que lo es usted. Ya lo digo yo, este hombre parece pequeño pero es grande... Entonces, ¿va a comer *tuo*?

—Sí.

—¡A mandar!

* * *

—¡Setuuuuu! ¡Setuuuuu! ¡Setuuuuu! ¿Dónde se ha metido esa mujer? ¡Setuuuuu!

—¿Qué pasa, Zirigu? Estaba en el baño. ¿No te he dicho que me iba a arreglar para ir al médico?

—Escucha, mujer. En mi vida he oído una historia como esta.

—Tampoco yo. Pero ¿cómo voy a saber que no te la estás inventando?

—Mmm... A ver, Setuuu... ¿por dónde empiezo?

—Quizá sea mejor esperar hasta esta noche, ya que no tengo tiempo de...

—No... no... ino! Eh, Setu, el amo nuevo dice que no quiere cenar esta noche.

—¿Y eso es una historia?

—No, pero eso no es todo.

—Pues, venga, cuéntamela.

—¡Dice que cenará de lo nuestro esta noche!

—¿Qué? Por Alá. Zirigu, no puede ser verdad.

—Ahí lo tienes, sentado a la mesa comiéndose una naranja. Ve y pregúntale.

—Ay, Alá. Zirigu, ¿tú crees que este chico está bien de la cabeza?

—Setu, no lo sé. De verdad, Setu, no lo sé. Pero no veo desvarío en sus ojos, así que, si está enfermo, todavía no es grave. Aunque a veces dice cosas raras. Pero no lo sé. Sí, dice que va a comer *tuo* y que se lo cargue a su cuenta. Dios santo, en los veinte años que he sido guardián y cocinero de esta residencia, no me he encontrado una cosa así, eh Setu, ¿no?

—No, esposo mío. Pero los tiempos cambian.

—Tienes razón, esposa mía. Así que cuando termines con el doctor, ve al mercado, compra verduras que sean muy buenas, tiernas, okra...

—Zirigu, haz el favor de callar la boca antes de que me enfade. ¿Desde cuándo vas a enseñarme a hacer la compra? Esa es tarea mía. Es cosa de mujeres.

—Sí, Setu.

* * *

—*Masa...*

—Zirigu, ¿cuántas veces tengo que decirte que no me llames así?

—¡Pero es usted mi amo!

—No soy nada de eso. Nací y no tenía ni seis años cuando te fuiste a la guerra. ¿Cómo voy a ser tu amo? Y esta residencia es del gobierno, no mía, y yo ni siquiera soy tu jefe. Así que, ¿cómo voy a ser tu amo?

—Pero todos los otros *Masas*... nunca me dijeron que no les llamara así...

—Al carajo con ellos. Eso es asunto suyo. No mío. Yo me llamo Kobina, no *amo*.

—Kob-i-n-a... K-o... *Masa*, se lo suplico, yo no soy capaz de llamarlo así. Simplemente no puedo.

—Qué pena. Eso quiere decir que tendré que marcharme de aquí, antes de lo que esperaba.

—Salgo pa la ciudad a comprar huevos, jabón y más *ya-mayama* pa la casa. ¿Le compro algo?

—Naranjas, más fruta.

—¿Nada de bebida?

—No, por dios. Ah, bueno, ¿quizá *pito*?

—Pero qué me dice usted, *Masa*. ¿Quiere usted beber *pito*?

—Quiero probarlo. Creo que por aquí se puede encontrar fresco. Y me gustaría probarlo. Nunca lo he bebido. ¿Es bueno? ¿Emborracha?

—Sí. Muy bueno. No, este no deja bebío a nadie. No demasio.

* * *

Habría que decir algo a favor de los espacios abiertos. Aun así, ¿qué? Nada. Si uno puede ver varias millas de frente, en la distancia, uno debería ser capaz de ver en el tiempo. Toda esta brisa. Estos cielos claros. El viento tendría que llevarse

la tontería de nuestras almas, las estupideces de nuestras mentes, y debería quitarnos el velo de los ojos. Pero no es así. Nunca ha sido así. Hay tantas almas menguadas por todas partes.... En la espesura de los bosques y en las playas. Como todo el mundo, esos poetas se equivocaban. Mentían. Pero Zirigu tiene razón. Igual que su mujer, la Madre. Tienen razón, como todos nosotros. Solo espero que algún día aprendan que somos todos iguales.

Una vez, cuando fui de pequeño a pasar las vacaciones con Nanaa, fui correteando detrás de ella por las fincas. Es como si la estuviera oyendo. «A ver, mi pequeño estudiante, no me sigas: el campo es para personas duras, como yo. Mmm, ¿qué podría decir si te pasa algo?». Así una y otra vez. De todos modos, la seguí. Lo único que recuerdo es que todo olía como nunca olería después... o desde entonces. Bien. Bien. Bien. No era solo el olor de las hojas verdes. Hojas verdes y tierra húmeda, el fuego que sale de una escopeta y la sangre humana recién derramada tienen olores diferentes, desde luego. En la finca de Nanaa todo olía bien. Allí estaban todas las verduras. Bueno, ya llevábamos una hora allí cuando yo empecé a aullar de hambre. Nanaa dijo algo sobre que obviamente aquel día en la finca lo íbamos a dedicar a comer. Y entonces se metió detrás de un arbusto y apareció con un ñame enorme. Quiero decir que era grande. Gigantesco. Por supuesto, cuando eres joven, todo te parece enorme, pero este ñame era grande. Sacó de su escondite la cazuela de aluminio para cocinar con keroseno —las vendían a cuatro o seis peniques en el mercado— y vertió un poco de agua. Al ver el ñame mi estómago había empezado a hacer lo que hacen los estómagos. Había dicho que cortarían un cachito de la punta que cocinaría para mí, porque ella no tenía hambre y,

de todas formas, el ñame frío no está rico. Me sonó muy bien todo eso. Solo significaba que cuando se cocinara el suyo, yo comería más ñame. Ya sabía que cuando el ñame es bueno es blanco o amarillo-blanquecino o algo así. Pero cuando Nanaa lo cortó la pieza estaba marrón. Y dijo algo, como que ese trozo no era bueno. Cortó otro trozo y lo mismo. Cortó más y estaban todos iguales. Cuando iba por la mitad del ñame, Nanaa lo miró y dijo: «Ñame, qué malo eres. ¿Por qué no dejaste un trocito bueno de ti mientras te pudrías, para habérselo cocinado a mi niño?». Pero yo le dije que siguiera cortando, pues todavía esperaba que algo bueno quedara. Así que ella siguió con el trozo que quedaba, le dio la vuelta y cortó la cabeza. Estaba marrón y blando. Yo me tiré a la arena y al polvo de la finca y me puse a chillar. Me cocinó un trozo fresco del granero, pero me negué a comerlo. Solo más tarde, cuando se cocinó una porción para ella y yo ya tenía demasiada hambre, comí. Y nunca se me ha olvidado aquel ñame. ¿Qué era eso que lo había devorado por completo? Y aún así, allá voy otra vez, el ñame viejo tiene que pudrirse para que crezca el nuevo. ¿Dónde está la tierra? ¿Quién va a plantarlo? Ciertamente, no seremos nosotros, demasiado bebidos, con los ojos ahumados y la cabeza llena de mujeres... y nuestros corazones deseando solo artículos estúpidos de una fábrica ajena...

Reinaba un aire de fiesta en la residencia porque yo había dicho que iría a comer con Zirigu y su mujer. La mujer vino a advertirme, con las pocas palabras que conocía en mi lengua, de que debía haberle avisado con tiempo para homenajearme. Yo le dije que estaba bien porque habría más días. Zirigu puso la mesa y cuando le dije que no hacía falta ponerme tenedor y cuchillo porque quería comer con las manos,

y que solo necesitaba una cuchara para la sopa, quedó boquiabierto. Mientras comía, ambos vinieron a observarme. La comida estaba rica. Por supuesto sabía como cualquier cosa a la que no estás acostumbrado. Detecté condimentos poco familiares por aquí, alguna especia desconocida por allá. Pero en conjunto no había nada, dentro de lo extraña que me resultaba, a lo que no pudiera acostumbrarme. He probado platos más raros. Zirigu me hizo saber una sola cosa que le producía ansiedad: que se me aflojaran las tripas por la noche. Después, trajo el *pito*. Le pedí que se sentara y bebiera conmigo. Hizo ademán de protestar. Uno no bebe con el amo, ya sabe usted. Le aseguré que no había ningún problema. El vino estaba rico. Tenía un sabor dulce. Bebimos y conversamos. Le hablé un poco más de mí. Parecía comprender y empatizar. Al terminar mi botella, dijo que traería una de las suyas. Lo hizo. Poco a poco el grueso de la conversación giró hacia él.

* * *

Amo, disculpe que siga llamándole así. Pero, de todas formas, ¿qué otra cosa puedo hacer? A mi edad, es demasiado tarde para empezar a comportarme de un modo demasiado familiar con mis superiores. No, no, no diga más. Usted es un hombre bueno, joven. Me cae bien. Pero, en realidad, ¿cómo voy a llamarle así, Kobina? Sí, en cuanto a la edad, es usted un crío. No hace falta que me lo diga. ¿Acaso no puedo verlo por mí mismo? Claro que sí. Pero ahora la edad en sí misma no significa mucho, no mucho. Hace tiempo que la edad perdió peso. En los viejos tiempos, cuando alguien era un día mayor que tú, tenías que mostrarle deferencia o todo

el clan te pondría en tu sitio, ¡un pobre gusano! Pero cuando tu edad no te impide lavar la ropa interior de una mujer blanca que sabes que es mucho más joven que tú, entonces, ¿qué es la edad? Gracias a Dios que dejé de hacer eso hace mucho tiempo. En cuanto a los negros que se convirtieron en los nuevos amos cuando se marcharon los blancos, en fin, tampoco ellos le daban mucha importancia a la edad. Enseguida le contaré algo. Pero hasta en los viejos tiempos la gente decía que el mero hecho de ser viejo no era nada. Uno podía ser un viejo sabio o un viejo tonto. Decían que la cosa era viajar. Pues bien, amo, yo, Zirigu, he viajado. Como le dije, soy un excombatiente. Fui a Birmania... o algún sitio así. Vi el frente. Pero ahora dígame si sabe lo que es ser un soldado porque fue al Congo con nuestros chicos. Entonces no le contaré nada del frente. Pero fue allí donde aprendí sobre los blancos. Ay, amo, cuando tienen hambre, luchan por la comida, y juegan sucio entre ellos como todo el mundo... A veces dejabas comida para gente que no estaba allí. Y sus amigos se la comían. Cuando esa gente volvía y no quedaba nada, te daba una paliza. Sí, quizás se peleaban con sus propios hermanos, pero era a nosotros a quienes pegaban. Ah, ¡lo que ha visto el hombre!

»Por supuesto, algunos de nosotros luchamos. Así es como murió la gente. O perdieron piernas y brazos. Y hasta este día en que estoy hablando, amo, sigo sin saber contra quién combatíamos y por qué.

»Usted sabe de libros, amo, así que seguro que ha leído sobre los excombatientes y las promesas y cómo no se hizo nada. Unos meses después de volver y de encontrarnos desmovilizados, muchos de nosotros comenzamos a venirnos abajo. Yo tenía miedo de no tener forma de ganarme la vida.

Con mi amigo —era el hermano de Setu— dejé la Costa de Oro. ¿En qué lugar de África Occidental no he estado? ¿En Togo? ¿Nigeria? ¿Sa'Lo? Pero era igual en todas partes, siempre había ya demasiados excombatientes sin trabajo. Intenté la venta ambulante, la reparación de bicicletas, la carpintería... Era todo lo mismo; el vacío atrás y al frente. Regresamos. Pero se me olvidaba contarle una cosa. Antes de ir a la guerra vendía ñames en el mercado grande de Takoradi. Era un buen negocio. Y justo antes de marcharme, le entregué a mi propio hermano el poco dinero que había ahorrado. Mi hermano de padre y madre. «Buda, guárdamelo. Si vuelvo vivo de la guerra, seguiré vendiendo ñame. Y quizás podamos hacerlo juntos, porque es un buen negocio». Señor mío, no hablaré mucho. Buda es mi propio hermano. Nació un año y medio después que yo del mismo vientre. Cuando volví a casa después de la guerra, se había tragado el dinero. Utilizó una parte para su boda, y entre los dos se gastaron el resto. Ustedes desde su posición piensan que todos nosotros aquí somos ladrones y asesinos o lo que sea. Pero, escuche, al no coger un cuchillo para despedazar a mi hermano, sé que nunca podré matar a nadie más a sangre fría mientras me llame Zirigu. De hecho, esa fue una de las razones por las que dejé esta tierra con el hermano de Setu. Y regresamos seis años después, sin nada. En aquella época, los dos pensábamos que ya estábamos haciéndonos viejos. Nos enteramos de que había un lugar en la ciudad donde otros excombatientes se estaban formando como cocineros, asistentes y jardineros. Lo hablé con el hermano de Setu. Me dijo: «¡Chah! Alá, yo no lo haré. Sabes, Zirigu, tengo un corazón de sangre caliente en el pecho. ¿Cómo voy a servir a otro hombre? ¿Cocinero? ¿Mayordomo? ¿Jar-

dinero? ¡*Chah!* Solo significa que un tonto que tiene poder solo porque es blanco o porque sabe leer va a hacer de mí un perro. Le daría una paliza y lo mataría y antes de despertar me encontraría en una prisión». Acabó en la cárcel porque dicen que hizo otras cosas. Pero no lo sé. Creo que era un buen hombre. Me dijo: «Tú tienes temple. Para ti sería mejor hacer eso que deambular por ahí. Ve y fórmate». Lo hice. Trabajé en casas de blancos durante un par de años. Al hermano de Setu no le iba bien. Un día dijo: «Zirigu, tú eres un hombre sobrio. Deberías pensar en casarte. Ya eres demasiado viejo». Yo le dije: «Sí. A lo mejor vuelvo a casa en las próximas Navidades y me caso». Él dijo: «¿Conoces a mi hermana Setu?». «Sí», dije. «Su marido murió. Tiene un hijo, un varón. Tú no eres un creyente y el fantasma de mi padre me maldecirá por lo que te voy a pedir que hagas. Pero tú eres un buen hombre y ella es una buena mujer. Cásate con Setu y cuidala por mí». Amo, conocí a Setu y me casé con ella. Su hermano tenía razón. Es una buena mujer. Como la mayoría de nuestras mujeres, cree que debe tener su dinerillo para no tener que pedirle todo a su marido. En la costa se dedicaba sobre todo a vender plátano asado y cacahuete. Aquí hace *kaffa*.

»¿Y cómo llegué aquí?, me preguntará, amo. Se lo contaré. Al último amo blanco al que serví en la Costa le caía muy bien. Antes de marcharse definitivamente, me dijo que no me fuera muy lejos del bungalow. De hecho, debía quedarme en los barracones de los criados durante los dos meses que siguieran a su partida. Que al tercer mes vendría un nuevo amo de su país. Me dejaría una recomendación para que el nuevo amo me diera empleo. Yo le dije: «Sí, señor». Pero justo unos días antes de irse, me hizo saber que había

una residencia del gobierno pegada a su oficina en esta área. Que el de mantenimiento se marchaba por alguna razón personal. El amo sabía que tenía un salario mejor. Me había recomendado. Así es como llegué aquí.

»Sí, amo, eso fue hace más de diez años. Al principio solo venían blancos. Después comenzaron a venir algunos negros. Los otros ya no vienen... me refiero a los blancos. ¿Por qué voy a lamentarlo? ¿Le suenan mis palabras a lamento? Entre usted y yo, puedo decir que no sé si hay alguna diferencia o no. A veces me alegro de pensar en lo que ha prosperado nuestra propia gente. Unos dos años después de que se marcharan los blancos, dejé de llevar el uniforme. Nadie pareció darse cuenta. Ahora me puedo permitir ver qué clase de persona es cada visitante y entonces decido hasta si le sirvo la mesa. Pero eso es todo. Sigo siendo Zirigu. Doy gracias a Dios porque a mis hijitos les va bien en la escuela. No creo que tenga dinero para mandarlos a la universidad. Pero no voy a ponerme triste por eso. Setu es una buena esposa. Por lo demás, no sé. Llevo muchos años viviendo aquí. Es el único hogar que conocen mis hijos. Espero que cuando sea demasiado mayor para este trabajo, los niños ya tengan edad de cuidarse por sí mismos.

»Amo, estoy seguro de que se ha hecho tarde. Después de todo ese *tuo* y ahora con el *pito*, necesitará dormir unas cuantas horas esta noche. Solo espero que no tenga que levantarse porque ande suelto de vientre.

»Que duerma bien, amo.

—No, ninguno de nosotros se va a la cama todavía. No, no sin contarme el resto de la historia como prometiste.

—¿Qué cosa dice usted?

—Me dijiste que enseguida me ibas a contar otra cosa.

—Ah, no sé. Pero escuche, amo, este lugar no es como cuando llegué por primera vez. Solo había un bloque pegado a esta casa principal con dos habitaciones, A y B. Con este cuarto de estar donde estamos ahora mismo nosotros. Fue más tarde, al año o los dos años de la Independencia cuando construyeron C y D, y la otra cocina. Nunca se ha utilizado... me refiero a la otra cocina. Si se hubiera construido en la época de los blancos, alguno se habría traído a su cocinero, con experiencia para utilizarla. Pero a nuestra gente no le importan esas cosas. Y yo siempre he estado aquí. Cuando decidieron construir el otro bloque, avisaron de que durante seis meses no debía venir nadie como residente. También decidieron que los barracones de los criados tenían mala pinta y que había que reformarlos. De modo que Setu y yo creímos que deberíamos volver a casa durante una temporada, dejando a los niños aquí al cuidado de unas hermanas de Setu. No queríamos interrumpir sus estudios. Sí, dijeron que iban a reformar los barracones. Este sitio siempre había estado bien para mí. No solo porque hay una habitación más para los niños, sino porque tiene un terreno en el que he cultivado las parcelas y he cosechado buena mandioca, mijo, okra e incluso ñames. Amo, durante gran parte del tiempo los cuatro hemos vivido de lo que sacamos de esta tierra. Y entonces guardamos lo que Setu y yo conseguimos de otros trabajos para cosas más importantes, como comprar los libros de los niños, sus uniformes y pagar la matrícula. Durante los años en los que no había que pagar por la educación de los niños, dedicábamos ese dinero a otras cosas. Porque, amo, la gente como nosotros nunca puede permitirse ahorrar. A veces Setu y yo nos preguntamos cómo Dios creó a esa otra gente que tiene tanto dinero y puede meter una parte en un banco. Aun así, sabemos

también que tenemos más que muchos de nuestros amigos y familiares. Pero no debería agobiarle con los problemas de todo mi clan. Lo que le decía es que este sitio estaba bien para nosotros. Con todo, cuando decían que iban a reformarlo esperaba que pusieran un buen cuarto de baño, con váter, y buena luz. Luz eléctrica. Sí, amo, el cuarto de baño en los barracones de los criados es el mismo cubo de desechos y ¿no ha visto las lámparas de queroseno? Así que pensé, «Zirigu, ahora sí que puedes llegar a ser alguien. Cuando los blancos vivían aquí eran nuestros amos, y era comprensible que tuvieran luz eléctrica y que nos dieran, a los criados, cubos para las letrinas y lámparas de queroseno. Pero ahora que somos independientes van a hacer una casa nueva. Mi propia gente me dará un váter y luz eléctrica». No le conté a Setu lo que pensaba porque temía que me dijera que yo quería tener las mismas cosas que mis superiores. Y esto no es bueno, pues Alá quiere que estemos satisfechos con lo que nos ha tocado. Ella es musulmana, pero yo no soy musulmán. Ustedes piensan que todos los del norte somos musulmanes. Es porque no saben nada del norte. Después me enteré por la propia Setu de que también ella había soñado con un váter y luz eléctrica. Pero le había dado miedo comentarlo conmigo porque pensaba que me reiría de ella. Le pregunté al hombre que me contó lo de la reforma si podríamos tener un váter y luz eléctrica. Dijo que se encargaría de los suministros y de encontrar a los trabajadores. Pero tendría que hablar del tema con sus jefes, los que realmente tenían el poder. Estaba seguro de que les parecería un asunto menor y de que incluso lo regañarían por no llevarlo a cabo sin preguntarles. En cambio... Cuando llegamos, ¿con qué nos encontramos? Habían pintado las paredes. Habían reparado los escalones que llevaban a las

habitaciones y nos habían hecho un pequeño porche. Pero no había luz eléctrica, y en el baño tampoco había váter. Descubrí que se habían llevado el cubo viejo y lo habían cambiado por uno nuevo. Ah, amo, no sabía cuánto deseaba estas cosas hasta que supe que no las iba a tener. Habían cambiado el cubo viejo por uno nuevo. Mi propia gente, los importantes, no pensaban que yo debiera usar las cosas que ellos usan. Algo salió de mí y no ha vuelto desde entonces. No entiendo por qué estaba tan dolido y enfadado, pero así era. Setu me dijo que nos lo merecíamos, por desear ser como nuestros superiores. Alá nos había castigado. Pero no estoy de acuerdo con ella. No quiero ser como ellos... ni como usted. Durante diez años había mantenido bien este lugar. Sé que lo había hecho, si no, ¿por qué seguían manteniéndome aquí? Ser guardián y mayordomo no es un mal trabajo. Es un buen trabajo, el tipo de trabajillo que cualquier poderoso querría dar a un pariente pobre y lejano. Ni Setu ni yo conocemos a ningún poderoso. Así que nos han permitido quedarnos todos estos años porque manteníamos bien este lugar. También sé servirles bien. Hago lo que quieren. Me están saliendo canas. ¿Es mucho pedir una o dos bombillas eléctricas? Al menos habría ahorrado el gasto de chelines y monedas de seis peniques en el queroseno. Le he dado mil vueltas. Nunca lo he entendido. Durante mucho tiempo me di a la bebida. Quería marcharme. Quería matar a alguien. Cada vez que iba a la oficina de la ciudad a cobrar y a entregarles informes, me daban ganas de escupirles a los ojos. A toda esa gente con estudios... Pero Setu me habló. Me dijo que me comportaba como un niño. Que eso no era nada. Nunca deberíamos olvidar quiénes somos, eso es todo. Ya ha desaparecido la ira, y aquí me quedo. Dígame, amo, ¿de qué sirve la Independencia?

Traducido por **Marta Sofia López Rodríguez**

TOMANDO UN TRAGO

Os digo, familia, que si vais a Accra y cualquiera os dice que el mejor sitio para bajarse es el Circle, es un buen consejo, pero... Mmm... Yo mismo no sabría cómo describirlo...

«¿Son humanos todos estos seres que pasan por aquí y por allá? ¿Compraron los hombres todos estos coches con dinero...?».

Pero, familia, no quiero haceros perder el tiempo. Miré a mi alrededor y no encontré mi bolsa. Fijé la vista en el suelo y continué caminando... No me preguntéis por qué. Cada vez que intentaba levantar los ojos, me mareaba con todos los coches que estaban pasando. Y tampoco podía pararme. Si lo hacía, sentía que el mundo entero estaba hecho de coches en movimiento. Hay algo allí, familia. No quiero dejaros sordos con una historia muy larga...

Dejé de caminar justo antes de poner un pie en el Circle propiamente dicho. Me quedé parado durante un rato largo. Entonces pasó una furgoneta y le hice señas al conductor de que parase. No llegó a pararse del todo.

—¿Dónde vas? —me preguntó.

—Voy a Mamprobi —respondí.

—Sube —me dijo, y arrancó.

Mmm... Casi me caigo al subir. Mientras rodeábamos algo que parecía un cuenco enorme sobre una base de madera, pensé en echarle un buen vistazo, y después Duayaw me

dijo que arrojaba agua al aire... pero el conductor estaba hablando conmigo, así que no pude verlo en condiciones. Me dijo que él no iba exactamente a Mamprobi, pero que se dirigía a una estación en la que podría coger otra camioneta que iba para allá...

Sí, tío, no me engañó. Nada más llegar a la estación encontré al conductor de otro furgón que gritaba: «Mamprobi, Mamprobi». Finalmente, a eso de las dos y media, yo estaba llamando a la puerta de Duayaw. No tuve que llamar mucho, la puerta se abrió enseguida. Ay, me dije, estaba dormido como un tronco, dormido como un tronco un sábado por la tarde.

«¿De dónde saca el tiempo la gente para dormir un sábado por la tarde?», me pregunté. Nos saludamos cariñosamente. Tíos, a Duayaw le ha ido muy bien. Su madre, Nseuda, es una mujer con suerte.

¿Cómo es que a alguna gente le va bien en la escuela y a otros no? ¿Acaso no fue Mansa con Duayaw a esta misma escuela que puedo ver con mis propios ojos? ¿Qué hemos hecho para que Mansa quisiera dejar de ir al colegio?

Pero tengo que seguir con mi historia... Sí, a Duayaw le ha ido bien. Su habitación está bien amueblada. Solo que es muy pequeña. Le pregunté por qué, y me dijo que tenía suerte de haber conseguido esa habitación que parece una caja de cerillas. Es muy difícil encontrar dónde dormir en la ciudad...

Me preguntó sobre la razón de mi viaje. Se lo conté todo. Cómo mi hermana Mansa se había negado a seguir yendo al colegio después de la «Clase tré» y cómo mi madre había intentado convencerla...

Madre, no me interrumpas, todos los presentes saben que intentaste hacer todo lo que pudiste por tu hija.

Sí, le dije cómo, después de que se negara a volver a la escuela, la llevamos con esta mujer que prometió enseñarle a llevar una casa y a coser a máquina... Y cómo volvió las primeras navidades después de que esta mujer la cogió, pero que nunca más había vuelto a casa en doce años.

Duayaw me preguntó si tenía intención de buscar a mi hermana en la ciudad. Le dije que sí.

—¡Qué gracioso! —dijo riéndose—. ¿De verdad piensas que puedes encontrar a una mujer aquí? No sabes dónde vive. Ni siquiera sabes si está casada o no. ¿Dónde vas a encontrarla si se ha casado con algún pez gordo y ahora vive en uno de esos bungalós que están a diez millas de la ciudad?

¿Acaso gritas «¡Dios mío!», madre? ¿Te sorprende lo que he dicho sobre el matrimonio? Yo también me sorprendí cuando él lo dijo. Yo también grité «¡Dios mío!»... Sí, también yo lo hice, madre. Pero tú y yo nos hemos olvidado de que Mansa nació niña, y a las niñas no les lleva mucho tiempo crecer. Pensamos en ella como la última vez que la vimos, con diez años. Pero, madre, de eso hace doce años...

Sí, Duayaw me dijo que a estas alturas ya tiene edad para casarse o para hacer algo más que simplemente casarse. Le pregunté si él sabía dónde estaba y si sabía si tenía hijos o no. «¿Hijos?», exclamó, y se echó a reír con una risa particular...

Yo estaba todo el tiempo mirándole mientras él hablaba. Me dijo que no es que quisiera desalentarme, pero que quería que me diese cuenta de lo gordo y complicado que era lo que me proponía hacer. Le contesté que me daba igual. Lo fundamental era que incluso si Mansa había muerto, su espíritu supiera que no la habíamos olvidado por completo. Que no la habíamos dejado vagando en una ciudad extraña, y que habíamos intentado que volviera a casa...

Madre, no tiene sentido que llores. ¿Acaso he dicho yo que esté muerta?

Duayaw y yo decidimos qué cosas podríamos hacer al día siguiente para empezar a buscarla. Entonces me trajo agua para bañarme y la comida. Se sentó a mi lado mientras yo comía y me dijo que le contara noticias de casa. Le conté que su padre se ha casado con otra mujer y que el año pasado el akatse terminó con nuestra cosecha de cacao. Todo eso yo lo sabía. Cuando terminé de comer, Duayaw me dijo que me estirase en la cama, y me acosté. Creo que dormí bien, porque cuando abrí los ojos estaba oscuro. Él había encendido la luz y vi a una mujer en la habitación. Me la presentó como una amiga, pero creo que es la mujer con la se quiere casar en contra de los deseos de su gente. Es bonita como un amanecer, pero no es de nuestra zona...

Cuando Duayaw vio que yo estaba del todo despierto, me dijo que eran las ocho de la tarde y que su amiga había traído algo para cenar. Cenamos los tres juntos.

No te sorprendas, tío, parece ser que la gente hace eso en la ciudad. Una mujer prepara la comida para un hombre y come con él. Sí, esa es la costumbre.

Mi boca no se hacía a la comida. Estaba hecha con mandioca y harina de maíz, pero de todas formas me resultaba extraña. Intenté hacer de tripas corazón. Después de cenar, Duayaw me dijo que íbamos a salir. Y entonces me acordé de mi bolsa. Le dije que en esas condiciones no podía cambiarme de ropa y salir con ellos. No quiso ni escucharme. «Sería un crimen venir a esta ciudad y no salir un sábado por la noche». Me dijo que tampoco habría mucha gente, o nadie, vestido con ropa tradicional en el sitio al que íbamos, así que no tenía que preocuparme.

Ponme un trago, tío, que tengo la boca muy seca...

Cuando salimos a la calle, no podía dar crédito a mis ojos. Había tanta claridad como si fuera de día. Algunas de las luces son bonitas de verdad. Todo el mundo tendría que verlas... y hay muchísimas. «¿Quién paga estas luces?», me pregunté. No lo dije en voz alta por miedo a que Duayaw se riera de mí.

Pasamos por muchas calles hasta que llegamos a un local enorme donde había una banda tocando. Duayaw fue a comprar las entradas para los tres.

Todos sabéis que nunca antes he estado en un sitio como ese. Así que dejadme que os diga que estaba deslumbrado. «Eh, ¿toda esta gente son hijos de seres humanos? ¿Y adónde van? ¿Y qué quieren?».

Antes de entrar me pareció que el edificio era grande, pero cuando entramos me di cuenta de que la muchedumbre dentro era más grande todavía. Algunos estaban en la barra comprando bebida, otros estaban bailando...

Sí, tío, así era la cosa, habíamos ido a un sitio donde daban un baile, pero yo no lo sabía.

Había gente sentada en sillas de hierro alrededor de mesas de hierro. Duayaw le pidió a alguien que nos trajera una mesa y sillas y nos las trajeron. Tan pronto como nos sentamos, Duayaw nos preguntó qué íbamos a beber. Yo le dije que *lamlale*, pero esa mujer pidió «cerveza»...

No os sorprendáis, tíos.

Sí, recuerdo muy bien que pidió cerveza. Duayaw fue rápidamente a comprarlas. Yo estaba demasiado sorprendido para tomar mi bebida. Me quedé sentado con la boca abierta viendo a una hija de mujer beber cerveza igual que un hombre. La banda había hecho un descanso, pero enseguida

volvieron a tocar. Duayaw y su chica fueron a bailar. Yo me quedé sentado bebiendo mi *lamlale*. No puedo describiros cómo bailaban.

Después de un rato, la banda dejó de tocar y Duayaw y su chica vinieron a sentarse. Yo me estaba quedando frío y se lo dije a Duayaw.

—No me extraña, has estado todo el rato bebiendo esa bebida de mujeres —me dijo.

—¿Y eso da frío? —le pregunté.

—Sí —me contestó—. ¿Es que no lo sabías? Tendrías que beber cerveza.

—Vale —le dije. Así que me trajo una cerveza. Cuando estaba bebiendo la cerveza, me dijo que entraría en calor si bailaba.

—Ya sabes que no sé bailar como bailáis vosotros —le dije.

—¿Y cómo bailamos? —me preguntó.

—Me parece que todos bailáis como blancos, y como yo no sé hacerlo así, la gente se reiría de mí.

Duayaw se echó a reír. No podía parar de reírse, así que la mujer le preguntó de qué iba la cosa. Dijo no sé qué en la lengua del hombre blanco y empezaron otra vez a reírse. Duayaw me dijo entonces que si la gente estaba ocupada bailando no se fijarían en cómo bailaban los demás. Y también que, en la ciudad, a nadie le importa si bailas bien o no...

Sí, yo también bailé, tíos. No conocía a nadie, eso es cierto. Tío, no me digas que en vez de preocuparme por el asunto que me había llevado a la ciudad me fui a bailar. Oh, si tuvieras alguna idea de lo que pasaba en ese sitio, no estarías diciendo esto. No quiero pararme en la mitad y contaros el final... Quiero poner una red alrededor de la historia, por así decirlo, despejar todos los arbustos del bosque.

Pero, mientras estábamos hablando del baile, algo hizo que Duayaw se volviera a mirar detrás de él, hacia una mesa en la que había cuatro mujeres sentadas... ¡Oh! Volvió rápidamente los ojos, hizo un gesto raro que no pude entender y me dijo que, si quería bailar, podía pedirle a alguna de esas mujeres que bailara conmigo.

Tíos, yo también me quedé de lo más sorprendido cuando dijo eso. Le pregunté a Duayaw que si gente que no me conocía iba a bailar conmigo. Me dijo: «sí». Levanté los ojos, tíos, y miré a esas cuatro mujeres que estaban solas sentadas en una mesa. Ya os digo que estaban solas. Me levanté.

Espero estar explicándome bien, tíos, pero me levanté temblando como agua en un cubo de latón.

Inmediatamente una de ellas me vio, se levantó y dijo algo en esa lengua del hombre blanco que todo el mundo habla en la ciudad, hasta los que no han ido a la escuela. Sacudí la cabeza. Luego me dijo algo en la lengua de la zona. Otra vez sacudí la cabeza. Después me preguntó en fante si quería bailar con ella. Yo le contesté: «sí».

¡Eh!, hermanita, ¿me estás preguntando algo? ¡Oh! ¿Quieres saber si encontré a Mansa? No lo sé... Nuestros tíos me han pedido que les cuente todo lo que pasó allí y tú también. Estoy cocinándolo todo para vosotros, ¿quieres ahora chupar el cucharón?

Sí. Fui a bailar con ella. La estaba mirando tan fijamente que creo que le pisé los pies todo el tiempo. Ya digo, era tan negra como vosotros y como yo, pero tenía el pelo muy largo, le caía sobre los hombros como a una mujer blanca. No lo toqué, pero parecía muy suave. Los labios pintados de rojo parecían una herida abierta. Llevaba el vestido pegado a la piel. Sí, bailé con ella. Cuando se terminó la música, volví

a donde estaba sentado. No sé lo que les dijo de mí a sus acompañantes, pero escuché que se reían.

En ese momento, algo me hizo darme cuenta de que todas eran mujeres de mala vida de la ciudad. Duayaw me había dicho que entraría en calor si bailaba y, sin embargo, después de haber bailado, tenía más frío que antes. Se diría que alguien me había echado encima un cubo de agua fría. Me hacía infeliz pensar en esas mujeres. «¿Acaso no tienen casa?», me pregunté a mí mismo. «¿Sus madres no las quieren? Dios, todo el mundo tenemos que sacrificarnos para ganar un céntimo con el que llevarnos algo a la boca... pero ¡oh!, ¡Dios! Esto no es un trabajo...».

Cuando pensé en mi propia hermana, que estaba perdida, me alegré un poco porque sentí que, aunque no la había encontrado, seguro que estaba casada con un pez gordo y que todo le iba bien.

Cuando la banda volvió a tocar, fui hacia la mesa de las mujeres para pedirle a la que había bailado conmigo que volviéramos a la pista. Pero ya se había ido con alguien. Cogí a una de las dos que quedaban todavía sentadas. Vino conmigo. Mientras bailábamos me preguntó si era verdad que yo era fante. Le dije que sí. No hablamos más. Cuando la banda paró de tocar, me dijo que la llevara al quiosco donde vendían cosas y le comprase una cerveza y cigarrillos. Me estaba preguntando a mí mismo si tendría bastante dinero. Cuando llegamos al sitio en el que las luces brillaban más, algo me hizo mirarle a la cara. Se me paró el corazón.

—Joven, ¿es esto a lo que te dedicas? —le pregunté.

—Chico, ¿a qué te refieres? —me preguntó ella. Yo me reí.

—¿Acaso no sabes en qué trabajas? —volví a preguntarle.

—¿Y quién eres tú para preguntarme eso? ¡Eh! ¿Quién te crees que eres? Te diré que cualquier trabajo es un trabajo. Paleta, más que paleta, ¿quién eres tú? —me gritó.

Me asusté. La gente a nuestro alrededor nos miraba. Le puse las manos en los hombros para tranquilizarla y ella se las sacudió.

—Mansa, Mansa —le dije—. ¿Es que no me conoces?

Me miró durante un rato y luego se echó a reír. Se rió y se rió como si la risa no le saliera del estómago. Sí, como si tuviera hambre.

—Creo que eres mi hermano —dijo—. Mmm.

Ay, madre, tía, ay, hermanita, ¿estáis todas llorando? ¡Propio de mujeres!

¿Por qué hay que llorar? Me enviasteis para buscar a una niña perdida y encontré a una mujer.

Ponme un trago.

Cualquier clase de trabajo es un trabajo... Eso es lo que me dijo Mansa con una boca que parecía sangre coagulada. Cualquier clase de trabajo es un trabajo... Así que no lloréis. Ella vendrá a casa por Navidad.

Hermano, ponme otro trago. Cualquier clase de trabajo es un trabajo... es un trabajo... ¡es un trabajo!

Traducido por **Marta Sofia López Rodríguez**

EL MENSAJE

—Escucha, hermana, esto no habría que decirlo, pero dicen que la rajaron.

—¿Que la rajaron?

—Sí, la rajaron.

—¿Y le sacaron el bebé?

—Sí, le sacaron el bebé.

—Sí, le sacaron el bebé.

—Digo yo...

—No digas nada, hermana.

—¿Te lo han contado?

—¿Qué?

—Esto y lo otro y lo de más allá...

—Ajá, así es...

—¡*Meewou!*

—No se dice *meewou*...

—¿Y cómo está ella?

—¿Acaso no estoy yo aquí contigo? ¿Crees que conozco la carretera hasta Cape Coast?

—Mmm...

—Y, en todo caso, ¿cómo podría estar viva? ¿Cómo es parir con una panza llena..., eh? Eso te pregunto. Y si ya estás al borde de la muerte cuando vas a la guerra con una panza llena, entonces, ¿qué pasa con una a la que le han abierto la barriga al viento?

—Oh, *poo*, qué lástima...

—Eso digo yo...

Hatillo mío, ven. Tú y yo vamos a ir hoy a Cape Coast.

Voy a llevar uno de sus lapás conmigo, por si acaso. Esta gente de la costa no sabe hacer nada y no voy a permitir que nadie maltrate el cuerpo de mi niña. Espero que me lo entreguen. He escuchado las cosas horribles que hacen con los cuerpos de la gente. Los despiezan y los usan para enseñar. Y eso que incluso los asesinos tienen entierros decentes.

Veo que viene Mensima... Y ahí está también Nkama... Y Adwoa Meenu... Ahora vienen todas a decirme «*poo*, qué pena». Brujas, brujas, más que brujas... Se han llevado a los míos mientras que los suyos prosperan a su lado, hijos, nietos y biznietos. Los suyos se multiplican como hongos.

—Esi, ya nos han contado tu desgracia...

—Que a nuestra damisela le han rajado la tripa...

—Y le han quitado al niño...

—Muchas gracias.

—¿Ha sobrevivido?

No lo sé.

—Esi, tráela de vuelta a casa pase lo que pase.

Yoo, gracias. Si la gente del gobierno lo consiente la traeré a casa.

—¿Y ya has preparado tus cosas?

Sí... no.

Ni siquiera puedo pensar con claridad.

Tengo la cabeza llena de ruido... ¡Oh, mi niña! ... Estoy perdiendo el tiempo... Así que, me voy...

Sí, a Cape Coast.

No, no conozco a nadie allí pero alguien me dirá cómo se llega al hospital... Si preguntara...

Mmm... Así he acabado. Pensaba que todo iba bien ahora... Yoo. Y gracias a ti también. Cierra la puerta cuando te vayas. A lo mejor te toca estar fuera mucho tiempo si me esperas, así que vete a casa y ocúpate de lo tuyo. Ya te avisaré cuando la traiga.

—Maami Amfoa, ¿a dónde va?

Hija mía, voy a Cape Coast.

—¿Y por qué nuestra anciana madre va con pasos tan ligeros? ¿Es una cosa seria?

Hija mía, es muy serio.

—Madre, vaya con Dios.

Yoo, hija mía.

—Eno, ¿qué te llama a estas horas?

Me necesitan en Cape Coast.

—¿Es que mi amiga quiere ver cuánto ha cambiado la ciudad desde que fuimos allí a buscar al nuevo pastor metodista, hace veinte años?

Hermana, ¿de verdad crees que tengo las rodillas como para andar desfilando por las calles de Cape Coast?

—¿Es grave?

Sí, muy muy grave. Han abierto a mi nieta en el hospital, *hi, hi, hi...*

—Eno, *due, due, due...* No lo sabía. Que Dios te acompañe... Gracias. *Yaa.*

—¡Ay, qué vida!

—Es su nieta. La única hija de su único hijo. ¿Te acuerdas de Kojo Amisa, que se metió a soldado, y cayó en la gran guerra, en el extranjero?

—Sí, es su hija...

Oh, *poo*, qué lástima.

—Kobina, vete corriendo a la calle, avisa a Draba Anan para que espere a Nana Amfoa.

— Draba Anan, Draba, me dice mi madre que venga a decirte que esperes por Nana Amfoa.

—¿Y ella dónde está?

—Mírala.

—Va andando como un pájaro. ¿Qué piensa, que vamos a estar aquí todo el día esperando? Y, además, ya no cabe un alma...

¡Ay, chóferes!

—¿Qué han hecho los chóferes?

—¿Te parece respetuoso hablar de esta forma? Es que las cosas han salido mal... pero podría ser tu propia madre.

—Pero ¿qué es lo que he dicho? No la he insultado. Solo creo que únicamente los jóvenes deberían ver Cape Coast, la ciudad de lo Caro y lo Exquisito...

—¿Y crees que ella va en un viaje de placer? A la única hija de su único hijo le han rajado la barriga y le han sacado el bebé del vientre.

Oh... Dios.

Oh

Oh

Oh

Oh

Poo, ¡qué lástima!

—Yo... *poo*, ¡qué lástima! Tengo razón con las mujeres modernas, siempre digo que no valen nada si se las compara con nuestras madres.

—¡Chóferes!

—¿Y ahora qué han hecho las esposas modernas?

—¿Y no tengo razón en lo que digo siempre de ellas?

—Vete y míralas en las ciudades. Todas delgadísimas y secas como palos. Las puedes hacer volar con un suspiro. No hay carne decente por ninguna parte. Las sillas de madera se quejan de su dureza cuando se sientan...

—Ay, ilos chóferes!

—Claro, pero todos los chóferes...

—¿Qué he hecho yo? ¿Acaso todos los hombres aquí no están de acuerdo conmigo? Estas chicas modernas... Y ahora una que ni siquiera es capaz de tener un bebé de forma decente, se lo tienen que sacar de la panza. ¡*Tchiaa!*

—Qué...

—Aquí está la anciana...

—¿La de la nieta...?

—Sí.

—Nana, me dicen que viene con nosotros a Cape Coast.

Sí, señor.

—Casi la dejamos atrás, pero me dijeron que era usted y que le toca hacer un viaje duro.

Sí, señor... gracias, señor.

—Empujen, por favor, empujen. ¿Por qué no se aprietan? ¿Qué hacen todos ahí sentados mirándome como si fuera un cacho de madera?

—Hay sitio de sobra para apretarse. En ese asiento tendrían que caber cinco mujeres. ¡Pero mira estas!

—Y tampoco la abuela está muy gorda... Nana, si ellos no empujan venga a sentarse delante conmigo.

—*Hei*, estudiante, vete para atrás...

— Y no me repliques. Conozco a los de tu calaña. Algo me dice que no tienes trabajo. Y ese traje que llevas tan aparente, o lo has alquilado o te lo han prestado...

— ¡Ay, los chóferes!

Ay, los chóferes...

El estudiante que había leído esa cosa del telegrama dijo que se lo habían hecho tres días antes. Me lo mandó el marido de la señora... Tres días... Dios, eso es mucho tiempo. ¿Dónde la enterraron? ¿O la abrieron...? No tendría que pensar estas cosas... o terminará por pasarme algo. Once o doce... Efua Panyin, Okuma, Kwame Gyasi y ¿quién más? Pero no tendrían que haberme dejado aquí. A veces... ¡Ay! Odio estas náuseas. Pero es el olor de la gasolina. Ahora me acuerdo de que nunca pude viajar en furgoneta. Siempre vomitaba. Pero espero que eso no me pase ahora. Esta gente joven pensará que es porque soy vieja y se reirán de mí. Si por lo menos supiera que la hija de mi hijo está viva, sería mejor. Y las cositas que me mandaba... A veces, gente como Mensima y Nkansa me hacen sentir como si hubiera sido una mujer estéril, en lugar de una de la que se hizo amiga la muerte de los niños...

Le voy a dar el juego de pendientes, pulsera y cadena que me hizo Odwumfo Ata. Es lo más bonito y lo más caro que tengo... No me duele pensar que voy a morir pronto y que estarán ellas y sus hijos husmeando entre mis cosas. Después de todo, ¿para qué se tragó la tierra a mis hijos? No me duele en absoluto. Si hubiera sido otra persona, las hubiera puesto a todas pingando antes de morirme. Pero da lo mismo. Que cada una cargue con su maldición. Y ahora, este es mi final y el de mis raíces. La muerte eterna se ha portado como una rata guerrera, con un sentido del deber diabólico, para roerme el culo. Ahora todo ha terminado. Barren el solar

vacío, y los restos de melaza, los palos secos y los mechones de pelo han ardido... ¡Cómo apesta, este humo!

—Oh, Nana, no llore...

—¿Está llorando la anciana?

—Si la única hija de tu único hijo muriera, ¿no ibas tú a llorar?

—¿Y a mí qué me dices? ¿Sabía yo que había muerto su nieta?

—¿Qué pasa, que no has estado en esta furgoneta? ¿Dónde tenías los oídos cuando lo estábamos contando?

—Yo no me meto en los asuntos ajenos...

—¿Y qué?

—¡Vete y piérdete!

—*Hei, hei*, está prohibido discutir en mi furgoneta.

—Draba, aquí estoy yo tranquilamente sentado y esta mujerona se está metiendo conmigo.

—¡Mira que te doy!

—Te doy... te doy... vamos a verlo.

—*Hei*, ¿estáis sin civilizar o qué?

—Estad callados y pensadlo, u os bajo.

Nana, no llore. Dios está en lo alto.

Gracias, señor.

—Pero ¡si ya estamos en Cape Coast!

¡*Meewou*! Dios mío, tenme en pie o me va a dar algo.

Señor, me bajo aquí.

—Oh, Nana, pensé que había dicho que iba al hospital... Todavía no hemos llegado.

Digo que me bajo aquí y pregunto por dónde se va.

—Nana, no conoce usted a esta gente, ¿verdad? Aquí son muy descarados. No quieren para nada a los viejos. Así que no los respetan. Yo la llevo.

¿Va usted allí, señor?

—No, pero la llevo hasta allí.

Ay, señor, su anciana madre se lo agradece. No derrame ni una lágrima cuando escuche que he muerto... Señor, su anciana madre se lo agradece.

Me han dicho que hay un sitio en el que guardan a los difuntos hasta que sus parientes los reclaman... Si la han enterrado, entonces tengo que buscar a su marido... Esi Amfoa, ¿qué he venido yo a hacer a este mundo? ¡He enterrado a todos mis hijos y ahora voy a enterrar a mi única nieta!

—Nana, ya hemos llegado.

¿Es esto el hospital?

—Sí, Nana. ¿Cómo se llama su nieta?

Esi Amfoa. Su padre la puso como yo.

—¿Sabe cuál es su nombre europeo?

No, señor.

—¿Y qué hacemos?

—*Ei*, señora, señora enfermera, estamos buscando a una persona.

—¿Estáis buscando a alguien y sabéis leer? Si no sabéis, tenéis que preguntarle a alguien cuáles son las normas del hospital. Sólo se admiten visitas a las tres en punto.

Señora, por favor. Era mi única nieta...

—¿Quién? Y, de todas formas, no es asunto nuestro.

—Nana, tenga paciencia... y no llore.

—Mujer, ¿por qué está llorando? Eso aquí no está permitido. Nadie debe hacer ruido...

Señora mía, ella era todo lo que tenía.

—¿Quién? Oh, ¿es usted la anciana que está buscando a alguien?

—¿Quién es?

Era mi nieta... La única hija de mi único hijo.
—Lo que quiero decir es que cómo se llama.
Esi Amfoa.
—Esi Amfoa... Esi Amfoa. Lo siento, pero aquí no tenemos a nadie que se llame así.
¿De verdad?
—Nana, ya le dije que aquí solo la conocerían por su nombre europeo.
Señor, ¿y qué vamos a hacer entonces?
—¿De qué está enferma?
Vino aquí para dar a luz...
— Y dicen que le abrieron el estómago y le sacaron el bebé.
—Oh... oh, ya veo.
Dios mío, dame fuerzas para que no me pase nada ahora.
—Ya veo. Es un caso de cesárea.
—Enfermera, ¿sabe usted quién es?
Y cuando la lleve de vuelta, Anona Ebusuafo dirá que no les esperé para venir conmigo...
—Sí. ¿Eres su hermano?
—No, soy el chófer que trajo a la anciana.
—¿Trajo a todo su clan?
—No. Vino sola.
—Cosa rara en una aldeana.
Espero que todavía no la hayan abierto.
—¿Y trajo una bolsa llena de mandioca y de plátanos y de *kenkey*?
—No. Solo tiene su hatillo.
—Seguidme. Pero no hagáis ruido. Estas no son horas de venir aquí...
Señor, ¿la conocen?

—Sí.

He oído que en el sitio donde los meten hace mucho frío...

* * *

Era la hora de dar de comer a los recién nacidos. Cuando la vieja Esi Amfoa vio a la joven Esi Amfoa, ésta estaba estupefactamente. Sábanas blancas y todo. Lo que no vio fueron los primorosos puntos que ocultaban las sábanas. «Esta mujer es bien dura», había dicho el Dr. Gyamfi después de que le hubieran sacado a los gemelos idénticos, le hubieran puesto los últimos puntos y Mary Koomson, alias Esi Amfoa, se hubiera despertado de la anestesia.

La anciana había dado saltos de alegría en la habitación, y se echó gimiendo, no gritando, al lado de la cama. ¿Al final no se había roto su última vasija? Así que incluso en los hospitales trataban a la gente decentemente y no siempre los abrían para enseñarlos a los estudiantes.

La enfermera estaba furiosa. La joven Esi Amfoa habló. Y esta vez la vieja Esi Amfoa lloró con todas las ganas. Lloró hasta que se le acabaron las lágrimas.

La flaca enfermera en formación, Jessy Treeson, segunda-generación-de-Cape-Coast-a-cuya-abuela-todavía-se-recordaba-en-Egyaa n° 7 dijo: «¡Estos pueblerinos!» y soltó una risita.

Draba Anan miró fijamente a Jessy Treeson, la miró de arriba abajo: su uniforme almidonado, su delantal y su cofia... y después la descartó... «¡Semejante palo de mandioca! Seguro que me rompía el dedo del pie si le diera una patada en el culo...», pensó.

Y, junto a la cama, la anciana estaba intentando ponerse en pie y mirar a la única vasija que se había negado a romperse.

Traducido por **Marta Sofia López Rodríguez**

CIERTOS VIENTOS DEL SUR

M'ma Asana miró la triste pila de nueces de cola, escupió y cogió la cesta de mimbre. Después la puso en el suelo, cogió una de las nueces de cola, le dio un mordisco, lo expulsó de su boca, volvió a escupir y se puso de pie. Primero un dolorcillo agudo, solo una punzadita, surgió de algún lugar bajo su oído izquierdo. Después su vista se volvió borrosa.

«Tengo que echarles un ojo a esos leños», pensó, creyendo que esta neblina en sus ojos era cuestión del frío en el ambiente. Se inclinó sobre las nueces.

«Nunca sabes qué mal de ojo está esparciendo esta oscuridad sobre los campos de cultivo. Tengo que cosecharlas rápidamente».

De vuelta en su corral, sus ojos se posaron en los círculos desnudos que marcaban el lugar en el que habían estado los antiguos pozos. A estas alturas, en los viejos tiempos hubieran estado llenos hasta desbordarse, y cuando se iba vislumbrando el final de la estación, una sentía una emoción placentera y casi sexual mirando estos pozos, justo como una se imagina que se siente un hombre cuando mira a su mujer embarazada de nueve meses.

Embarazo y nacimiento y muerte y sufrimiento; y otra vez muerte.

Cuando ya no hay embarazos, no hay más nacimientos y, en consecuencia, no hay más muertes. Pero hay solo una muerte y un único sufrimiento...

Muéstrame un cadáver reciente, hermana, para que pueda llorar ante ti mis viejas lágrimas.

El pozo de su barriga se enfrió, después su vientre se movió y tuvo que apoyarse en el dintel de la puerta. En veinte años, el embarazo y el parto de Fuseni habían sido los únicos... Veinte años, y el primer hijo varón. Antaño, hubiera habido machos cabríos y te hubieran puesto verde por ponerle a una mujer recién parida carne de antílope. Pero en estos tiempos, los mezquinos furtivos de las reservas del gobierno hacen contrabando con estos miserables antílopes, ¡pobres animales! Sí, cazan furtivamente incluso los antílopes para llevarlos a las casas de los glotones del sur.

Antaño... cómo pasa el tiempo y qué rápido llega la vejez. Pero ¿acaso espera una rejuvenecer cuando empiezan a llegar los nietos? Alabado sea Alá por un nieto varón.

El fuego todavía ardía con fuerza cuando volvió a la habitación.

M'ma Ansa puso las nueces en el suelo. Acomodó su cuello en la esquina. Estos leños deberían llegarle hasta la próxima semana. Durante el resto de la tarde, se dispuso a preparar las cosas del mercado para el día siguiente.

Había rezado las oraciones de la tarde. Tenía dinero en el bolsillo. Los campos estaban tranquilos, Hawa estaba durmiendo y Fuseni también. M'ma salió hasta el portón principal, primero para asegurarse de que todo estaba en orden en el exterior y después para cerrarlo. No fue tanto la figura, sino el suave murmullo de pasos ligeros sobre la hierba, lo que llamó su atención.

—¡Ojalá fuera mi marido!

Pero, por supuesto, no era su marido.

—¿Quién viene?

—Soy yo, M'ma.

—¿Eres Issa, hijo mío?

—Sí, M'ma.

—Están durmiendo.

—Eso pensé. Por eso he venido ahora.

Hubo una larga pausa en la conversación mientras ambos dudaban si el yerno debía entrar a ver a Hawa y al niño o no. No se pronunció ni una palabra en esta pelea, pero no hay por qué decirlo todo.

M'ma Ansa no lo vio, pero sintió que él había ganado la batalla. Cruzó el umbral y cerró el portón detrás de ella. Issa fue delante. Sin embargo, no caminaron mucho. Se metieron en una esquina entre dos pilares de la pared del corral. Issa estaba con la espalda apoyada en la pared. Y así es como tenía que ser, porque él era el que necesitaba el fresco reconfortante de la pared en su columna vertebral.

—M'ma, ¿Fuseni está bien?

—Sí.

—M'ma, ¿Hawa está bien?

—Sí.

—M'ma, por favor, dime que Fuseni está perfectamente.

—Ay, hijo. ¿Qué es lo que tanto te preocupa? Fuseni es un bebé que no tiene ni diez días. ¿Cómo voy a decirte que está perfectamente? Cuando un adulto va a vivir a otro pueblo...

—M'ma.

—¿Qué?

—Nada. No es nada.

—Hijo mío, no soy capaz de entenderte hoy. Sí, si tú, que eres un adulto, vas a vivir a otro pueblo, ¿acaso puedes decir a los diez días que estás perfectamente bien?

—No.

—¿No tienes primero que acostumbrarte a la comida? ¿No tienes que enterarte antes de dónde puedes coger agua para ti y para el ganado?

—Sí, M'ma.

—Entonces, ¿cómo me preguntas si Fuseni está del todo bien? El ombligo se le está curando muy rápido. ¿Y cómo no iba a ser así? Ni uno solo de los ombligos que yo he cortado aquí se ha infectado. Entonces, ¿iba a cortar el de mi nieto y quedarme sentada viendo cómo se pudre? Pero de lo que no puedo hablar es de su hombría. El Mallam lo hizo limpiamente y debe estar bien. Tu familia no es conocida porque se os pudran los penes, ¿no?

—No, M'ma.

—Entonces deja que tu corazón descanse tranquilo en tu pecho. Fuseni está bien pero todavía no sé decirte cómo de bien.

—Te he escuchado, M'ma... M'ma...

—Dime, hijo.

—M'ma, voy a ir al sur.

—¿Adónde dices?

—Al sur.

—¿Cómo de lejos?

—Voy a ir hasta el mar. M'ma, pensé que lo entenderías.

—¿He dicho yo algo?

—No, no has dicho nada.

—Entonces, ¿por qué dices eso?

—No me expresé bien.

—¿Y qué vas a hacer allí?

—Buscar trabajo.

—¿Qué trabajo?

—No lo sé.

—Sí, si lo sabes, vas a chapear.

—Quizás.

—Pero, hijo mío, ¿por qué tienes que ir tan lejos solo para chapear? ¿Acaso no hay suficiente maleza por aquí? ¿En este corral, en el de tu padre y en los otros del pueblo? ¿Por qué no limpias estos?

—M'ma, ya sabes que no es lo mismo. Si yo me dedicara aquí a eso la gente pensaría que estoy loco. Pero allí me han dicho que les gusta, y que el gobierno te paga por hacerlo.

—Incluso así, nuestros hombres no van al sur a chapear. Eso es para los de más al norte. Son los del bosque los que van al sur a chapear. Eso no es para nuestros hombres.

—Por favor, M'ma, se me está yendo el tiempo. Hawa es primeriza y Fuseni es mi primer hijo.

—Y tú quieres abandonarlos para ir al sur a chapear.

—Pero, M'ma, ¿de qué iba a servir que me quedase aquí para verlos morir de hambre? Tú misma sabes que toda la cosecha de cola está arruinada, e incluso si no lo hubiera estado, con los precios que pagan ahora, ¿cuánto dinero crees que podría sacar para ellos? Y por eso quiero irme. El comercio no funciona y, como no sabemos cuándo las cosas volverán a estar bien, creo que lo mejor es que me vaya.

—¿Lo sabe Hawa?

—No, no lo sabe.

—¿Y has venido a estas horas para despertarla y decirselo?

—No.

—Eres sabio.

—M'ma, lo he dejado todo en manos de Amadu. El vendrá a ver a Hawa mañana.

—Está bien. ¿Cuándo vas a volver?

—...

—Issa...

—M'ma.

—¿Cuándo vas a volver?

—M'ma, no lo sé, quizá para el próximo Ramadán.

—Bien.

—Así que me marchó ya.

—Que Alá vaya contigo.

—Y que su profeta os proteja a todos.

M'ma se fue derecha a la cama, pero no a dormir. ¿Y cómo iba a dormir? De madrugada, todavía sus ojos estaban del todo abiertos.

—¿Acaso es su familia conocida porque sus machos se pudren? No, ciertamente no. Somos nosotros los que somos conocidos por el infortunio de nuestras mujeres... Algo tiene que pasarles... ¿O cómo es que no podemos retener a nuestros hombres? ¿Alá, qué es lo que pasa?

Veinte años atrás. Hacía veinte años, quizá más de veinte años... quizá más de veinte años, y por favor, Alá, dame fuerza para decírselo a Hawa.

¿O iré ahora al mercado y se lo diré a la vuelta? No. Hawa, Hawa, imira, estás dormida como un tronco! ¿Cómo puede una madre dormir así? ¡Hawa! ¡Haaaawa! Oh, no debería dejarte sola... ¿Cómo vas a escuchar si tu hijo llora por la noche si caes muerta cuando duermes?

¡Escúchala hacerme preguntas! Sí, ya es del todo de día. ¡Pensé de verdad que estabas muerta! Si tienes frío, échate

la manta por encima y escúchame, que tengo que decirte una cosa.

Hawa, Issa se ha ido al sur.

¿Y por qué me miras con esos ojos tan brillantes? Te estoy diciendo que Issa se ha ido al sur.

¿Y qué pregunta crees que me estás haciendo? ¿Cómo iba a llevarte con él cuando tienes un bebé al que ni siquiera se le ha cerrado la herida del ombligo?

Se fue anoche.

No me preguntes por qué no fui a despertarte. ¿Para qué te iba a despertar?

Escucha, Issa dijo que no estaba dispuesto a quedarse aquí para veros a Fuseri y a ti morir de hambre.

Va al sur a buscar trabajo y... Hawa, ¿adónde crees que vas? Issa no está esperándote a la puerta. Los vecinos no se han levantado todavía, así que no me hagas gritar... ¿Por qué te portas como un bebé? Ahora eres madre y tienes que madurar... ¿Adónde crees que vas? Escúchame decirte esto. Issa se ha ido. Se fue de noche porque quería coger el autobús del gobierno que sale de Tamale temprano por la mañana. Así que...

Hawa, ay, ¿estás llorando? ¿Por qué estás llorando? ¿Porque tu marido te ha dejado para ir a buscar trabajo? Sigue llorando, porque él traerá dinero para ocuparse de mí, y no tú... ¿Qué no te entiendo, dices? A lo mejor no... ¡Ves! Ahora has despertado a Fuseri. Siéntate a darle de mamar y escúchame...

Escúchame y te hablaré de otro hombre que abandonó a su bebé recién nacido y se fue.

¿Que si volvió? No, no volvió. Pero no me hagas más preguntas que voy a contártelo todo.

Solía ir y venir, y luego un día se fue y no volvió más. No es que se hubiera visto obligado a ir, como el resto...

¡Oh! Eran soldados. Te estoy hablando de un soldado. No tenía ninguna necesidad de hacerse soldado. Después de todo, su padre era uno de los hombres más ricos de por aquí. Él no era el primogénito, eso es cierto pero, de todas formas, había muchas cosas que podía haber hecho para mantenerse a sí mismo y a su esposa cuando se casó. Pero no hizo caso a nadie. ¿Cómo iba a quedarse sentado y consentir que otros fueran más elegantes que él?

Sus ropas brillaban y rebrillaban de tanto plancharlas... Digo, podrías haberte mirado en ellas para ponerte khole en los ojos. Y sus zapatos, ¡cómo rugían! Conoces por ti misma a los soldados. ¡Oh, la conmoción en la tierra cuando llegaron desde el sur! Las madres les hablaban largo y tendido a sus hijas sobre las excelencias de un matrimonio adecuado, y los padres se apresuraban a celebrar compromisos. A muchos les asustaba encontrarse con un caso como el de Memunat entre las manos. Su padre ya había entregado el ganado y toda la dote cuando a Memunat le dio por jugar con un soldado. ¡Ay, el escándalo que montó!

¿Quién era esta Memunat? No, no es la amiga de tu madre. No, esta Memunat terminó por escaparse al sur. Oímos que se había convertido en una mujer de mala vida en la ciudad y que había hecho mucho dinero. No, ahora no sabemos nada de ella; tampoco creo que haya muerto, porque esas mujeres suelen volver a casa para morir, y ella todavía no ha vuelto.

Pero nuestro caso era distinto, yo todavía no estaba prometida.

¿Dices que por qué digo nosotros? Porque este hombre era tu padre... ¿Ah, que te quedas boquiabierta? Sí, hija mía, estoy hablando de tu padre.

No, no te menté cuando te dije que había muerto. Pero calla y escucha...

Él iba al sur para intentar conseguir una casa para soldados con familia.

No, esa no fue la vez que no volvió. Vino aquí, pero no para llevarme con él.

Nos preguntó si habíamos oído hablar de la guerra.

¿No habíamos oído hablar de la guerra? ¿Acaso no se había vuelto complicado conseguir cosas como latas de pescado, queroseno y telas?

Sí, le dijimos, pero pensábamos que solo era porque los comerciantes no las traían.

Sí, bien, dijo él, pero los comerciantes no las consiguen ni siquiera en el sur.

Y por qué, preguntamos.

¡Ay, qué gente! ¿No habéis oído hablar de los alemanes? No tuvo ni una pizca de paciencia. Nos dijo que en el sur estaban cantando canciones obscenas con su nombre.

Pero cuándo nos vamos, le pregunté.

Lo que me dijo fue que por eso había venido. No podía llevarme con él. Sabes, dijo, como estamos bajo el dominio de la gente *inglesa* y ellos están luchando contra los alemanes...

Pregúntamelo, hija mía, porque eso fue justo lo que le pregunté yo, ¿qué tiene todo eso que ver contigo y conmigo? ¿Por qué no puedo ir al sur contigo?

Porque tengo que ir a las tierras del otro lado del mar y luchar...

¿En una guerra ajena? Hija mía, es como si hubieras estado presente. Eso mismo le pregunté yo.

Pero no es tan sencillo como eso, me dijo.

No podíamos entenderlo. No debes ir, le dijo su padre. No debes ir porque no es como si nosotros estuviéramos en guerra con los grunshies o los gonjas... Conozco a los ingleses, pero no he oído hablar de ningún alemán, y además ellos están en su tierra.

Por supuesto su padre estaba de broma, y yo también.

Un soldado tiene que obedecer siempre, dijo él.

Yo quería darle un montón de cosas para que se llevara, pero él dijo que lo único que podía llevar era cola.

Y entonces llegó la noticia. No me entraba en la cabeza, porque estaba vacía. Todo se me iba al vientre. Tú tenías tres días.

La noticia fue un fuego que se me agarró al fondo de las tripas. Y de vez en cuando soltaba llamaradas, cortándome el vientre, cortándome el intestino y ardiendo y ardiendo hasta que me volvía loca gritando cuando me llegaba a la cabeza.

Me había dicho a mí misma cuando naciste que no me importaba que fueras una niña, porque todos los dones de Alá son buenos y de todas formas él iba a volver y entonces tendríamos mucha más descendencia, un montón de hijos.

Pero, Hawa, tú eras muy fuerte, todavía no entiendo cómo pudiste salir adelante. Tenías tres días y de pronto, como un arroyo golpeado por un harmatán temprano, mis pechos se secaron... Hawa, eres muy fuerte.

Después, me dijeron que si conseguía ir al sur y demostrarle a la gente del gobierno que yo era su mujer me darían mucho dinero.

Pero no fui. Yo le quería a él, no su cuerpo convertido en oro. Nunca fui al sur.

¿Te asombras? Hija mía, el mundo fue creado hace mucho tiempo, y eso no lo vimos ni los viejos ni los jóvenes. Así que no te sorprendas.

Esa gente, la gente del gobierno, que van y que vienen, nos dicen que ahora el comercio está mal, y otra vez no hay pescado de lata ni telas. Pero esta vez dicen que es porque nuestros hijos vivirán en la abundancia en el futuro.

Issa se ha ido al sur porque ahora no puede permitirse siquiera carne de cabra para su mujer recién parida. ¿Tiene que ser así, para que Fuseni pueda quedarse con su mujer y comer carne de vaca con ella? Mmm. Y volverá vivo... quizá no el próximo Ramadán sino el siguiente. Ahora, hija mía, ya conoces la historia de otro hombre que fue a luchar. Y fue a luchar en la guerra de otra gente y nunca volvió.

Me voy al mercado. Levántate pronto para lavar a Fuseni. Espero sacar algo por estas colas miserables. Hay suficiente arroz para hacer *tuo*, ¿no?

Bien. Hoy, aunque tenga que gastarme hasta el último céntimo, espero poder conseguir un buen pescado ahumado, el más grande que encuentre, para hacernos una buena salsa...

Traducido por **Maya G. Vinuesa**

AQUÍ NO HAY TREGUA

Era guapo, pero qué importaba eso. La belleza no juega un papel tan relevante en la vida de un hombre como en la de una mujer, o eso piensa la gente. Si la belleza de un hombre es demasiado evidente como para llamar la atención, la gente discretamente la ignora. Solo una chica sin modestia ninguna como yo se atrevería a hacer un comentario sobre la belleza de un chico. «Qué guapo es Kwesi», le decía siempre a su madre. «Si alguna vez me trasladan, lo secuestro». Me divertía tomando el pelo a la adorable mujer y también a ella le divertía que bromeara sobre él. Fingía escandalizarse, como si le alarmara y a la vez le agradara, todo ello en un momento fugaz.

—*Ei*, Chicha ¹. No deberías decir esas cosas. En realidad, el chico no es tan guapo. —Pero sabía que estaba mintiendo—. Por otra parte, Chicha, ¿a quién le importa que un chico sea bien parecido o no? —De nuevo sabía que al menos a ella le importaba; al fin y al cabo, ¿no arrojaba la maravillosa personalidad del chico una luz cálida sobre la belleza viva, aunque ya menguante de la madre? Entonces, con cautela

¹ Chicha: transcripción que lleva a cabo la autora de la palabra *teacher*, maestra. Evocaría el acento fante (dialecto de la lengua akan) en su pronunciación por parte de la gente del pueblo al que la maestra ha sido destinada (NOTA DE LA T.).

y a la vez en un tono notablemente objetivo, expresaba el miedo que la carcomía—. Por favor, Chicha, ya sé que solo te ríes de mí, pero prométeme que no te llevarás a Kwesi. — Casi al instante su boquita temblaba y se tapaba los ojos con su paño como avergonzada de su gran amor y sus miedos.

Pero yo la comprendía.

—O, Maami, no llores, sabes que no lo decía en serio.

—Lo siento, Chicha, confío en ti. Lo único es que no puedo evitar el miedo, ¿sabes? ¿Qué haría yo, Chicha?, ¿qué haría yo, si le pasara cualquier cosa a mi hijo?

Volvía a abrir sus bonitos ojos, brillantes con las lágrimas que no había derramado.

—No le va a pasar nada —la tranquilizaba—. Es un buen chico. No se mete en peleas y por eso no lo va a pegar nadie. No es torpe, al menos no muy torpe, lo cual quiere decir que no se lleva más golpes de la vara de caña que sus compañeros...

—Chicha, yo me someto de manera voluntaria a tus varazos si hace mal las sumas —intervenía rápidamente.

—No te hagas la graciosa. Unas varillas de calentamiento en una mañana fría no le vendrían nada mal. Pero si te ofreces, yo no tendría problema en darte a ti unos golpecitos en tus tiernas carnes.

Entonces se disipaba la tensión y las dos nos echábamos a reír. Aun así, siempre me iba con la imagen de su boca temblorosa y las lágrimas contenidas.

Maami Ama quería a su hijo; y esta es una afirmación tonta, tan tonta como decir que Maami Ama es una mujer. ¿Qué mujer no amaría a su hijo? En la época de esta historia, acababa el niño de cumplir diez años. Estaba en cuarto de primaria y era bastante alto para su edad. Tenía la piel lisa

como la manteca de karité, y oscura como el carbón. Tenía el pelo suave, como el de su madre. Sus ojos eran de esos que siempre le recuerdan a una algún sueño prolongado en una tarde calurosa. Es indecente regodearse en el aspecto físico de un niño, pero lo cierto es que la belleza de Kwesi era indecente.

Faltaba tiempo para el atardecer. Mi reloj marcaba las 4:15 p.m., esa franja ambigua del día que, a esta gente, con todo su ancestral conocimiento astronómico, siempre le ha costado definir. Para los más jóvenes y los más viejos es ciertamente el anochecer; se han pasado todo el día en casa y empiezan a persuadirse de que termina el día. Aburridos de su propia compañía, se desparraman por el mercado o se sientan a la fresca. Los niños empiezan a lloriquear preguntando por sus madres, cansados de jugar a «las casitas». Imaginándose muertos de hambre, picotean las sobras de la comida, aunque en realidad solo rezan para que sus madres vuelvan pronto de la finca. Los más viejos ciertamente no van a buscar los restos, pero vuelven a saborear los temas de conversación que estaban frescos a las diez de la mañana.

—Y digo, Kwame, como te decía esta mañana, que mi primera esposa era una mujer guapísima —dijo el viejo Kofi.

—Ah, sí, sí, era una chica extraordinariamente guapa. Me acuerdo de ella. —El viejo Kwame asentía con la cabeza, pero estaba cansado de la historia y tenía sueño—. Ya pasa la hora de que los jóvenes vuelvan de la finca.

Pero yo era maestra y seguía las costumbres de los blancos. La escuela había terminado. La casita de Maami Ama estaba en una punta del pueblo y la escuela en la otra. No obstante, no había mucho camino porque Bamsó no es un pueblo grande. Yo le había dado mis libros a la pequeña

Grace Ason para que me los llevara a casa; así que solo llevaba mi relojito en la muñeca y paseaba sin prisa. Al pasar por donde los viejos, me saludaron a gritos. Era siempre en el inglés pronunciado a la manera fante.

—*Kudiimin-o*, Chicha.

—*Kidiimin*, Nana —respondía yo.

Cuando yo saludaba primero, la respuesta era *Tanchiw*.

—Chicha, ¿cómo estás?

—Nana, estoy bien.

—*Yoo*, qué bueno.

—¿Y cómo están los niños?

—Nana, todos están bien.

Si un viejo tenía ganas de conversación, especialmente si había alguien más de público, me echaba un cumplido sobre la labor que estaba haciendo. Después seguía con las ventajas de la educación formal, especialmente la femenina, para terminar con una cita del Dr. Aggrey.

De modo que también yo iba con retraso aquella tarde: mejor aún, porque cuando entré a la casita, Maami Ama acababa de llegar de la finca. La puerta daba al pueblo, y así fue como la vi. Ay, esa imagen sigue viva en mi memoria. Estaba sentada en un taburete bajo, frente a su carga. Como los montones de cosas que traían las mujeres de las granjas a sus casas, era una amalgama colorida de frutas y verduras. En la base de la bandeja de madera estaban los tubérculos de mandioca y de ñame, empapados en abundante barro marrón, el color de la tierra. Encima se veían los plátanos del color verde de los bosques de donde procedían. Sobre ellos estaban las alegres verduras, la pimienta roja, las berenjenas, la papaya dorada y los tomates carmesíes. Por encima de este

derroche de color, los ojos de la mujer estaban fijos, absortos, mientras sus manitas sacaban la pimienta con delicadeza. Hice un ruidito en la puerta, como raspándola. Levantó la vista y sonrió. Su sonrisa dejó ver sus dientes blanquísimos.

—Oh, Chicha, acabo de llegar.

—Eso veo. *Ayekoo*.

—*Yaa*, hija mía. ¿Y cómo estás tú, mi niña?

—Muy bien, madre. ¿Y tú?

—*Tanchiw*. Siéntate, hay un taburete en la esquina. Siéntate. Mmm... La vida es una batalla. ¿Qué podemos hacer? Lo intentamos, hija mía.

—¿Por qué te has quedado más tiempo en la finca hoy?

—Después de quitar la maleza en esa parcela de la que te hablé la semana pasada, se me ocurrió ir a por un par de ñames.

—¡Ah! —grité.

—Ya sabes que mañana es *Ahobaa*. Aunque una no se sienta animada, hay que tener un poco de ñame para el viejo Ahor.

—Sí. Entiendo. El viejo salvador se lo merece. Después de todo no sucede muy a menudo que un hombre se ofrezca como sacrificio a los dioses para salvar a su pueblo de una pestilencia.

—No, Chicha, tuvimos mucha suerte.

—Pero Maami Ama, ¿por qué tienes esa cara de pena? Los ñames son bien grandes.

Ella me regaló una sonrisita mirando los ñames amontonados en el rincón.

—¿Tú crees? Bueno, son los mejores del montón. Hija mía, cuando la vida te falla, te falla del todo. Los ñames son

la viva imagen de la propia vida. Y los míos tienen una pinta bastante miserable.

—Oh, Maami, ¿por qué hablas siempre así? Fíjate en Kwesi, ¿cuántas madres pueden presumir de un hijo así? Aunque sea tu único hijo, piensa en las que no tienen ninguno. Quizás haya alguna mujer sentada en una esquina que te envidie.

Soltó una risita.

—¡Ya tiene que ser infeliz la mujer que envidie a Ama! Pero tienes razón, yo debería estar agradecida por Kwesi.

Después nos quedamos calladas un rato. Me encantaba verla moverse en silencio mientras trabajaba. Al terminar de desempaquetar, limpió la porquería de la bandeja y comenzó a hacer fuego para preparar la cena. Empezó a canturrear una canción de iglesia. Era metodista.

*Luchamos,
luchamos,
luchamos por Canaan,
el reino celestial.*

Mientras la observaba se me llenaron los ojos de lágrimas; se parecía muchísimo a mi propia madre. Enseguida empezó a salir humo del fuego. Se dio la vuelta.

—Chicha.

—Maami Ama.

—¿Sabes que por fin mañana me divorcio en serio?

—¡Oh! —No pude evitar el tono de consternación en mi voz.

Había oído, poco después de mi llegada al pueblo, que los padres de aquel niño guapísimo estarían mejor divorciados. Yo esperaba que llegaran a un acuerdo respetuoso por el

bien del niño. Más adelante, cuando conocí a su madre, lo deseé también por ella, por su propio bien. Pero según pasaba el tiempo me había dado cuenta de que aquello no tenía nada de deseable. Kodjo Fi era un egoísta y un acosador, con quien ninguna mujer decente debía de haberse casado. Se llevaba estupendamente con sus otras dos esposas, pero los tres eran del mismo pelaje. Aun así, lamenté que Maami fuera a formalizar la ruptura definitiva.

—Sí, lo voy a hacer —continuó ella—. Debería. ¿Para qué sigo así? ¿Para qué luchar más? Siete años es mucho tiempo para aguantar el maltrato de un hombre con el desprecio y el orgullo añadido de sus esposas. ¿Qué he hecho yo para merecer los insultos de sus hermanas? ¡Y el de su madre!

—¡La madre también! —exclamé.

—¿Por qué no? ¿No crees que lo haría? Ten en cuenta que no le compro los paños más caros del mercado ni le doy el mejor pescado de mi sopa, como hacen las otras nueras.

Me eché a reír.

—¡Menuda bruja la vieja!

—Chicha, no te rías. Estoy segura de que quería comerse a Kwesi pero lo bauticé y no pudo.

—Oh, no digas eso, Maami. Estoy segura de que les caes bien a todas, solo que no lo sabes.

—Hija mía, no es así. Me odian.

—Pero ¿qué pasó? —le pregunté lo que llevaba tanto tiempo deseando preguntarle.

—¡Pregúntales tú, Chicha! Yo no lo sé. De pronto empezaron a odiarme cuando Kwesi apenas tenía dos años. Kodjo Fi redujo mi dinero para la casa y a veces se negaba a darme nada. Empezó a dejar de comer mis platos. Al principio le preguntaba por qué. Siempre me contestaba «no es nada».

Si no hubiera tenido tan mala suerte, su madre y sus hermanas se hubieran puesto de mi parte, pero no fue así. Durante aquella época de siembra, aunque fuera su primera esposa, me dejó la parcela más pequeña y con más maleza.

—*Ei*, y tú, ¿qué le dijiste?

—¿Qué iba a decir? En aquella época mi madre vivía, aunque mi padre ya había muerto. Cuando me quejé de cómo me estaba tratando mi marido, me dijo que, a veces en el matrimonio, la mujer debe hacerse la tonta. Pero yo llevo demasiado tiempo haciéndome la tonta.

—¡Oh! —Me salió una mueca de disgusto.

—Madre murió y yo era la única hija. Mis tías ya tienen bastante con las cosas de sus hijas. Se lo he contado varias veces a mis tíos, pero nunca me toman en serio. Creen que solo soy una mujer insatisfecha.

—¿Tú? —exclamé sorprendida.

—Puede que tú no me veas así. Pero en este pueblo hay bastante gente que lo cree.

Hizo una pausa mientras miraba hacia el suelo.

—Tú no lo sabes, pero he sido el tema de cotilleo durante muchos años. Ahora lo único que quiero es vivir sola cuidando a mi hijo. No creo que jamás tenga más hijos. Chicha, en nuestro pueblo dicen que un mal matrimonio mata el alma. La mía está lista para enterrar.

—Maami, no hagas ese luto.

—Hija mía, la madre y el padre que me trajeron a este mundo me dejaron sola y ya no les guardo luto. Cuando la muerte los llamó, se alegraron de soltar sus herramientas y de marchar con los antepasados. Sí, me querían bien, pero hasta ellos me abandonaron. ¿Por qué debería llorar por un hombre para quien dejé de existir hace mucho tiempo?

Se fue hacia la cesta grande, sacó un poco de mandioca y plátano, se sentó y empezó a pelarlos. Al darse cuenta de que se había olvidado el cuenco de madera en el que iba a poner la comida, se levantó a buscarlo.

—En este caso —retomé la conversación—, ¿qué va a pasar con Kwesi?

—¿Qué va a pasar con él? —preguntó sorprendida—. No hay problema. Puede que me manden entregárselo al padre.

—¿Y lo harías?

—No, desde luego que no.

—¿Y podrías quedarte con él si el padre insistiera?

—Bueno, lo pelearía. Mi hijo es el hijo de su padre, pero pertenece a mi familia.

Me quedé allí sentada escuchando aquellas referencias a costumbres antiguas de las que yo no sabía nada. Me sorprendió. Ella lavó los alimentos, los cortó en trozos y los colocó en la olla. Añadió agua y la puso al fuego. Sopló y salió una llamarada.

—Maami Ama, tu marido ¿no tiene derecho a quitarte a Kwesi? —le pregunté.

—Lo tiene, supongo, pero no del todo. De todas formas, si los ancianos que llevarán a cabo el acuerdo me mandan dejarlo marchar y quedarse con su padre, no me negaré.

—Eres una valiente.

—La vida me ha enseñado a ser valiente —dijo ella, mirándome y sonriendo—. Por cierto, ¿qué hora es?

—Faltan seis minutos para las seis —le respondí.

—¿Y todavía no ha vuelto Kwesi a casa? —exclamó.

—Mamá, aquí estoy —anunció una voz aguda.

—Esposo mío, hermano mío, padre mío, mi todo en uno, ¿dónde estás?

Y allí estaba él. En un momento, para aquella aldeana agotada el sol podría haber estado saliendo por el este en lugar de estar poniéndose detrás de los cocoteros. Le brillaban los ojos. Kwesi me saludó primero a mí y después a su madre. Era un poco tímido conmigo y se escabulló en la habitación interior. Se oyó un golpe seco; había tirado los libros al suelo.

—Kwesi —le reprendió su madre—. Siempre te he dicho que trates bien los libros, nada de soltarlos de esa manera. No los he comprado a cambio de arena, y deberías cuidarlos.

El chico volvió donde estábamos. Lo miré. Estaba muy sucio. Tenía arena en el pelo, las orejas y los ojos. Llevaba el uniforme lleno de manchas de barro, ceras de colores y zumo de bayas. Se había soltado los tirantes. Su madre frunció las cejas y le habló con cariño.

—Kwesi, mira cómo vas de sucio. Menuda vergüenza para mí. Cualquiera diría que tu madre no te cuida bien.

Me hizo mucha gracia, porque sabía que lo decía para mis oídos. Kwesi se quedó allí plantado, como si no le importara nada.

—¿No puedes jugar sin llenarte el pelo de arena? —insistió su madre.

—Tengo hambre —anunció.

Yo me reí.

—Vergüenza debía de darte, y tu seño está aquí. Chicha, ¿lo ves? No me trae agua. No me trae leña. No quita la maleza de mi finca los sábados, como hacen otros compañeros suyos por sus madres. Lo único que hace es comer y comer.

Lo miré mientras huía a la habitación interior avergonzado. Las dos nos reímos de él. Al rato me levanté para irme.

—Chicha, me hubiera gustado que cenaras antes de marcharte —Maami intentó pararme—, por eso me estoy dando prisa con la comida.

—Oh, no importa. Ya sabes que como aquí cuando vengo, pero hoy debo irme. Tengo que corregir los cuadernos de los niños.

—Entonces no debo alejarte de tu trabajo.

—Mañana vendré a verte —le prometí.

—*Yoo*, gracias.

—Que duermas bien, Maami.

—Que duermas bien, hija mía.

Salí al fresco. El sol se alejaba rápido en el horizonte. Anduve despacio. Justo antes de estar fuera del alcance del oído, Maami gritó:

—Y recuerda, como Kwesi haga mal sus sumas, iré yo a la escuela a recibir sus latigazos, isolo tienes que avisarme!

—*Yoo* —le respondí con otro grito. Y me marché.

El día siguiente era *Ahobaada*. Era un día de fiesta para todo el mundo. Por la mañana, se arreglarían las viejas rencillas entre las familias. La de Maami Ama se pacificó. Sus tías se habían reconciliado —o creían que lo habían hecho— con el hecho de que, cuando la madre de Maami Ama estaba a punto de morir, había dado instrucciones a sus hermanas, para gran disgusto de ellas, de que le entregaran todas sus joyas a su única hija. Esta había sido una de las razones por las que las tías y primas habían abandonado a Ama a su suerte. Al fin y al cabo, tiene los bienes de su madre, ¿qué más necesita?, solían decir. Sin embargo, hoy, las tías, las primas y las sobrinas han llegado a un acuerdo. ¡Ahobaa es la estación de la buena voluntad! No obstante, Ama tiene hoy su divorcio formal...

Ninguna ley educativa decretaba que los niños tuvieran vacaciones en las festividades locales. Y por mucho que yo me compadeciera de los chavales, no podía dárselas, a pesar de lo importante que era para ellos la ocasión. Claro, les parecía un agravio que les obligaran a ir a la escuela mientras sus amigos se daban un festín de carne y ñame. Pero se tomaron su pequeña venganza conmigo. No pararon en todo el día. Y lo que era peor, todos los alumnos estaban en la misma aula. En cuanto dejaba a los pollitos de Primero para dedicarme a los mayores, se ponían a charlar; cuando volvía con ellos, los de Segundo y los de Tercero empezaban a gritar. Ah, qué bonito panorama. Por la tarde, después de haber ido a casa a probar algunos platos de la fiesta, casi me volví loca. Así que fue un alivio cuando por fin dieron las tres. Sin sentirme culpable, los puse a todos a jugar. Salieron corriendo al campo. Apilé los libros en la mesa para que Grace me los llevara a casa. Mi intención era ir a ver la ceremonia del divorcio, que había comenzado a la una en punto, para volver a la escuela y despedir a los chicos. Aquellos actos duraban horas hasta que se llegaba a un acuerdo, y esperaba poder escuchar algo.

Al andar entre las filas de pupitres, me di un golpe contra uno de ellos. Se cayeron los cuadernos que había encima. Al recogerlos me di cuenta de que pertenecían a Kwesi. Era el pupitre que compartía con una niña pequeña. Empecé a pensar en él y en la desdichada relación que tenía con lo que pasaba en aquel momento en el pueblo. Me acordaba perfectamente de la conversación entre su madre y yo la tarde anterior. Me entristeció la perspectiva de una posible separación de la madre que tanto lo quería y a quien él quería. Una madre solitaria con un niño solitario, eso era lo que

él había conocido desde su niñez. Bajo el sol ardiente, ella lo había llevado a la espalda mientras arrancaba la maleza de su maizal. ¿Cómo se atrevía a dejarlo a la sombra de un árbol cuando no había nadie que lo cuidara? Otras mujeres contaban con la ayuda de sus hermanas más jóvenes, o las de sus esposos, para con sus bebés; pero ella no había tenido a nadie. La única cara que había visto el pequeño era la de su madre. Y ahora...

—Pero —me dije a mí misma— le va a ir bien.

—¿Seguro? —me pregunté.

—¿Por qué no? Es un niño feliz.

—¿Soluciona eso el problema?

—No del todo, pero...

—Nada de peros; uno debería pensar en la casa adonde lo van a llevar. Puede que allí no sea el preferido de nadie.

Pero mi otra voz me decía que un niño no necesita ser el preferido para ser feliz.

Tuve que acabar con mi discusión interior. Debía darme prisa. Al pasar por el campo vi algunos chicos jugando al fútbol. En la portería a lo lejos vi una melena de pelo brillante bajo el sol de la tarde. Sabía a qué cuerpo pertenecía. Un portero es un personaje sospechoso en el fútbol infantil. O bien es un buen portero y por eso está ahí, lo cual es difícil de saber en un niño, o bien es un mal jugador. Si es un mal jugador, lo mismo da que esté ahí o en cualquier otra posición. Ciertamente a Kwesi le encantaba el fútbol, y siempre era portero. Nunca había sabido si era bueno o malo. Justo cuando pasaba cerca de él, cogió la pelota y su equipo aplaudió. Oí una risita chillona, la suya. Sin duda era un niño feliz.

Por fin llegué al pueblo. Me dirigí rápidamente a la casa de Nana Kum, era allí donde se dirimía el matrimonio. Ha-

bía una multitud delante de la casa. ¿Por qué se juntaba tanta gente allí? Entonces me acordé de que era festivo; todo el mundo estaba en casa. Y por supuesto, después de comer y beber vino de palma por la mañana y a mediodía, los procesos de divorcio ofrecen ciertamente una diversión agradable, especialmente cuando afectan a otra gente y no a nosotros.

El patio era largo y los fragmentos de algunos comentarios flotaban en mis oídos según me iba abriendo camino a empujones. «Sin duda los ancianos han llegado a un acuerdo justo», decía alguien. «Pero da la impresión de que Kodjo Fi no tiene pruebas de sus argumentos», decía otra. «Bueno, ambos han sido sensatos. Si uno siente que no puede convivir con una mujer, es mejor que se divorcie de ella. Y yo detesto a las mujeres que se rebajan ante sus maridos», dijo un tercero. Finalmente llegué hasta Ama. La rodeaba su familia, sus dos tías, Esi y Ama, sus dos primas y los dos tíos. A la derecha estaban los ancianos que juzgaban el caso; enfrente estaban Kodjo Fi y su familia.

—Aquí estoy, Maami Ama —anuncié mi presencia.

Me miró.

—Deberías haber llegado antes. Ya se ha decidido el acuerdo.

—¿Y cómo queda la cosa?

—Ya soy una mujer divorciada.

—¿Qué razones ha dado para divorciarse de ti?

—Ha dicho que yo no había hecho nada, que él solo quería...

—¡Eh! Solo vosotros dos sabéis qué fue lo que salió mal —chilló la tía más joven en tono de reproche—. Si después de que él dijera eso te hubieras negado al divorcio, tendría

que haber pagado las tasas, pero ahora él se ha salido con la suya.

—Pero, tía —protestó Maami—, ¿cómo iba a negarme al divorcio?

—Depende de ti. Sé que es asunto tuyo. Lo único es que no me gustaría que el espíritu de tu madre pensara que no te hemos cuidado bien.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo la tía mayor.

—Maami Ama, ¿qué deuda tenías? —le pregunté.

—No es pequeña.

—Espero que también tú hicieras un cálculo de lo que te debe él.

—Sí, lo hice. Él por su parte echó cuentas de la dote, los diez lapás que me regaló y el dinero contante y sonante.

Kodjo Fi y su familia habían oído todo esto y enseguida nos lo dieron a entender.

—Kodjo —estalló su hermana pequeña— se te olvidó calcular el precio de los machetes.

—No, Yaa, no se me olvidó —le dijo Kodjo Fi—. No tenía hermanos varones a quienes pagar la tasa.

—Entonces está bien así —añadió la segunda de sus hermanas.

Pero las demás mujeres de su grupo interpretaron esto como una señal para añadir más comentarios.

—Es una mala mujer y haces bien en librarte de ella —chilló una tía.

—Yo creo que es una bruja —dijo su hermana pequeña.

—Sí que lo es. De todos modos, las brujas son las únicas que no tienen hermanos ni hermanas. Se los comen en el vientre de su madre antes de nacer.

Las tías y las primas de Ama no habían dicho ni palabra todavía. También se inclinaban a creer que Ama era una bruja. Pero Maami permaneció callada. En cuanto decayeron un poco los comentarios, retomó la conversación conmigo.

—Como te decía, Chicha, también calculó el precio del baúl que me había regalado y lo que le habían costado los remedios para hacerme tener más hijos. Solo me quedaba reclamarle lo que me correspondía por cocinar para él.

—¿Tienes dinero para pagar la deuda?

—No, pero no la voy a pagar. La pagarán mis tíos con el fondo de la familia y dejarán la deuda a mi nombre.

—¡Oh!

—¡Pero eres tonta! —le gritó a Maami Ama su tía mayor.

—Digo que eres tonta —insistió.

—Pero tía... —Maami Ama empezó a protestar.

—¡Sí! Y espero que no se te ocurra contestarme. Nací antes que tu madre y, ahora que está muerta, ¡yo soy tu madre! Que sepas que, cuando vivía, yo la regañaba cuando se equivocaba. Y ahora te digo a ti que eres boba. Llevas siete años luchando por cuidar a un niño. Que comiera o no era asunto tuyo, nunca le preocupó a nadie. Que tuviera paños o no era cosa tuya, a ninguna otra persona le importó. Kwesi no tuvo un padre de pequeño. Cuando estuvo a punto de morir de sarampión, no tuvo una abuela que lo cuidara. En cuanto a las tías, empezó a contar con ellas cuando empezó la escuela. Y ahora les permites que te lo quiten. Ahora que está fuerte y sano como para contar entre los vivos, el padre se entera de que tiene un hijo.

—¡Ya, ya! —La madre de Kodjo Fi le hizo burla—. ¿Qué te creías? ¿Que Kodjo te iba a entregar a ti a su hijo de regalo?

El chico pertenece a su familia, pero en algo tiene que ser útil al padre también.

—Y a ti, ¿quién te ha preguntado? —increpó la tía de Ama a la vieja.

—No le ha preguntado nadie, pero hablaba mal de su hijo.

—Estas eran palabras de la hermana pequeña de Kodjo Fi.

—¿Y quién eres tú para contestar a mi madre? —Las dos primas de Ama la confrontaron.

—Marchaos. Pero ¿quiénes creéis que sois?

—Marchaos vosotras, que sois unas avariciosas.

—Sois vosotras las avariciosas, brujas.

—No hacéis otra cosa que llamar brujas a otras personas. Solo las brujas se reconocen entre ellas.

Al poco rato todos gritaban contra todos. Los que habían acudido empezaron a volver a sus casas, y solo los más curiosos se quedaron por allí a escuchar. Maami Ama murmuraba algo en voz baja que yo no oía. La convencí de que viniera conmigo. Ni una sola palabra habían cruzado ella y su exmarido durante todo aquel tiempo. Al darnos la vuelta para marcharnos, la madre de Kodjo Fi le gritó:

—Estás dolida, ¡pero eso es lo que te mereces! ¡Nos quedaremos con el niño! ¡Lo haremos! ¿Qué querías hacer tú con él?

Maami Ama se dio la vuelta y la miró.

—¿Para qué se toma tantas molestias? Cuando Nana Kum dijo que el chico debía ir a vivir con su padre, ¿puse alguna objeción? Está en la escuela. Vaya a buscarlo. Dígales a sus porteadores que vengan mañana a mi casa a recoger sus cosas.

Pronunció con calma estas palabras.

De pronto me acordé de que tenía que volver a la escuela a despedir a los niños. Le dije a Maami Ama que se fuera a casa, que yo intentaría ir a verla antes de que anocheciera.

Esta vez no fui por la calle principal. Me marché por la puerta de atrás andando por callejuelas y caminos. Ya eran más de las cuatro. Según avanzaba a toda prisa, oí un rugido que tomé por el eco de la pelea, de modo que seguí adelante. Al llegar al colegio no me gustó lo que vi. No había un solo niño en todo el recinto. Pero allí estaban los cuadernos de todos. El cobertizo estaba tan desordenado como siempre. La pequeña Grace también había dejado allí mis libros.

Por supuesto que estaba más que confundida. «Qué niños tan traviosos. ¿Cómo se atreven a desobedecerme después de decirles que esperaran aquí hasta que viniera a mandarlos para casa?». De nada servía buscar. No estaban allí. «Necesitan disciplina», amenacé al cobertizo vacío. Cogí mis libros y mi reloj. Entonces me di cuenta de que el pupitre de Kwesi estaba despejado, sin sus cuadernos. No tenía nada de raro; probablemente se había marchado a su casa. Al bajar la colina por segunda vez aquella tarde, vi que todos los niños estaban al otro lado de la calle principal. ¿Qué hacían tan cerca de la casa de Maami Ama? Corrí hacia ellos.

Lo que vi me cogió desprevenida. Como de manera intencionada, los niños habían formado un círculo. Me vieron algunos y enseguida todos empezaron a contarme lo que había pasado. Pero no oía una sola palabra. En medio del círculo, Kwesi estaba tumbado bocarriba. Estaba sin camisa. Su brazo derecho, con la hinchazón tan grande, tenía el tamaño de la cabeza. Me quedé pasmada, boquiabierta. Desde el patio trasero Maami Ama gritaba: «¡Me ahogo, venid a salvarme, pueblo de Bamso!».

¿Qué sucede? ¿Qué ha pasado? A Kwesi le ha picado una serpiente. ¿Dónde? ¿Dónde? En la escuela. Estaba jugando al fútbol. ¿Dónde? ¿Qué ha pasado? Le ha picado una serpiente, una serpiente, una serpiente.

Circularon preguntas y respuestas de boca en boca en el estupor del aire de la tarde. Entre tanto, los que sabían de picaduras de serpiente nombraban curas diferentes. El padre de Kwesi miraba con ansiedad a su hijo. Tan fuerte y poderoso, el hombre parecía atontado con el impacto y el susto. Se aplicó una dosis detrás de otra a la garganta reticente, pero nada hacía efecto. Las mujeres daban vueltas alrededor de la casa, totalmente ajenas al hecho de que habían dejado a medio preparar la comida de la fiesta. Cada una intentaba imaginar cómo se habría sentido si Kwesi hubiera sido su hijo, y desde la imaginación sufrían más que la propia madre. «¡Que los dioses de nuestros padres y sus espíritus nos protejan de la calamidad!».

Después de lo que pareció un tiempo insoportablemente largo, llegó el mensajero que había sido enviado antes a Surdo, el pueblo más cercano a Bamso, para convocar al mejor curandero, seguido del mismísimo y eminente doctor. Era famoso por sus curaciones de picaduras de serpiente. Cuando apareció todo el mundo hizo un gesto de alivio. Cada cual recordaba a alguien, tal vez un padre, un hermano o un esposo, a quien había librado de las fauces de la muerte. En cuanto le diera su poción al chico, vomitaría violentamente y después, por supuesto, saldría del peligro. Treinta minutos, una hora, dos horas; tres, cuatro horas. No había tenido una sola arcada. Antes del anochecer estaba muerto. Ningún adulto durmió aquella noche en el pueblo de Bamso. Kwesi era el primer niño que moría desde la inauguración

de la escuela unos seis años antes. «Y era el único hijo de su madre. Ahora no tiene a nadie. No lo comprendemos. ¡Qué amarga es la vida!». Ese era el veredicto.

La mañana era muy hermosa. Parecía como si cada elemento de la naturaleza dentro del pueblo y a su alrededor también hubiera hecho vigilia. Así que también ellos estaban cansados. También yo estaba cansada. Me había ido a la cama hacia las cinco de la madrugada y al ser sábado podía quedarme durmiendo todo lo que quisiera. A las diez en punto me despertaron de pronto unos gritos. Aunque abrí la ventana no vi a los que hablaban. En aquel momento Kweku Sam, uno de los jóvenes del pueblo, pasó por mi ventana.

—¡Buenos días, Chicha! —me saludó a voz en grito.

—Buenos días, Kweku —respondí—. ¿Y esos gritos?

—¡Se están peleando!

—¿Y por qué se pelean?

—Cada uno acusa al otro de ser responsable de la muerte del niño.

—¿Cómo?

—Chicha, no lo sé. Las mujeres siempre andan peleándose entre ellas. Parece como si nunca pudieran quedarse tranquilas en silencio, como si tuvieran que estar siempre atacándose las unas a las otras. Lo que ha pasado es un asunto demasiado serio para andar peleándose. A lo mejor el pueblo ha causado desagrado entre los dioses de algún modo misterioso y por eso se han llevado a este chico.

Suspiró. No tenía nada que decir al respecto. Yo misma carecía de explicación, y si los del pueblo creían que había otra explicación más allá de la mente humana sobre la muerte de Kwesi, ¿quién era yo para discutir sobre ello?

—¿Está Maami Ama allí?

—No, no la he visto por allí.

Se quedó callado y también yo me quedé callada.

—Chicha, creo que debería marcharme. Acabo de enterarme de que mi hermana ha tenido una niña.

—Bueno —me sonreí—, felicítala de mi parte y dile que iré a verla mañana.

—Yoo.

Se fue a saludar a su nueva sobrina. Yo me quedé un largo rato en la ventana mirando al vacío, mientras escuchaba palabras y frases sueltas de la pelea. Se mezclaban con lloros. Me aparté de la ventana. Al mirarme en el espejito de la pared, no me sorprendió verme la cara bañada en lágrimas. Lloraba sin querer. No me apetecía meterme en la cama. No me apetecía hacer nada. Jugué con la idea de ir a ver a Maami Ata y finalmente decidí no hacerlo. No podría soportar verla cara a cara; todavía no. Así que me senté pensando en él. Repasé las ensoñaciones tan presuntuosas que me había permitido hacer pensando en él. «Me lo hubiera llevado conmigo a pesar de las protestas de su madre». Qué absurda. «El niño es un chico y, antes o después, la madre deberá aprender a vivir sin él. Aquí el curso más alto es Sexto de Primaria y cuando me marche, me lo llevaré. Le daré la educación en la sección de excelencia. Quizás, quién sabe, algún día obtenga una beca para ir a la universidad». En mis ensoñaciones, nunca había decidido qué carrera habría hecho, pero se haría famoso, eso lo daba por seguro. Con su belleza arrolladora, sería el ídolo de las mujeres y la envidia de los hombres. Viajaría a Gran Bretaña, a América, y a todos esos países de los que tanto hemos oído hablar. Vería las siete maravillas del mundo. «Por fin Maami será feliz», me decía yo. «La gente se aglomerará para ver a la madre de

un hombre tan ilustre. Aunque no haya tenido muchos hijos, estará rodeada de nietos. Por supuesto, lejos del pueblo». No había lugar para el padre en aquellas fantasías. Pero allí estaba yo, y allí estaba Maami Ama, y estaba su padre, y a él, el motivo de discordia, lo habíamos perdido los tres. Vi cómo caían veloces y silenciosos los elevados castillos que le había construido.

Lo enterraron a las cuatro en punto. Antes me había llevado a los niños al velatorio. Cuando los parientes vieron el cuerpecito uniformado olvidaron sus diferencias y estallaron en sonoras lamentaciones. «Chicha, oh, Chicha, ¿qué voy a hacer ahora que Kwesi está muerto?». Su abuela se dirigió a mí. «Kwesi, mi belleza, Kwesi, mi señor, Kwesi-de-mi-sangre», cantaba una tía, «Padre Muerte, qué mala pasada».

—Chicha —continuó la abuela— mis días de lavandera han terminado, ¿quién me traerá agua? Se acabaron mis días de comer, pues, ¿quién me traerá alimentos? Me quedé allí plantada, sin decir nada. Había dejado que los niños cantaran «Salvador, bendito Salvador». Y lo habíamos acompañado al cementerio.

Después del funeral fui a la Casa del Luto, como se debe hacer después de un entierro. Se suponía que no debía haber más llantos en lo que quedaba del día. Me senté y escuché a los visitantes que habían venido de los pueblos vecinos.

—Qué triste es esto, desde luego, y qué extraño. La escuela se ha convertido en un negocio; los que antes la fundaron para sus hijos ahora comen más que los propios niños. Que nos roben a un niño de esta manera es verdaderamente terrible —dijo una mujer.

—Ah, calla —dijo la hermana más joven del padre—. Hemos perdido un tesoro.

—Hija mía —volvió a decir la abuela—, Kwesi se ha ido, ha vuelto a nuestros antepasados para siempre. ¿Y qué podemos hacer?

—¿Qué podemos hacer? Cuando la harina se esparce por la arena, ¿quién la puede cribar? Pero esto es lo más triste que he oído, que era el único hijo de su madre.

—¡No me digas! —gritó otra visitante—. Siempre creí que tenía más hijos. ¿Qué hace una cuando se le rompe el único cubo de agua que tiene? —susurró.

Su pregunta quedó en el aire. Nadie se atrevió a decir nada más.

Yo salí. Aunque jamás supe cómo había llegado, me vi acercándome a la cabaña de Maami Ama. Como siempre, la puerta estaba abierta. Entré en la cocina. No estaba allí. Solo algunas cabras y ovejas del pueblo andaban ocupadas mordisqueando la mandioca y los ñames. Miré en la habitación interior. Allí estaba. Todavía enfundada en la ropa que había llevado al proceso de divorcio, no estaba sentada, ni de pie, ni tumbada. Estaba de rodillas y, como quien se ahoga y se aferra a una pajita, apretaba los cuadernos y el uniforme de Kwesi contra su pecho. «Maami Ama, Maami Ama», la llamé. No se movió. La dejé tranquila. Después de sacar de allí a las cabras y las ovejas, salí, cerrando la puerta detrás de mí. «Es hora de volver a casa», me dije, hablando conmigo misma una vez más. El sol se ponía bajo la palmera de coco. Miré mi reloj. Eran las seis; pero esta vez no corrí.

Traducido por **Marta Sofia López Rodríguez**

UN REGALO CAÍDO DEL CIELO

El Mallam había estado una vez en el pueblo. Mucho tiempo atrás. Mucho tiempo atrás había venido a abrirse camino en esta zona con Ahmadu. Esa había sido su primera vez. No recordaba exactamente lo que había sucedido, salvo que Ahmadu había muerto una noche durante el viaje. ¡Alá, las cosas que nos llegan a pasar en nuestras andanzas y exilios!

Ahora el pueblo estaba muy silencioso. Pero esta gente... ¿Cómo podían dejar sus pueblos tan vacíos hoy en día? Si llegas a cualquiera de estos pueblos por la tarde solo vas a encontrar a los más niños, los más viejos, los mutilados y los moribundos, o bien cabras y gallinas, pero no a hombres ni a mujeres. No tienen ninguna razón para alarmarse. Aquí no hay peleas, no hay merodeadores.

Entró en diferentes patios que estaban completamente desiertos. Después llegó a este y vio a la mujer. Señalando el estómago de ella, le dijo «Mami Fanti, ahí hay algo». La mujer empezó a temblar. Él se sintió avergonzado.

Algo le decía que a la mujer no le pasaba nada. ¿Quizás había un bebé? Oh, Alá, uno siempre tiene que hacer estas conjeturas tan arriesgadas. Miró a su alrededor buscando un taburete. Cuando vio uno apoyado en la pared se apresuró a cogerlo. Volvió con él al lugar donde la mujer estaba sentada, lo colocó justo enfrente de ella y se sentó.

—Mami, por Alá, por su santo profeta Mahoma, que tu corazón descansa tranquilo en tu pecho —dijo entonces—. Este pequeño, este niño, vivirá...

Y ella levantó la cabeza, que hasta entonces había estado tan inclinada que la barbilla le rozaba los pechos, y elevó sus ojos para mirar al Mallam por primera vez y preguntó:

—Papá Kramo, ¿es eso cierto?

—Ah, Mami Fanti —siguió el Mallam—. Mmm... mmm.

Sacudió durante un rato el dedo índice de su mano derecha. Este movimiento, acompañado simultáneamente por su rostro anciano y su cabeza con turbante, le hacían parecer realmente sabio.

—Mmm... mmm, ¿y por qué tú misma me preguntas si es cierto? ¿Acaso te he mentado alguna vez, Mami Fanti?

—Mmm... —suspiró la del corazón inquieto—. Es que me parece imposible que pueda vivir. Por eso te lo pregunté.

Los ojos del Mallam brillaron con el placer de su primera victoria, y a ella el corazón le dio un salto de alegría.

—Mami Fanti, yo, yo mismo, te lo estoy diciendo. Este pequeño vivirá. Quizá hoy parezca que no está bien, quizá hoy no. Quizá incluso después de ocho días no estará bien, pero te lo digo, Mami, en una luna se pondrá bien... bien... bien.

Levantó los brazos, los dobló, contrajo sus hombros y sacudió la parte superior de su cuerpo para indicar lo bien y lo fuerte que él creía que iba a estar el niño. Era una imagen hermosa, y por un instante pasó una sonrisa por el rostro de ella. Pero la sonrisa no pudo fijarse. La persiguió la ansiedad que parecía haberse instalado permanentemente en su rostro.

—Papá Kramo, si tú lo dices, te creo. Pero ¿me darás algún remedio para protegerle de las brujas?

—Mami Fanti, tú misma tienes demasiada prisa. ¿Y por qué? ¿Tengo que levantarme e irme?

Ella negó con la cabeza y dijo «no» con una voz que temblaba de miedo.

—Ajá... así que debes tener paciencia. Yo mismo lo haré todo... todo... Alá es mi testigo, y su santo profeta Mahoma. Haré todo lo que necesites. ¿Me oyes?

En respuesta, ella suspiró profundamente.

—Ahora tráeme al niño.

Ella se puso de pie, se soltó el lapá con el que hasta ahora había cubierto su alma herida y se lo ató alrededor de la cintura. Se dio la vuelta y se tropezó con el taburete. El sonido metálico no la perturbó lo más mínimo. Caminó despacio hacia la puerta. Los ojos del Mallam la siguieron, mientras que con su mano izquierda rebuscaba entre los pliegues del bubú su último pedazo de nuez de cola. Entonces se acordó de que todavía llevaba su saco al hombro. Se lo quitó, lo puso en el suelo y, ahora con las dos manos, pescó el pedazo de cola. Se lo metió en la boca y su lengua recibió el amargo trocito de fruta con la ansiedad de un amante.

La tranquilidad de la tarde tenía todavía que romperse. En el hogar, una piedra de carbón rindió su última ceniza a la brisa traviesa, guiñó con su última chispa y se dobló sobre sí misma, ya muerta. En el cielo, una nube solitaria pasó sobre el turbante del Mallam, de camino a su campamento en el sur. Y, como si el Mallam hubiera sentido el movimiento de la nube, miró hacia arriba y escrutó el cielo.

¿Quizá iba a llover esta noche? Tengo que apresurarme con esta mujer y llegar al siguiente pueblo antes de que caiga la noche.

—¡Ayyy, Papá Kramo!

Este único grito atravesó el interior oscuro de la habitación en la que el niño estaba acostado, golpeó los utensilios de aluminio de la antesala, se recompuso, rasgó el silencio de aquel atardecer y se hizo eco en todos los rincones del pueblo. El Mallam saltó del taburete. «¿Qué pasa, Mami Fanti?». Y chocaron los dos en la puerta de la habitación. Pero ninguno de los dos vio cómo ella le arrojó al niño, y cómo él fue lo bastante ágil para cogerlo. El mundo es un lugar sorprendente y cosas así ocurren todos los días. El Mallam cogió al niño antes de que se cayera al suelo.

—¡Mira, mira, Papá Kramo, mira! Mira y dime si este niño no está muerto. ¡Solamente mira, Papá Kramo, mira!

Y empezó a correr sin dirección, dando saltos, retorciéndose las manos y deshaciéndose las trenzas del pelo. ¿Se había vuelto loca de repente? Quizá. La única forma de saber que una mujer poseída así no está completamente fuera de sus cabales es si no se quita toda la ropa y se queda desnuda. El Mallam estaba aturdido.

—Mami Fanti, *hei*, Mami Fanti —la llamó sin que ella le atendiera. Entonces miró al niño que tenía entre sus brazos.

Alá, escúchame. ¡Oh, sagrado Alá! Ahora solo tú puedes sacarme de este entuerto, puesto que mis pasos encontraron esta casa guiados por el Profeta, pero Alá, este niño está muerto.

Y miró de nuevo al niño para confirmar sus sospechas.

Alá, el niño respira, pero ¿qué clase de respiración es esta? Tengo que irme rápidamente. ¡Ay, qué mal día! ¡Pero no quiero que el bebé muera entre mis brazos! De ninguna manera... porque eso sería mala suerte, muy mala suerte. ¿Y dónde está su madre ahora? Esto va mal. Y estoy muerto de hambre. Pensaba que iba a ganar cuatro peniques para

poder llevarme algo a la boca. No me gusta ayunar si no es Ramadán. Y mira... ¡puedo contarle las costillas! Una, dos, tres, cuatro, cinco... Y, A...lá, está pálido. Podría jurar que este niño es fulani, pero su cara no dice lo mismo. Si esta es la palidez de la enfermedad... ¡Oh, Mahoma! Ahora tengo que pensar en algo rápidamente para consolar a la madre.

—*Hei*, Mami Fanti, Mami Fanti!

—¡Papáaa!

—Ven.

Ella salió como un rayo desde el umbral, todavía retorciéndose las manos y cogiendo aire por la boca como alguien que se ha tragado una cucharada de gachas ardiendo.

—Está muerto, ¿no? —preguntó ella con la cortesía de los locos.

—Mami, siéntate.

Ella se sentó.

—Mami, ¿qué es lo que estás haciendo? Tú misma estás montando un escándalo. Eso no es bueno. ¿Por qué estás haciendo lo que haces?

Sin saber cómo responder a la pregunta, ella se quedó callada.

—Mira bien por ti misma.

Ella estiró el cuello como si estuviera mirando un objeto en la distancia. Vio el movimiento de su respiración.

—¿Ves por ti misma que no está muerto?

—Sí —respondió ella sin convicción.

Era una respiración demasiado leve como para hacerse ilusiones, pero ella no se lo dijo al Mallam. Entonces él escupió en su mano derecha, y con la saliva empezó a masajear con fuerza al bebé en las articulaciones, el cuello, los hombros, la espalda, los tobillos y las muñecas. Era evidente que

se estaba esforzando mucho. Parecía como si en cualquier momento la piel del bebé se fuera a desprender. Y la mujer no soportaba mirarlo.

Si al bebé le quedaba algo de vida, al menos podría haber gritado una vez más. Ella hundió la barbilla más profundamente en su pecho.

—Vamos, Mami, yo mismo digo, y tú misma, tú debes escuchar.

—Papá, estoy escuchando.

—Mami, yo mismo digo que este bebé va a vivir. Ahora él es muy pequeño. Tú misma no debes comer carne. No debes comer pescado del mar el viernes ni el domingo. ¿Me oyes?

Ella asintió como respuesta.

—Él mismo, si llega a los diez años —y contó diez chasqueando dos veces los cinco dedos de la mano izquierda—, cuando tenga alrededor de diez años, dile que no debe comer carne ni pescado del mar en viernes ni en domingo. Si él no lo come, tú, Mami Fanti, lo puedes comer. ¿Me oyes?

Ella asintió otra vez con la cabeza.

—Ahora el niño vivirá, pero tú misma debes dejar de llorar. No es bueno que llores. ¿Tienes azulete?

—Sí —murmuró ella.

—¿Y un trapo blanco?

—Sí, pero es pequeño, poco más de una yarda y un cuarto.

—Eso no importa. Tú búscame esas cosas, y yo haré algo y tu hijo estará bien.

Ella no dijo nada.

—¿Me has oído, Mami Fanti?

—Sí.

—Ahora coge al niño y llévalo a la habitación. Vuelve y búscame todas las cosas.

Ella cogió el bulto que quizá en algún momento hubiera parecido un bebé humano, pero que ahora ciertamente parecía cualquier otra cosa, y entró con él en la habitación.

Y mientras tanto ella estaba pensando.

¿A quién piensa el Mallam que está engañando? Este es el tercer niño que se me muere. Los otros nunca parecieron ni la mitad de enfermos que este. ¡No! De hecho, el último estaba gordo... Yo había estado jugando con él. Después de la cena le dejé en la esterilla para ir a darme rápidamente un baño. Nada raro. Cuando volví a la casa, me empolvé y rematé mi aseo... Cuando fui a buscar a mi niño, estaba muerto.

¡Oh, Dios mío! ¿A quién piensa el Mallam que está engañando?

Y él estaba pensando.

A...lá, mírame, no puedo quedarme aquí. Sería una maldad por mi parte pedirle a esta mujer un solo penique cuando sé que este niño va a morir. A...lá, mira, el día está muy avanzado y todavía no he comido.

Se levantó, recogió su bolsa del suelo y, con una agilidad y un mutismo de los que solo un nómada es capaz, se desvaneció de la casa. Cuando la mujer hubo dejado al niño acostado, volvió al patio.

—Papá Kramo, Papá Kramo —llamó. Una cabra que había estado echada por allí rumiando se levantó y se fue también en silencio.

—Kramo, Kramo —y únicamente su voz rebotó en su cerebro.

Volvió a sentarse en el taburete. Si de algo estaba sorprendida, era de la pulcritud de su escapada. Así que él también había visto la muerte.

Si alguna de mis amigas me viera gemir, dirían que me estoy portando como alguien que no ha perdido antes a un niño, como una recién casada que ve morir a su primer bebé. Ahora lo único que me queda es prepararme para otro embarazo, porque parece que es para esto para lo que fui creada... para estar encinta nueve meses de los doce de cada año... ¿O acaso hay otra salida? ¿Y adónde conduce este camino? Tendré que acostumbrarme a ello... Es el patrón de mi vida. Por el momento, me quedaré quieta hasta que las madres vuelvan al atardecer para enterrarlo.

Después volvió a atarse el otro lapá alrededor de los hombros, bajó la barbilla hacia el pecho y se quedó sentada como si el Mallam nunca hubiera pasado por allí.

* * *

Pero sabrás que este niño no murió. Es asombroso, pero este niño no murió. Mmm... Este extraño mundo siempre tiene algo con lo que sorprendernos... Kweku Nyamekye... Por alguna razón, no murió. A este nombre, Kweku, que dice en qué día de la semana nació, he añadido Nyamekye. Kweku Nyamekye. Porque, ¿acaso no fue un regalo de Dios a través del Mallam de la Boca Sellada? Y él, el Mallam de la Boca Sellada, no me había cobrado un penique, ni un solo penique con su agujero. ¡Y su forma de desaparecer! ¿O quizá fue el dios que me entregó a mi madre el que vino al final en mi ayuda? Según le había prometido a ella que haría. Recuerdo a Maame diciéndome que cuando yo era solo un bebé, el dios de Mbemu del que yo descendía había prometido que nunca me dejaría sola, y que vendría a mí una vez en mi vida, cuando más lo necesitara. ¿Y no sería él el que vino

en la persona del Mallam? Pero ¿no fue extraña la forma en que desapareció, sin pedirme siquiera un penique? Ni siquiera esperó a que fuera a comprar las cosas que él había prescrito. Iba a hacerme un hechizo. Mejor que no lo hiciera porque, ¿cómo puede un estudiante ir por la vida llevando algo así? Mirando a los otros de la Boca Sellada, a veces ves caras familiares, pero mi Mallam nunca ha vuelto por aquí.

Nyamekye, mmm, y después de él no he vuelto a perder más hijos. Toco madera. En este mundo, es cierto, siempre hay algo en alguna parte que está cubierto con hojas. Nyamekye vivió. Creí que, para cuando volvieran las ancianas en la tarde, su respiración se habría detenido. Pero no fue así. Cerca del anochecer, su color cambió completamente. Tenía menos fiebre. Su respiración mejoró y, desde ese momento, se hizo más fuerte de día en día. Pero si algún día me encuentro al Mallam, me arrodillaré ante él, limpiaré sus pies cansados con un kente de seda, y lo extenderé ante él y le pediré que camine sobre él. Y si no lo hago así, que nadie vuelva a llamarme Abena Gyaawa.

Cuando el niño empezó a recuperarse, asumí el tabú que el Mallam había dictaminado. Va a cumplir once años, creo. Once años y nunca jamás, desde entonces, he dejado de cumplirlo cada viernes y cada domingo. Ni una sola vez. A veces me pregunto por qué eligió esos dos días y no otros. Si yo no hubiera estado fuera de mí aquella tarde, le hubiera pedido que me explicara la razón de esta elección. Y ahora nunca lo sabré.

Sí, once años. Pero ha sido difícil. Oh, es verdad que no creo ser una de esas mujeres con debilidad por la carne y el pescado. Pero si dices que vas a comer sopa, comes sopa. Quizá no te tropieces con ningún pedacito de carne o de

pescado, pero ¿qué sustancia tiene un caldo si no lleva nada de nada? Es cierto que, como a todo el mundo, me gusta el *kontomire*. Pero, también igual que todo el mundo, lo comía solo cuando el cuerpo me lo pedía a gritos o cuando estaba en la finca. Pero, desde que acepté el tabú, he tenido que comerlo al menos dos días por semana, los domingos y los viernes. He llegado a detestar su color verde oscuro. Mi único alivio llegaba con la temporada de los caracoles y las setas. Pero es bien sabido que cada vez son más difíciles de encontrar, porque cada vez llueve menos. Después de cinco años de seguir esta estricta observancia, alguien que sabía de estas cosas me dio un consejo. Me dijo que, puesto que el Mallam había mencionado el mar, al menos podía comer pescado de río, o gambas y cangrejos. No me hacía ninguna gracia la idea de comer cualquier clase de pescado. ¿Quién sabe qué pececillo puede haber hecho una visita al océano? Así que empecé a comer gambas de río y cangrejos... Pero, por supuesto, solo cuando los encontraba en el mercado. Normalmente, no consigues estas cosas a menos que tengas un hijo mayor que vaya a pescarlas al río.

Pero no me importan estas dificultades. Si el Mallam volviera para decirme que tenía que dejar para siempre el pescado y la carne para que Nyamekye y los demás vivieran, lo haría. De verdad. Después de todo, él me dijo que tenía que explicarle el tabú a Nyamekye cuando tuviera edad para entenderlo, para que él mismo lo cumpliera. Pero no lo he hecho, y creo que no lo voy a hacer. ¿Cómo puede un estudiante, y quién sabe, quizá algún día un auténtico erudito, ir por la vida arrastrando esta clase de tabú? Nunca he oído de ningún estudioso que haga tal cosa, y mi propio hijo no va a ser

el primero. No, yo misma lo observaré hasta que me muera. No hubiera podido seguir viviendo con las manos vacías. Lo juro por lo más sagrado, no entiendo a la gente que me dice que los estoy malcriando, especialmente a él. Y, en todo caso, no es asunto suyo. Incluso si cada día los untara con manteca de karité y los pusiera al sol, ¿a quién haría eso ningún mal? ¿A quién le importa, salvo a mí?

Pero la persona cuya incomprensión me duele más es su padre. Ya no sé qué hacer. Algo me dice que es su familia y sus otras esposas las que no le dejan tener buenos pensamientos hacia mí y los míos. Yo fui la primera esposa, y si supieras cómo nos perseguía la muerte cuando estábamos empezando a vivir... Mmm. Ninguno de los dos teníamos cabeza para pensar. Y si las cosas fueran como tendrían que ser, ¿acaso se portaría él de esta forma? De hecho, juro por lo más sagrado que él odia a Nyamekye. Y si no, ¿cómo hubiera podido pasar lo que ocurrió hace una semana?

Era viernes y no habían ido al colegio. No tenían clase. No sé a cuento de qué, pero era uno de esos días en los que no van. Cuando llegó la hora de ir a la finca, le dije dónde estaba la comida y que se cuidara él y cuidara de sus hermanos y hermanas pequeños. Todavía estaba dándole a la lengua cuando llegó su padre con cara de pocos amigos, la cara que pone cuando está enfadado. Vino hacia nosotros y dijo: «*Hei*, Nyamekye, ¿no vas a ir con tu madre a la finca?». Oh, eso me hirió. ¿Esas son formas de hablar a un niño de diez años? Si hubiera sido cualquier otro padre, hubiera dicho: «Nyamekye, ya que no vas hoy al colegio, coge tu machete y ven conmigo a la finca».

¿No hubiera estado eso bien?

—Nyamekye, ¿no vas con tu madre a la finca?

Como si yo fuera la única familia del niño. Pero ha cogido esa manía, en especial conmigo y con mis hijos pequeños.

—Gyaawa, tu crío está llorando... Gyaawa, tu hijo se va a caer por la terraza si no estás más atenta... Gyaawa, ¡tu hijo esto, tu hijo lo otro!

De todas formas, aquella mañana me sentí herida y, cuando abrí la boca, lo único que me salió fue decirle: «Pensé que este niño iba a ser un académico y no un agricultor. ¿De qué sirvió mandarle al colegio si hubiera sabido que iba a venir conmigo a la finca?».

Esto le enfadó todavía más.

—No sabía que si ibas al colegio no te puede rozar la piel ni una brizna de hierba.

No dije nada. ¿Qué iba a decir? Fuimos a la finca dejando a Nyamekye con los niños. Yo volví a casa antes que su padre. Nyamekye no estaba en casa. Les pregunté a sus hermanos y hermanas si sabían dónde había ido. Pero no le habían visto desde que terminaron de comer al mediodía. Cuando, a las cinco, no había vuelto todavía, empecé a preocuparme. Entonces su padre volvió también de la finca. Inmediatamente se enteró de que el niño no estaba en casa. Se ensombreció. Después de bañarse, fue a sentarse en su silla, oscuro como un día de lluvia. Después se levantó y se acercó al corral de las gallinas. Yo no sabía que iba a buscar un palo. Justo cuando se estaba sentando otra vez apareció Nyamekye.

—*Hei*, Kweku Nyamekye, ven aquí.

Nyamekye tenía en la mano el cubo pequeño y yo supe adónde había ido. Avanzó despacio hacia su padre.

—Papá, fui al río a vigilar mis reteles, porque hoy es viernes.

—¿Te he preguntado yo algo? Y tus reteles... ¿Es eso lo que aprendes en el colegio?

Y cogió el palo y se abalanzó sobre el crío. Se le cayó el cubo, y se desparramaron unas pocas gambas. Algo me dice que fue el hecho de ver esas gambas lo que acabó de cabrear a su padre. Empezó a darle palos como si el niño fuera de madera. Siempre dije que no iba a meterme con la forma en la que él quisiera castigar a los niños, porque, después de todo, también son sus hijos. Pero esta vez me pareció que estaba yendo demasiado lejos. Corrí para rescatar a Nyamekye y entonces me cayó, ¡zas! El golpe más duro que he recibido en mi vida me cayó en el antebrazo. Brotó la sangre. Vio lo que había pasado y se sintió avergonzado. Se fue a su habitación. Esa noche no comió el fufú que le serví.

Recogí despacio el caldero y las gambas. Nyamekye me siguió a mi habitación y me eché a llorar.

La herida se curó pronto, pero la cicatriz es de las que sobresale, así que todo el mundo puede verla. La actitud del padre de Nyamekye hacia nosotros ha cambiado. Está peor. Está todo el rato enfadado. Está enfadado de pura vergüenza.

Pero a mí me da igual. Tengo a mis pequeños. Y estoy segura de que más de una quisiera ser yo. Tengo a Nyamekye. Y no sé ni a quién darle gracias por ello.

¿Te lo tendré que agradecer a ti, Mallam de la Boca Sellada?

¿O a ti, Nana Mbemu? Porque pienso que te me apareciste en la persona del Mallam.

O a ti, Poderoso Jehová, el único Dios, ¿es a ti a quién tengo que dar las gracias?

Pero ¿por qué iba a dejar que esto me preocupara? Os doy las gracias a todos. Y vosotros, mis espíritus ancestrales, si

estáis cuidándome, cuidad también del Mallam. Recordadle en las comidas, porque él también es familia.

Y lo de la cicatriz... bueno, me alegro de que no esté en la piel de Nyamekye. Cada vez que la veo, solo me acuerdo de una tarde en la que estaba sentada cabizbaja antes de que llegara el Mallam, y después de que se fuera.

Traducido por **Marta Sofia López Rodríguez**

DOS HERMANAS

Mientras sacude la funda y cubre con ella la máquina de escribir, el pensamiento del autobús que tiene que apurarse para coger la recorre como un dolor físico. Es su mala suerte, piensa. Todo es culpa de su mala suerte. A ver, si se hubiera echado como novio a uno de esos graduados, ¿no vendría él a llevarla a casa cada tarde? Y ella sabe bien que no hace falta ser graduada una misma para pescar a uno de esos chicos. Ciertamente, Joe está deseando hacer eso mismo... con su taxi. Y es un tipo guapo como el que más, y un buen hombre, pero ya sabes... Además, hay coches y coches. Y en cuanto a la posibilidad de que el otro venga a buscarla... ¡Oh, bien! Tiene que admitir que todavía pasará algún tiempo antes de que ella se atreva a pedirle tal cosa a él. También tiene que admitir que la tentación es muy fuerte. ¿Sería de verdad tan peligrosamente indiscreto? ¿Acaso un coche del gobierno no se parece a cualquier otro coche del gobierno? ¿En lo enorme? ¿En los cristales tintados? ¿En el chófer uniformado? Casi puede verse a sí misma bajando del coche y recibiendo las miradas de muertas-de-envidia de las otras chicas. Para empezar, ella exigiría cierta discreción. El chófer puede dejarla por las mañanas bajo los árboles de nim y recogerla por las tardes... En todo caso, tendrá que esperar un poco hasta que esto ocurra, y es todo su mala suerte.

Seguramente tiene que haber otras formas. Una de esas formas, por alguna razón, ella se ha jurado ni siquiera considerarla. Su jefe tiene coche, y él no es del todo feo. De hecho, el tipo está bastante bien. Pero ella se dice a sí misma, una y otra vez, que no le hace ninguna ilusión la idea de que una tarde aparezca por la oficina una esposa vieja y reseca tirándole del pelo y montando un espectáculo... Mmm, así que mientras tanto, seguirá siendo el autobús municipal con sus asientos grasosos, sus pasajeros vulgares y sus conductores imprudentes... ¡Jesús! No es que quiera verse muerta ni ninguna otra estupidez tan irrevocable. ¡Oh, no! Lo que desearía es dormirse profundamente y despertar en la mañana de su gloria.

El nuevo par de zapatos negros, sin embargo, es más realista que su propietaria. Mientras se aleja por el pasillo, ellos cantan:

Cuenta tus bendiciones, Mercy, cuéntalas.

Cuenta tus bendiciones, Mercy, cuéntalas.

Cuenta, cuenta, cuenta tus bendiciones.

Cantan a lo largo del pasillo, hacia la avenida, al cruzar la carretera y al subirse al autobús. Y retoman su canción en el camino de grava, mientras abre la verja y cruza el patio de cemento hasta la puerta.

—¡Sissie! —llamó.

—*Hei, Mercy.* —Y la puerta se abrió para mostrar el rostro de Connie, la hermana mayor, con la que se llevaba seis años o más de diferencia, y que ahora estaba embarazada de su segundo hijo.

Mercy se dejó caer en la primera silla que vio.

—Bienvenida a casa. ¿Cómo te fue el día en la oficina?

—Ni me preguntes, hermana. Mírame las manos. Tengo los dedos dormidos de tanto mecanografiar. Ay, Dios, ¡no sé qué hacer!

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Dime tú qué tiene de bueno ser mecanógrafa. ¿Por qué tengo que serlo?

—¿Y qué otra cosa ibas a hacer?

—Qué pregunta más rara. ¿Acaso lo único que se puede hacer en la vida es ser mecanógrafa? Tú eres maestra, ¿no?

—Pero... pero...

—Pero ¿qué? ¿O estás sugiriendo que si me hubiera ido mejor en los exámenes hubiera podido también estudiar magisterio, o incluso ser una secretaria de dirección?

—Mercy, ¿qué pasa? ¿Qué es lo que he hecho yo? ¿Eh, qué he hecho yo? ¿Por qué vienes hoy tan enfadada?

Mercy se echó a llorar.

—¡Oh, lo siento! Lo siento, Sissie. Es que estoy harta de todo. De la oficina, de vivir contigo y con tu marido. Quiero tener un marido e hijos propios. Quiero... quiero...

—Pero tú eres muy guapa.

—Gracias. Y tú también.

—Eres joven y guapa. Y en cuanto al matrimonio, eres tú la que lo estás posponiendo. Y, si no, mira a todos los que tienes corriendo detrás de ti.

—Sissie, no me gusta lo que estás haciendo, así que para.

—Okey, okey, okey.

Hubo un momento de silencio.

—¿Con cuál de ellos podría casarme? Joe... bueno, no está mal, pero es que no me gusta.

—Quieres decir...

—¡Oh, Sissie!

—Hermanita, tú y yo podemos decirnos la verdad.

—Sí.

—Lo que quiero decir es que no soy tan mayor ni tan sabia. Pero puedo darte algún consejo. Ahora Joe conduce un coche ajeno. Y, bueno, nunca sabes. Muchos taxistas llegan a ser propietarios de sus vehículos, a veces llegan a tener flotas de coches.

—Claro. Pero es una pena que ya estés casada, si no, yo podría hacer de correveidile entre Joe y tú.

Las dos se echaron a reír. Cuando se levantó para irse a su habitación, Connie se dio cuenta de que llevaba zapatos nuevos.

—*Ei*, ¡qué zapatos tan bonitos! ¿Son nuevos?

Desde la otra habitación llegaba la voz de Mercy, interrumpida por los movimientos de su cuerpo mientras se desvestía y se cambiaba de ropa. Sin embargo, la vacilación se debía a algo totalmente distinto.

—Oh, me olvidé de contártelo. De hecho, te los iba a enseñar. Creo que los compré el martes. ¿O el miércoles? Cuando llegué a casa de la oficina, James y tú habíais sacado a Akosua a dar un paseo. Y después se me olvidó contártelo.

—Ya veo. Pero son muy bonitos. ¿Fueron muy caros?

—No, no mucho. —Y la respuesta sonó demasiado rápida.

Pero justo la semana pasada dijo que no tenía ni un penique. Y la creo, porque sé que lo que le pagan no le llegaría a nadie para sobrevivir un mes, incluso sin tener que pagar renta... Siempre he pensado que se las arregla muy bien. Pero estos zapatos... Y ella no es la clase de persona que pediría dinero prestado para comprarse unos zapatos, cuando podría haber seguido usando los viejos hasta que la situación

mejorase. Ojalá supiera qué hacer. En fin, no soy su madre. Y me pregunto cómo verá James esta situación.

—Sissie, pareces preocupada.

—Mmm, ¿y cuándo no? Entre el bebé que llegará en un par de meses y las nuevas regulaciones del gobierno sobre los salarios, y todo lo demás... Y, encima, me han llegado informaciones fiables de que James anda correteando detrás de una chica.

Mercy se echó a reír.

—Ay, Sissie, tú siempre tienes información fiable de estas cosas.

—Pues sí. Y no sé por qué.

—Sissie, los hombres son así.

—Son egoístas.

—No, lo que pasa es que las mujeres les dejan comportarse así en vez de tomarse ellas mismas algunas libertades.

—Pero estoy segura de que, incluso si fuera libre para hacer lo mismo, no lo haría.

—¿Y por qué no?

—Porque quiero a James. Quiero a James y no estoy interesada en ningún otro hombre. —Su voz estaba cargada de lágrimas, pero a Mercy le divertía.

—¡Oh, Dios! Ahora escúchame. Sois las mujeres como tú las que nos fastidiáis al resto.

—Pues, mira, lo siento, pero así es como Dios me hizo.

—Mmm. Yo estoy segura de que puedo querer a varios hombres a la vez.

—¡Mercy!

Las dos se echaron otra vez a reír. Y, sin embargo, estaban tristes. Pero siempre es mejor reírse.

Mercy se quejó de que tenía hambre así que fueron a la cocina para calentar algo de comida y cenar. Las dos hermanas solas. No tenía sentido esperar a James. Y esa tarde, una amiga de Connie había venido para sacar a pasear a la bebé, Akosua, y había amenazado con quedársela hasta la hora de acostarla.

—Sissie, voy a ver una película.

Esto lo dijo Mercy.

—¿Dónde?

—En el Globe.

—¿Vas con Joe?

—No.

—¿Vas tú sola?

Cuidado, Connie.

—¿Con quién vas?

Cuidado, Connie, por favor. Las fosas nasales de tu hermanita se están expandiendo peligrosamente. Mira el repentino fruncimiento de su boca y sus cejas. Connie, una hermana es algo bueno. Incluso una hermana menor. Especialmente cuando no tienes madre ni padre.

—Mercy, ¿con quién vas a salir?

—Lo siento, tenía la boca llena, y no podía contestar antes de tragar, ¿no?

—Lo siento. —Qué bajito lo dijo.

—Y qué pasa, ¿que tengo que contártelo todo?

—No, por supuesto. No me pareció que fuera una pregunta indiscreta.

Hubo otro momento de silencio. Entonces Mercy chasqueó la lengua contra los dientes, enfadada, y Connie se aclaró la garganta con miedo.

—Voy a salir con Mensar-Arthur.

Cuando Connie hizo la siguiente pregunta, no tuvo la certeza de que las palabras salieran de sus labios.

—¿Mensar-Arthur?

—Sí.

—¿Con cuál?

—¿A cuántos conoces?

Sus dedos apenas podían coger la comida. Dejó el plato sobre la mesa. Algo le saltó dentro del pecho y se preguntó qué era. Quizá fuera el bebé.

—¿Te refieres al miembro del Parlamento?

—Sí.

—Pero, Mercy...

La hermanita permanece sentada masticando la comida.

—Pero, Mercy...

Ñam, ñam, ñam.

—Pero, Mercy...

—¿Qué?

Connie se sobresaltó.

—Es muy mayor.

Ñam, ñam, ñam.

—Quizá, digo quizá, eso realmente no importa, ¿no? No demasiado, en cualquier caso. Pero dicen que tiene muchas mujeres y muchas novias.

—Por favor, hermanita. No quiero entrometerme en tus cosas. Dijiste hace un momento que querías tu propio marido. Ese hombre tiene ya demasiadas mujeres...

Otra vez ese silencio. Solo se escuchaban los pasos de Mercy mientras iba a dejar su plato en el fregadero, y el agua corriendo mientras lavaba el plato y sus propias manos. Bebió un poco de agua y tosió. Después, mientras las lágrimas corrían por la cara escondida de su hermana, se escuchó

el sonido de sus pasos mientras se iba de la cocina. Al final del todo, sonó un portazo. Connie solo dijo algo como «Ay, Señor; ay, Señor», y siguió sentada en la cocina. No había comido prácticamente nada. Inmediatamente Mercy fue a darse un baño. Después, Connie la escuchó prepararse para salir de casa. Los zapatos. Y ya se había ido. No había necesidad de comportarse así. Porque Connie no había intentado molestarla ni montarle una bronca. ¿Para qué sirve una hermana en este mundo si no puedes tener una charla con ella? Y, lo que es más, cosas así nunca le ocurrían a personas como Mercy. Sus padres habían sido buenos presbiterianos. Eran temerosos de Dios. Mamá no había tenido ocasión de transmitirles todas las reglas de la vida antes de morir. Pero Connie está segura de que andar de pingo por ahí con un hombre público, viejo y depravado hubiera sido considerado una abominación por sus padres.

Un coche grande con un motor súper silencioso ronroneó a la entrada. De verdad ronronea esta enorme máquina llegada de la tierra de los blancos. De hecho, su delicada protesta cuando los neumáticos se deslizaron sobre la grava parecía una nana comparada con el brusco golpeteo de los tacones de la chica. Cuando Mensar-Arthur vio a Mercy, extendió el brazo y abrió la puerta del copiloto. Ella se sentó y la puerta se cerró con un civilizado ruido sordo. El motor se puso en movimiento y el coche se alejó.

Después de dos o tres millas, el hombre empezó una conversación.

—¿Cómo está hoy mi muñequita?

—Estoy bien. —Y las palabras eran lo único que no implicaba una tragedia.

—Pareces muy solemne, ¿por qué?

Ella se quedó quieta y callada.

—Querida, ¿qué ocurre?

—Nada.

—Oh... —Él se aclaró otra vez la garganta—. ¡Eh! ¿Qué tal los zapatos?

—Preciosos. De hecho, son los que llevo puestos. Me aprietan un poquito, pero eso pasa con todos los zapatos nuevos.

—¿Y el bolso?

—Me gusta mucho también... Mi hermana se fijó. Me refiero a los zapatos.

Se anunciaba la tragedia.

—¿Te preguntó de dónde los habías sacado?

—No.

Volvió a aclararse la garganta.

—¿Dónde quedamos en ir esta noche?

—Al Globe. Pero no quiero ver una película.

—Ah, ¿sí? Mmm, me alegro, porque la gente siempre se da cuenta de las cosas.

—Nadie se sorprendería mucho.

—¿Qué quieres decir, cielo?

—Nada.

—Okey. ¿Qué hacemos entonces?

—No sé.

—¿Vamos a la playa?

—Oh, sí.

Él condujo hasta la playa. Hasta una parte de la playa que ambos conocían bien. A ella le encanta este sitio. Esta enorme extensión de arena y el viejo mar. Siempre ha deseado poder hacer lo que le apetece. Una cosa que le apetece es conducir hasta el final de la arena, hasta que los neumáticos del coche toquen el agua. Por supuesto que es una idea

muy tonta, tal como él le dijo con acritud la primera vez que pensó en ello en voz alta. Era su tono de soy-lo-bastante-vejejo-como-para-ser-tu-padre. Siempre hay inconvenientes. Las cosas podrían ser distintas. Si una tuviera un amante más joven. Guapo, quizá no tan rico como este hombre, pero solvente, lo bastante solvente como para poder permitirse un coche deportivo. Uno muy parecido a esos que conducían los pilotos de carreras en las películas. Con neumáticos que pueden hacer cualquier cosa... y que podrían llegar al punto exacto en el que el mar y la arena se encuentran.

—Aquí estamos.

—No hace falta que salgamos. Vamos a quedarnos sentados en el coche y conversar.

—¿Conversar?

—Sí.

—Okey. Pero ¿qué pasa, cariño?

—Le he contado a mi hermana lo nuestro.

—¡Santo Dios! ¿Por qué?

—Tenía que hacerlo. Ya no podía guardármelo más para mí.

—¡Qué chiquilla! No era en absoluto necesario. No es tu madre.

—No. Pero ella es todo lo que tengo. Y siempre ha sido muy buena conmigo.

—Bueno, era su deber.

—En ese caso, el mío es contarle algo como esto. Puedo meterme en líos.

—No seas tonta —dijo él—, siempre me ocupo bien de mis chicas.

—Ya veo —dijo ella. Y por primera vez en el mes transcurrido desde que había aceptado convertirse en la amante

de este hombre las lágrimas que asomaron a sus ojos no fueron forzadas.

—Prometiste que no se lo dirías. —Ahora era su voz paternal.

—No te enfades. Después de todo, la gente habla mucho, como tú mismo dijiste hace un momento. Tarde o temprano ella se iba a enterar.

—Cielito, qué lista eres. ¿Y qué dijo ella?

—Le dolió.

—No te preocupes. Piensa en algo que a ella le apetezca mucho tener y que no pueda conseguir en este país por las restricciones a la importación.

—Me consta que quiere un motor eléctrico para su máquina de coser.

—¿Eso es todo?

—Es lo que yo sé.

—Mmm. Voy a ir a Londres la semana que viene con una delegación, así que si me das los datos de la marca de la máquina le conseguiré un motor.

—Gracias.

—¿Hay algo más que le preocupe a mi Belleza Negra?

—Nada.

—Por cierto, avísame en cuanto quieras irte de casa de tu hermana. Te tengo reservada una de las casas del gobierno.

—Oh... oh —dijo ella, encantada, feliz por primera vez desde que este día horrible había comenzado a las seis y media de la mañana.

La nena volvió del parque con un dedo del pie magullado. ¿Sería suficiente con soplarle un poco o habría que ponerle un ungüento? En realidad, no importa. Lo único que hace falta es que no se sienta desatendida. Y cómo ruge el viejo

mar. Generalmente, este es un mar tranquilo. Demasiado tranquilo, en realidad, el Golfo de Guinea. Los nativos le ofrecen sacrificios los martes, y una vez al año lo celebran. Para ello guardan sus gallinas, sus huevos y sus ñames. Y por lo que respecta a la fiesta anual, el mar no le presta tampoco mucha atención. Siempre están celebrando una cosa u otra, y seguramente no necesitan al mar como excusa para tener otro día de fiesta. Él ha visto ocurrir muchas cosas a lo largo de estas playas. Cosas muy distintas. Cosas contradictorias. O quizá repeticiones de antiguos patrones. Nunca se entromete en los asuntos humanos. ¿Por qué iba a hacerlo? Excepto en sitios como Keta, donde devora casas porque no le dejan otra opción. De otro modo, nunca les permite conocer sus pasiones. Los hombres son gusanos, e incluso el dios que los creó está aburrido de ver sus aspavientos. Aquí tienes a un pez gordo de cincuenta años que se cree que es alguien. Y a una niña de veintitrés años que escoge una forma estúpida de resolver problemas irresolubles. Bueno, ¿qué otra cosa se puede esperar de los seres humanos? Así que, mientras estos dos se reclinan en los asientos del coche para jugar con sus cuerpos, él, el Golfo de Guinea, cerró los ojos de puro aburrimento. Está bien. Tiene derecho a dormir, ¿no? Se estiró y se adentró más en la orilla. Pero el coche estaba aparcado a una distancia segura y la marea creciente no llegaría a mojar sus neumáticos.

James ha llegado tarde a casa. Pero ha estado llegando tarde todos los días las últimas semanas. Connie está llorando y él lo sabe nada más atravesar la puerta del dormitorio. Él odia las lágrimas, porque sabe, como la mayoría de los hombres, que las lágrimas son una de las armas más po-

tentes del perverso e inagotable arsenal de las mujeres. Ella habla primero.

—James.

—¡Oh! ¿Todavía estás despierta?

Él siempre intenta lidiar con este velatorio de cada noche fingiendo que no sabe lo que pasa.

—No podía dormir.

—¿Qué pasa?

—Nada.

Así que él se mueve rápidamente y se sienta a su lado.

—Connie, ¿qué es lo que pasa? Otra vez has estado llorando.

—Otra vez llegas muy tarde.

—¿Y es por eso por lo que estás llorando? ¿O hay algo más?

—Sí.

—¿Sí a qué?

—James, ¿dónde has estado?

—Connie, ya te he advertido de lo que pienso hacer si no dejas de hacerme un interrogatorio, como si yo fuera tu prisionero, cada vez que llego un poco tarde.

Ella se sentó.

—¿Un poco tarde? ¡Son casi las dos de la mañana!

—De todas formas, no me creerías si te dijera la verdad, así que, ¿para qué quieres que gaste saliva?

—Oh, bien.

Vuelve a acostarse y se pone de cara a la pared. Él se pone de pie, pero no se marcha. La mira desde arriba. Esto lo recuerda todas las noches: se han puesto de acuerdo, después de muchas discusiones, en que ella debe dormir de lado.

Durante el primer embarazo, a partir del tercer mes o así, empezó a decirle que la vista de su barriga justo antes de dormir le daba pesadillas. Ahora él lamenta todo eso. La cama cruje cuando él se echa a su lado.

—James.

—Sí.

—Hay otra cosa mucho más seria.

—¿Te has enterado de mi último *affaire*?

—Sí, pero ahora no me refiero a eso.

—¡Jesús! ¿Puede haber algo más importante que eso?

Y mientras los dos se ríen, saben que algo ha sucedido. Una de esas cosas que, con un poco de suerte, les mantendrá unidos durante algún tiempo.

—¡Y, encima, me vacilas!

—¿Y qué puedo hacer salvo vacilarte cuando te pones así?

—¡James! ¡Qué vulgar!

—Es tu mente sucia la que le ha dado esa interpretación tan chocante a mi comentario.

—Okey. Pero ¿qué voy a hacer?

—¿Qué vas a hacer de qué?

—Mercy. Escucha, está teniendo un lío con Mensar-Arthur.

—Fantástico.

Ella se sienta y él se sienta también.

—James, tenemos que hacer algo al respecto. Es una cosa seria.

—¿Por eso estabas llorando?

—Por supuesto.

—¿Y qué problema hay?

—Pero está mal. Y ella se está echando a perder.

—Puesto que todas las chicas que ella conoce se han echado a perder muy prósperamente, ¿por qué no iba ella a

hacerlo? Olvídate por un momento de que eres maestra. O recuerda al menos que ella no es tu alumna.

—No me gustan tus respuestas.

—¿Y qué quieres que te diga? Todas las mañanas, las amigas que ganan lo mismo que ella estrenan para ir a trabajar vestidos, zapatos, pelucas y sabe dios qué más. ¿Qué quieres que haga ella?

—Que otras chicas lo hagan no significa que Mercy también tenga que hacerlo.

—Estás siendo muy boba. Si yo fuera Mercy, estoy seguro de que eso es exactamente lo que haría. Y sabes que lo digo en serio.

James es cruel. Es terrible y mezquino. Connie vuelve a echarse a llorar y James la reconforta. Hay un asunto, no obstante, que quiere hacerle entender.

—De hecho, deberías animarla. Puede que él sea capaz de interceder ante el ministerio para que no te trasladen de aquí durante algún tiempo después de que nazca el bebé.

—James, ¿me estás pidiendo que utilice a mi hermana!

—Ella se está utilizando a sí misma, acuérdate.

—James, eres perverso.

—Y quizá incluso podamos conseguir que nos traiga del extranjero un coche nuevo. Yo lo pago todo. Eso sería mejor que pagar una fortuna por esa ruina que estaba pensando en comprar. Piénsalo.

—No me subiría en él.

—Vale...

Eso ocurrió pocos meses antes del golpe de Estado. Men-sar-Arthur fue a Londres a una conferencia internacional y les compró algo a todas y cada una de sus esposas y novias, incluyendo a Mercy. Incluso se acordó del motor para la má-

quina de coser de Connie. Cuando Mercy se lo llevó, se sintió muy confusa. Durante mucho tiempo había estado deseándolo, porque simplificaría mucho el trabajo, por ejemplo, coser la ropa del bebé. Y, sin embargo, una parte de ella le decía que aceptarlo era una traición. A quién, no lo tenía del todo claro. Ella y Mercy no serían nunca capaces de discutir este asunto abiertamente. Y James sistemáticamente apoyaba a Mercy, para asombro de Connie. Se quedó el motor con agradecimiento y así sacrificó incluso su derecho a disentir. Al poco tiempo, Mercy se fue para ir a vivir a la casa del gobierno que Mensar-Arthur le había conseguido. Luego, un par de semanas más tarde, después del golpe, Mercy se fue de la casa antes de que la desahuciaran. James nunca consiguió su coche. Nació el niño de Connie. De los tres, la única que recibió con indisimulado alivio el nuevo orden fue Connie. No es que ella sea una persona muy demostrativa, pero sus ojos dejaban ver claramente que estaba feliz. Para ella, el viejo orden representado por Mensar-Arthur era una amenaza para su hermana y, por tanto, para su propia paz mental. Una vez desaparecido, las cosas podrían volver a la normalidad. Mercy volvería a mudarse a su casa y quizá empezaría a salir con alguien más... normal, digamos. A su debido tiempo, se casaría y entonces la pesadilla de las semanas anteriores caería en el olvido. Dios es misericordioso, así que hizo que ocurriera el golpe antes de que los rumores sobre el *affaire* de su hermana se disparasen y la dejaran marcada para siempre...

La llegada del nuevo bebé ha barrido como por arte de magia las dificultades entre James y Connie. Él es esa clase de hombre, y ella esa clase de mujer. A Mercy no la han visto desde hace muchos días. Connie está empezando a preocuparse...

James escuchó gemir al bebé, un sonido ahora familiar, desde el momento en el que abrió la verja. Corrió hacia la casa, apretando contra el pecho las pocas cosas que había comprado de camino.

—Estamos aquí.

—¡Ya os oigo! Si hay algo que tiene la gente en este país, es una bocachancla.

—¿Y crees que no estoy de acuerdo? Pero, en conjunto, estamos bien. Come con normalidad y todo. ¿Tú?

—Nada nuevo. La misma rutina. Más historias sobre los políticos derrocados.

—¿Qué quieres decir con lo de que no hay novedad? Mira el estupendo trabajo que han hecho los soldados, limpiando el país de toda su mierda. Ya me siento liberada, y me muero de ganas de salir a la calle a disfrutarlo.

James se rió sin alegría.

—Todo lo que sé es que Mensar-Arthur está en la cárcel. No nos sirve de nada. Y yo me he quedado sin mi coche. Un acuerdo ruinoso.

—Nunca me tomé en serio esa historia del coche.

—Sinceramente, si esto hubiera ocurrido en los viejos tiempos te hubiera tildado de bruja. ¿Es que no quieres que yo, tu marido, prospere?

—No, si en ello va la ruina de mi hermana.

—Ruina, ruina, ruina... ¡Cristo! Mira, Connie, lo gracioso es que estoy seguro de que eres la única persona en pensar que era un desastre que tu hermanita saliera con un pez gordo.

—Okey. Ahora ya ha pasado todo, así que no vamos a discutir por eso.

—Estoy seguro de que el golpe hubiera tenido éxito solo con tus plegarias.

Y Connie se preguntó por qué había dicho eso con tanta amargura. Se preguntó si...

—¿Ha venido Mercy?

—No, quizá venga más tarde. Mmm. Tenía la esperanza de que volviera a mudarse aquí y empezase desde cero.

—No me sorprende que no lo haya hecho. La verdad, si yo fuera ella tampoco volvería aquí. No con tus quejas constantes. No, gracias, super-hermana.

Y a medida que avanzaba la discusión, como siempre, cada uno se refugiaba en una posición más agresiva.

—Bueno, di lo que te parezca bien, pero yo estoy encantada con los soldados. Mercy es mi única hermana o hermano; lo es todo. No puedo quedarme sentada viendo cómo echa a perder su vida sin ningún sentimiento. Estoy agradecida a cualesquiera que fuesen las fuerzas que le pusieron un punto final a esa historia. Lo que me duele ahora es que sea tan ambigua sobre dónde está viviendo en este momento. Menciona a una amiga, pero no estoy segura de conocerla.

—Yo que tú dejaría de preocuparme, porque parece que Mercy puede cuidar bastante bien de sí misma.

—Mmm —fue todo lo que ella intentó decir.

¿Quién escuchó algo como el sonido de un coche frenando frente a la casa? Ah, pero los pasos eran sin duda los de Mercy. ¿Son esos zapatos el par usado que era nuevo hace un par de meses? ¿O son un par más nuevo todavía? Y aquí está ella, la guapa. Una Mercy alegre.

—¡Hola, hola, familia! —Y le hace grandes alharacas a su sobrino—. ¡Ta-ta-ta-ta-tá! ¿Cómo está hoy mi hombrecito? Dios mío, crece rápido para poder cuidar de tu tía Mercy.

Pero Connie y James no pueden quitarle los ojos de encima.

—Le está diciendo a la tía Mercy que está bien —dice Connie.

Ellos siguen mirándola, horrorizados, fascinados y preguntándose qué está pasando. Porque ambos saben que algo pasa.

—Escuchadme, gente. He traído a un amigo para que os conozca. Un hombre.

—¿Y dónde está?

—Hazle pasar —dice Connie.

—Sabes, Sissie, tú acabas de ser madre. Pensé en venir a preguntarte qué te parecía.

—Por supuesto —dicen James y Connie, y por alguna razón los dos están muy nerviosos.

—Es el Capitán Ashby.

—¿Cuál?

—¿A cuántos conoces?

James todavía piensa que esto es imposible.

—Eh... ¿te refieres al oficial que ha sido nombrado...?

—Sí.

—¿No había una foto en *The Crystal* el fin de semana sobre la boda de su hija? ¿Y otra de él con su mujer, sus hijos y sus nietos?

—Sí.

—¿Y no le han puesto al frente de una comisión para investigar no sé qué?

—Sí.

Connie se queda sentada y con los ojos abiertos como platos...

Traducido por **Maya G. Vinuesa**

LA FLOR TARDÍA

«Los niños buenos que hacen recados sin rechistar comen el alimento de la paz». Ese era uno de los dichos preferidos de la casa. Maami, la tía Efua, la tía Araba... oh, lo decían especialmente después de preparar alguna delicia como gachas de malanga con ternera sazónada. Ya sabéis cómo va la cosa...

Primero, al revolver con el cucharón, la olla emanaba su olor, formando una nubecilla que flotaba sobre el fogón. Poco a poco atravesaba el patio y penetraba en las estancias interiores y exteriores de las mujeres. Era el primer olor que saludaba a la que estaba durmiendo la siesta. Se estiraba con placer, se llenaba los pulmones del dulce olor, soltaba un «Mmm» y se volvía a dormir o se levantaba a hacer sus cosas. El aroma no permanecía; rodaba de casa en casa, hasta inundar el vecindario. Y Yaaba lo olfateaba enseguida.

Solía llegarle cuando estaba jugando con sus amigas junto al Tronco Grande. De pronto soltaba sus piedrecillas, aunque le tocara el turno, daba un salto y se quitaba la arena del lapá. «Me voy a casa», anunciaba. «¿Por qué?», «Yaaba, ¿por qué?».

Pero apenas le alcanzaban las preguntas como susurros de sus compañeras, sorprendidas, mientras salía volando hacia su casa. Una vez que cruzaba el umbral, se escurría pegada a la pared. Pero ya no quedaba nada para ella.

Yaaba nunca se quedaba en casa para ofrecerse a hacer recados. Podía estar cerca del agua, pero no iba a buscarla ni para salvar a un alma moribunda. ¿Cómo iba a comer el alimento de la paz? Ah, si se trataba de una comida formal, como la del mediodía o la noche, entonces era otra cosa; en ellas recibía su legítima ración... Pero no probaba bocado de la dulcísima malanga. «Nsia, Antobam, Naabayin, Adwoa, venid a tomar las gachas». Las demás niñas entraban en tropel con sus cuencos y platitos. Pero no la silueta de la pared. Charloteaban al llegar y la madre se burlaba mientras les servía aquella exquisitez.

«¿Está bien así, Adwoa?... Tawia, ¿y tú?... Tú tienes más que suficiente, Antobam... Pero, mi niña, esto es una exquisitez solo para quienes la merecemos. Otra gente —y miraba de reojo a Yaaba —que no ha trabajado, no va a probar ni una migaja». Entonces empezaba a comer. Si Yaaba sentía que la broma iba demasiado lejos, tosía. «Oh», exclamaba la madre, «la gente debería cuidarse la garganta. Por mucho que tosan, aún si escupen sangre, no les llegará ni gota de malanga a la boca».

Pero no eran estas cosas ni otros incidentes lo que preocupaba a Yaaba. Pues, inevitablemente, el vientre de una madre reclamaba a una silueta solitaria sobre la pared, y acababa recibiendo unas gachas. Incluso cuando su madre tenía la suficiente mala leche como para mirarla y servir todas las gachas, Yaaba podía salir corriendo hacia la puerta y tender una emboscada a algún niño para robarle la mayor parte de su ración. No, no eran esas cosas las que le preocupaban. Ya la podían llamar *mala* las otras madres. Le divertía ir a jugar donde el Tronco Grande, por ejemplo. Si para ser una niña buena debía quedarse junto al fogón con los

brazos cruzados en el regazo, esperando a que las madres le mandaran a hacer recados por todas partes en lugar de ir al Tronco Grande a tirar piedrecitas, ella prefería dejar que fueran buenas las que estaban deseando que las llamaran buenas, como Adwoa. No, gracias, no le interesaba.

Pero había algo que alteraba a Yaaba. Nadie lo sabía, pero así era. Se preguntaba por qué, cada vez que Maami llamaba a Adwoa, la llamaba «Mi niña Adwoa», mientras que a ella solo la llamaba «Yaaba».

«Adwoa, mi niña, cógeme la lata para beber... Qué bien lo has hecho, mi niña...».

«Yaaba, ven a comer». Deseaba en lo más íntimo poder preguntar a alguien. Paapa... Maami... Nana, ¿no soy la hija de mi madre? ¿Quién es mi madre?

Pero, ya sabes, una no va por ahí haciendo esas preguntas a los viejos. Como el día en que Antobam le preguntó a su abuela dónde estaba su propia madre. La abuela a su vez le preguntó a Antobam si no la cuidaba bien, después se echó a llorar y dijo algunas cosas. Otras madres se unieron al llanto. Y entonces vinieron más mujeres del vecindario, y también sus tíos y sus tías, y hubo más lloros y también bebida y libaciones. Al final Antobam recibió una severa reprimenda.

No, una no va por ahí haciendo esas preguntas a los viejos.

Pero Adwoa, mi niña, tráeme el cuchillo... Yaaba... Yaa-ba, llevas un lapá sucio. Yaaba, Yaaba...

Era la tarde del sábado antes del domingo de Navidad. Yaaba acababa de llegar de jugar para devorar su almuerzo. Era *kenkey* con un poquito de pescado guisado en aceite de palma. Lo había comido tan deprisa que se había atragantado con una espina. Había bebido mucha agua, pero la espina seguía ahí. No quería contárselo a Maami. Sabía que la rega-

ñarían o que le darían un capón en la cabeza. Estaba en la habitación que daba al patio cuando oyó a Maami hablando en la cámara interior.

—Ah, ¿y qué voy a hacer ahora? Creía que quedaba un buen pedazo todavía... O... ¡O! Estas cosas me irritan mucho. ¿Cómo pasaré las Navidades sin barnizar el suelo?

Yaaba descubrió un trozo de *kenkey* que había sobrado la semana antes, escondido en un gran envoltorio. Se abalanzó sobre él y, sin quitarle el moho, se lo tragó. Se atragantó, estiró el cuello y desapareció la espina. Bebió agua y se secó las lágrimas con su lapá. Estaba a punto de dar un salto para volver a jugar en el patio cuando se acordó de que había oído a Maami hablando sola.

Aunque no está bien pegarse a los mayores para escuchar sus conversaciones, se puede hacer a escondidas. De todas formas, era interesante oír las cosas que se contaban a sí mismos. «¿Y cómo voy a celebrar la Navidad en un suelo duro, blanqueado?» prosiguió la voz de Maami. «Si consiguiera un trozo de arcilla roja. No. Pero no puedo ir a rondar a mis amigas y pedirles un poco de arcilla roja. O... ¡O! Y ya se está haciendo de noche. Si mi hija Adwoa estuviera aquí, seguro que habría ido al pozo de arcilla roja a coger un montoncito con la azada. Después podría barnizar el suelo antes de que suenen las campanas mañana». Yaaba pensó que había oído suficiente.

Desde luego, nuestros mayores no se cuentan cosas muy interesantes a sí mismos. Son sus típicas quejas sobre lo dura que es la vida. Si no es por el precio de las telas o del pescado, es por la escasez de agua. Qué poco interesante es todo. Siempre jugaré con mis hijos cuando sean mayores. No me pasaré el día quejándome.

Estaba muy oscuro. Los niños apenas veían sus manos al tirar las piedrecillas. Pero Yaaba insistió en seguir. Solo quedaban tres de las ocho niñas que estaban jugando a *sosomba*. Antes habían aparecido madres, padres o hermanas mayores para llamar a las demás y decirles que volvieran a casa. Las dos que quedaban con Yaaba eran Panyin y Kakra. Seguían allí porque su madre estaba de viaje. Ya nadie se acercaba a buscar a Yaaba. Hasta el año anterior, Maami siempre venía y la llamaba a gritos en cuanto se ponía el sol. Si no podía ir, mandaba a Adwoa. Pero, por supuesto, Yaaba no les hacía caso.

¿Por qué dejar un juego a medias para volver a casa? Se quedaba allí y jugaba sola hasta que se hacía de noche y se sentía satisfecha. Y ahora, a sus diez años, nadie venía a por ella.

La piedrita le dio a Kakra en la cabeza.

—*Ajii*.

—¿Qué te pasa?

—Me ha dado la piedra.

—Lo siento, no ha sido a propósito —dijo Panyin—, pero ya está muy oscuro, Kakra, vámonos a casa.

Se pusieron en pie.

—Panyin, ¿vas mañana a la iglesia?

—No.

—¿Por qué? ¿No tienes lapás nuevos?

—Sí, pero no tenemos pendientes ni cadenitas de oro. Nuestra madre no está en casa. Se ha ido a algún sitio y volverá por la tarde. Kakra, acuérdate de que mañana madrugamos.

—¿Por qué?

—¿Se te ha olvidado lo que nos dijo mamá antes de irse? ¿No nos dijo que fuéramos a buscar arcilla roja del pozo? Yaaba, vámonos.

—Yoo.

Y las mellizas se marcharon.

¡Arcilla roja! ¡El pozo! Probablemente Maami era la única mujer del pueblo que no tenía arcilla roja para barnizar el suelo de su casa. ¡Oo!

—¡Panyin! ¡Kakra! ¡Panyin!

—¿Quién eres?

—Soy yo, Yaaba. Esperadme.

Se adentró en la oscuridad a la carrera y casi chocó con una mujer que llevaba comida a la casa de su esposo.

—Panyin, ¿has dicho que vais mañana al pozo?

—Sí, ¿por qué?

—Quiero ir con vosotras.

—¿Para qué?

—Quiero coger un poco de arcilla roja para mi madre.

—Pero mañana vas a la iglesia.

—Sí, pero intentaré hacerlo pronto para que me dé tiempo a ir a la iglesia también.

—¿Qué dices? No puedes. ¿No conoces el pozo? Está muy lejos. Todo el mundo estará en la iglesia cuando volvamos a casa.

Yaaba permaneció en silencio, hundiendo el dedo gordo de su pie en la tierra dura.

—No importa. Iré.

—¿No quieres llevar tus joyitas de oro? A Kakra y a mí nos da mucha pena no poder llevar las nuestras porque nuestra madre no está.

—No importa. Venid a despertarme.

—¿Dónde duermes?

—Bajo la ventana de mi madre. Me despertaré si le dais a la ventana con una piedrecilla.

—Yoo... Pasaremos a buscarte.

—No os olvidéis de vuestra *apampa* y vuestro azadón.

—Yoo.

Cuando Yaaba llegó a su casa habían terminado de cenar. Adwoa parecía haber llegado de un recado; de hecho, había hecho varios. Yaaba ya se estaba escabullendo como un gato a coger su comida, sabiendo que estaría bajo el cuenco de madera, cuando Maami la vio.

—Sí, ve a por ella. Tienes hambre, ¿no? Y después te zamparás un montón de fufú, veloz como una gallina tragando maíz.

Yaaba se quedó callada.

—Aa. Dios mío, Padre, ¿quién me ha infligido esta criatura? Mira, Yaaba, te estás haciendo mayor, así que empieza a vivir tu vida con cuidado. A los diez años ya no eres una niña pequeña. Y una mujer que se pasa la vida jugando en el patio no es una mujer. Si fueras un chico estaría mal también, pero para una chica es una maldición. La casa no puede mantenerte. *Tchia*.

Yaaba se arrastró hasta la habitación que daba hacia fuera. Vio el cuenco de madera. Le dio la vuelta y, como había sabido todo el tiempo, allí estaba su comida. La devoró más deprisa que una gallina devorando maíz. En cuanto terminó de comer, entró en la cámara interior, cogió su esterilla, la extendió en el suelo, se tumbó y se quedó dormida. Mucho después entró Maami, que venía de conversar con las otras madres. Se sobresaltó al ver la silueta de Yaaba. *Pooh*, cayeron sus puños sobre la silueta en el rincón.

—Eh, tú, menuda vaga, *ipooh!* *iPooh, pooh!* Ay, esta hija inútil como un cascarón vacío de maíz...

Tiró de las orejas a Yaaba, que dio un grito. Con los ojos somnolientos, se sentó en la esterilla.

—Grita si quieres y ya verás lo que hago contigo. Como que me llamo Benyiwa te voy a dejar la boca hecha un mortero.

Pero Yaaba estaba ya completamente despierta, sin llorar. ¿Quién decía que estuviera gritando? Clavó la mirada en Maami con los ojos brillantes, sin lágrimas. Esto enfadó aún más a Maami.

—¡Voy a escupirte a los ojos, bruja! ¡Mírame así y dime si voy a morir mañana! A tu edad...

Y cayeron los golpes, *pooh, pooh, pooh*.

—¡Todavía no sabes que tienes que lavarte antes de que la piel roce la esterilla! ¡Después de todo un día en la arena, el polvo y la porquería alrededor del Tronco Grande! ¡Hoo! ¡Pooh! Como el grano picoteado por la polilla, imírala!

El reloj de la casa del jefe dio las doce de la noche. Medianoche. Yaaba nunca lloraba. Solo intentaba, sin éxito, zafarse de los golpes. Tal vez Maami estuviera cansada o satisfecha. O quizás temiera ponerse en la posición de Kweku Ananse cuando tentaba a los espíritus, y que estos vinieran y la ayudaran a pegar a su hija. Desde luego, eso mataría a Yaaba. Fuera lo que fuera, dejó de pegarla y se tumbó junto a Kofi, Kwame y Adwoa. Yaaba vio la silueta de Adwoa, pacíficamente tumbada. Fue entonces cuando se le humedecieron los ojos. Se le saltaron las lágrimas. Se las limpió, sin lograr detenerlas. No hizo ruido, para que no la oyera Maami. Pronto mojó el lapá. Cuando el reloj dio la una, oyó roncar a Maami. Tumbada de nuevo, no logró conciliar el sueño.

¿Es mi madre esta mujer?

A lo mejor no debería ir a buscar arcilla roja para ella. Pero van a venir las gemelas...

Yaaba se levantó y fue a la habitación que daba afuera. No había puertas entre estas habitaciones y las cámaras interiores que crujiaran y despertaran a nadie. Quería la *apampa* y el azadón. A sus diez años debería tener ya unos suyos pero, por supuesto, no los tenía. El azadón de Adwoa, como bien sabía, estaba en la esquina a la izquierda de la puerta. Metió la mano y lo encontró. También sabía que la *apampa* de Adwoa estaba en el estante de bambú. Fue al darse la vuelta hacia el estante cuando se tropezó con el cuenco de agua. El pecho chocó con el borde de la palangana, que se ladeó. El agua se derramó sobre el suelo. No podía levantarse. Cuando Maami oyó el ruido de su caída, gritó: «¡Al ladrón! ¡A por el ladrón! ¡Venid todos, hay un ladrón en mi cuarto!».

Dio al ladrón la oportunidad de huir para que no la atacara antes de que llegaran los hombres de la aldea. Pero ningún ladrón salió corriendo ni se oyeron pasos por el patio. En realidad, había demasiado silencio.

Cogió la lámpara y, en cuanto consiguió una buena llama, anduvo cautelosa hacia la habitación exterior. Allí estaba Yaaba, despatarrada sobre la palangana como un gallo viejo recién matado. Volvió a gritar.

—Ah, Yaaba, ¿por qué me das un susto así? ¿Qué buscabas? Por eso te digo siempre que eres una bruja. ¿Qué querías a estas horas de la noche para acabar tirada en la palangana? Y mira el suelo. Pero, claro, tú estabas jugando cuando alguien me prestó un trozo de arcilla roja para pulirlo, ¿verdad?

La figura sobre la palangana seguía allí, tumbada. Maami se agachó para ayudarla a levantarse y vio el azadón.

—¡Un azadón! ¡Juro por todos los vivos que no lo entiendo!

La cogió en brazos y al llevarla a la cámara interior vio los labios entreabiertos de Yaaba, como intentando decir algo. Volvió a cerrar los labios, parpadeó y se le descolgó el cuello. ¡Dios Santo! No había nada raro en el hecho de que se oyera el grito por toda la aldea. ¿No era la medianoche bien entrada?

La gente había oído el primer grito de Maami, «¡Al ladrón!», y cuando volvió a gritar, acudían ya los primeros hombres de todas las direcciones. Enseguida se llenó el patio. Hubo preguntas y respuestas. Algunos dijeron que Yaaba estaba intentando coger a un ladrón, otros, que huía de los golpes de su madre. Pero lo primero era despertarla.

«¡Ponedle *anowata* en la nariz!». Y las madres corrieron hacia los aposentos de sus maridos para traer sus gigantes botellas con los más dulces olores. «Tocadle los pies con un poquito de fuego...». «Metedle un poco de zumo de jengibre por la nariz».

«Aa... Oo... demos gracias a Dios. Está despierta, está despierta». Todo el mundo lo decía. Algunos estaban demasiado lejos y no llegaron a verla desmayada ni despierta. Pero lo dijeron según regresaban en tropel a retomar su sueño interrumpido. Egya Yaw, el curandero del pueblo, la examinó y dijo a la Maami, ahora enloquecida, que no debía preocuparse.

—El impacto ha sido violento, pero creo que no le ha pasado nada a la columna. Le traeré hierbas molidas; debería mejorar en pocos días.

—Gracias, Egya —le dijeron Maami, Paapa, su abuela, las otras madres y todos sus parientes.

El curandero se fue a su casa y volvió. Los tíos más musculosos de Yaaba machacaron las hierbas. Enseguida ven-

daron a Yaaba. El gallo había cantado una vez cuando la tumbaron. Los parientes volvieron a sus casas. Solo quedaron Maami, Paapi y las otras madres.

—¿Y cómo está? —preguntó una de las mujeres.

—Pero ¿qué es lo que ha pasado?

—Solo Benyiwa puede responderte.

—Benyiwa, ¿qué pasó?

—¡Yo misma estoy sorprendida! Después de comerse el *kenkey* esta tarde, la oí moverse en la habitación de fuera, pero no le di importancia. Después se marchó y volvió cuando ya era de noche, pasada la hora de la cena. Después de nuestra conversación, me fui a dormir. Y allí estaba, tirada. Como siempre, no se había lavado, así que simplemente la cogí...

—Pero qué dices, que la cogiste... Si se hubiera topado con la muerte tú la habrías empujado y todo... ¡Mira que pegar a una niña por la noche!!

—¡Pero Yaaba es pesadísima!

—¿Tú crees que todos los niños son buenos? ¿Y cómo es que se cayó en la palangana?

—Eso es lo que no me explico. Me engañaron mis propios ojos cuando oí ruidos en la habitación de afuera.

—¿Por eso gritaste «al ladrón»?

—Sí. Cuando iba a ver qué era, la vi tirada en la palangana, agarrada a un azadón.

—¿Un azadón?

—Sí, el de Adwoa.

—¡A lo mejor sí había un ladrón! Que nos cuente ella la verdad... pero...

Siguieron hablando durante las primeras horas de la mañana. Yaaba dormía. Se oyó el segundo canto del gallo. En-

seguida se escucharon las campanadas de la iglesia con su toque de Navidad. En la distancia, oyeron los cantos de la procesión del amanecer. Casi junto a la entrada principal, los adultos percibieron los pasitos de las gemelas, que se acercaban al fogón. Ambas partes se sorprendieron del encuentro.

—Niñas, ¿qué buscáis al amanecer?

—¿Dónde está Yaaba?

—Yaaba está dormida.

—¿Podemos despertarla? Nos lo pidió.

—¿Por qué?

—Dijo que venía con nosotras al pozo de arcilla roja.

—¡O... O!

Los mayores congregados allí quedaron impresionados, pero no lo mostraron delante de las niñas.

—Yoo. Id vosotras hoy. Ella puede unirse la próxima vez.

—Yoo, Madre.

—Andad con cuidado, hijas mías. En cuanto se despierte le diremos que vinisteis.

—No lo entendemos. ¿Yaaba? ¿Qué le ha pasado en la cabeza?

—Hermana mía, el mundo es un lugar extraño. Eso es todo.

—Hermana mía, la niña que no hace nada vale más que un cordero.

—Benyiwa, nos vamos. Descansa un poquito.

—Buenos días.

—Buenos días.

—Buenos días.

—Yoo. Os doy las gracias a todos.

Así que Maami entró en su casa y cerró la puerta. Se arrojó junto a Yaaba, que dormía, y le puso la mano izquierda en el pecho vendado.

—Mi niña, mi niña, te lo agradezco.

Le caían lágrimas por la cara. Yaaba oyó «Mi niña» desde muy lejos. Abrió los ojos. Maami lloraba y seguía llamándola «Mi niña» y diciendo cosas que no comprendió.

¿Me está llamando así Maami? Que vengan las gemelas.
¿De verdad soy hija suya?

—Mi niña Yaaba...

Pero ¿cómo voy a conseguir la arcilla roja?

Pero ¿por qué no puedo hablar?

«Ojalá vinieran las gemelas...».

Quiero llevar los pendientes de oro...

Quiero saber si Maami me llamó su niña. ¿Quiere decir que soy hija suya, como Adwoa? Pero no se deben preguntar esas cosas a los mayores. De todas formas, qué dolor. Siento como rejas en el pecho.

Probablemente mañana... Pero ahora Maami acaba de llamarme «Mi niña»...

Y volvió a quedarse dormida.

Traducido por **Maya G. Vinuesa**

CHARLA DE CAMINO AL FUNERAL

Adwoa, hermana mía, ¿cuándo volviste?

—Anoche.

¿Has venido por la tía Araba en particular?

—¡Cuéntame, hermana! Al oír la noticia salí corriendo a mi habitación a recoger mi *akatado*. ¿Cómo iba a quedarme una hora más en Tarkwa? Llegué de noche.

¿Y tu marido?

—No podía venir. Ya sabes lo que es trabajar para el gobierno. Para marcharte durante medio día tienes que avisar con varios días de antelación. Es mucho lío. Pero él se ocupará de todo eso antes del próximo *Akwanbo*. Entonces podremos estar presentes los dos en el festival y la ceremonia de libación si la familia de ella lo organiza un día en torno a esas fechas.

¿Oíste al grupo de danza Bosöe practicar la canción del pan?

—Sí. Me he enterado de que va a ser la canción más importante del funeral esta tarde. Me parece muy adecuada. Al fin y al cabo, cuando se formó el grupo, la canción del pan de la tía Araba fue la primera que convirtieron en una canción Bosöe y con la que bailaron.

Sí, en aquella época era una canción conocida. Por aquí llevaba sonando más de veinte años. Primero en la voz de

la propia tía Araba con la fina y delicada dulzura que tenía en la lengua, como rociada por una baya de *asawa*, que más adelante, mucho después, se había vuelto un poquito áspera. Entonces, de pronto, cambió otra vez por completo. Sí, seguía siendo una voz de mujer. Pero era más profunda y, como la buena miel, espesa y áspera a la vez, con una dulzura más contenida.

—¿Hablas de cuando Mansa se encargó de la venta del pan?

Sí. Así es como, de hecho, todo aquel pequeño distrito empezó a conocerse como *Bosohwe*. Muy a menudo, la tía Araba no tenía que llevar el pan. En cuanto brotaba el aroma del horno, los niños empezaban a tirar de la ropa de los padres para que les dieran unos peniques. Ciertamente, la primera hornada se pagaba con los peniques de ese jolgorio. Docenas de ellos. Por supuesto, a los niños siempre les llegaba el aroma antes que a sus madres.

—¿No estábamos entre ellos?

Sí estábamos, hermana. Acuérdate de la zona del horno, que en días de mercado y en otras vacaciones se convertía en todo un mercadito. Y, claro, allí estaba la tía Araba. Siempre fue una mujer hermosa. Incluso hace tres meses, cuando decían que se nos iba, pensé que tenía mejor aspecto que muchas de las que decimos estar en la flor de la vida. Si fuera una mujer joven, en estos tiempos en los que se vende la belleza a los peces gordos de las ciudades, habría llegado lejos.

—Aunque es una auténtica vergüenza que las chicas se dediquen a eso. Y con respecto a nuestros poderosos... Mmm, ideja que cierre esta boca mía, que solo busca líos! Pero esos

tipos todavía son algo peor; ya sabes, estos hombres nuestros con estudios tampoco se han dedicado a hacer nada bueno.

Como si ya lo supieras, hermana. En definitiva, ¿no fue un abogado-o-médico-o-algo-así la causa de todos los problemas de la tía Araba?

—No lo sabía, hermana.

Sí, hermana mía. Son rumores, claro, no se habla de ello abiertamente. Déjame girar la cabeza y mirar atrás... Ni se te ocurra ir al río a contárselo a la gente. Y, si lo haces, más te vale no decir que te has enterado por mí.

—¿Cómo iba a hacer eso? ¿Acaso soy una mocosa?

Sí, la tía Araba fue siempre una belleza. Mi madre dice que en realidad era la clase de ven-y-échale-un-vistazo cuando era niña. Le colgaban las trenzas por detrás del cuello como ramas de un árbol gigantesco, mientras que la piel de los brazos le brillaba como carbón de buena madera. Y ya que su familia es de las que se extiende por otras regiones, cuando a la tía Araba le faltaba poco para la pubertad, la mandaron a vivir a A—, a casa de una señora, parienta suya. Allí es donde aprendió a hacer esas maravillas con la harina. Pero en menos de cuatro años se metió en un lío.

—¿Eh eh?

Eh eh, hermana. Y ahora acerca la oreja.

* * *

—¿Ese abogado-o-médico-o-algo-así que era el marido de la señora?

Sí.

—¿Y qué hicieron ellos?

No querían dañar su matrimonio, así que taparon el asunto y la devolvieron a casa discretamente. Muy discretamente. Esa chica era nuestra tía Araba. Y el niño es Ato, ese chico con muchos estudios de quien hemos oído hablar.

—*Ei*, cuántas cosas hay en la vieja caja del mundo para elegir y contar, hermana mía.

Tú lo has dicho. Pero calla y escucha. No he terminado la historia. Si a mí me pasara algo así, se me hubiera arruinado la vida. Pero cuando la tía Araba volvió a casa de su madre, parecía un carnero del norte; alta, hermosa y fuerte. Y su madre no tuvo un comportamiento infantil como el de algunas en casos como este. No, no se desmoronó como si se hubiera venido abajo el mundo...

—Mira cómo trató Madre Kuma a su hija. Le soltaba una tormenta de insultos cada día, se negaba a darle de comer y acabó echándola de su casa. Ah, y mira lo que le hizo a Mansa su padre...

Pero ¿no es aquí adonde quería yo llegar? Aquí quería yo llegar.

—Ah-h-h...

Bueno, pues la madre de la tía Araba acogió a su hija y la cuidó como a un huevo hasta que nació el bebé. Y después, ¿no se apretó la tía su faja para ir a trabajar? Señor, no había masa de harina que se le resistiera; la mezclaba y freía o bien la horneaba. ¿*Epitsi*? ¿*Tatare*? ¿*Atwemo*? ¿*Bofrot*? ¿*Boodo*? ¿*Boodoo-ngo*? ¿*Sweetbad*? *Hei*, iba de acá para allá vendiendo sus tortas y pasteles de plátano, su pan de maíz dulce, sus bollos fritos, sus panecillos de maíz en aceite de palma, sus buñuelos y sus pastas de coco. Pero algunos dicen que, a pesar de su esfuerzo, no ganaba mucho. Otros dicen que llegó a contraer deudas.

—Pero creo que alguien debería haberle dicho que, aunque son cosas ricas, son más propias del gusto de la gente que vive en las ciudades. Ni yo misma imagino a ningún hombre o mujer que se pasa la vida en las fincas malgastando peniques en cosas que solo satisfacen al paladar y no llenan el estómago. Puede que la gente de nuestras aldeas le comprara tataré y epitsi, pero nadie más lo haría.

Como si lo supieras, hermana mía. Eso es lo que descubrió la tía Araba, pero le llevó su tiempo. No sé quién le aconsejó que dejara esa comida de antojos. Pero lo hizo y acabó horneando pan normal y corriente. Aquello le salió mejor.

—¿Y cómo es que se casó con Egya Nyaako?

Dicen que ganó aún más fuerza y belleza una vez que terminó de destetar al bebé. Los hombres buenos y ricos de las aldeas de la región querían casarse con ella.

—*Ei*, ¿tan pronto? ¿Estaban dispuestos a llevársela con el bebé?

Sí.

—Mmm, una buena mujer nunca se pudre.

Eso es lo que decía nuestro padre, como los demás padres.

—¿Y eligió a Egya Nyaako?

Sí. Claro que deberíamos acordarnos de que era un buen hombre.

—Sí, desde luego. A mí también me contrataba para cosechar el coco. Nunca se empeñaba en apretarnos con los cocos como hacen la mayoría de los jefes. No, nunca intentó hacer trampa con el sueldo justo.

¡Mira que no puedo decir lo mismo de su heredero!

—Yo tampoco, según lo que se rumorea. Dicen que es un auténtico avaro.

Así que la tía aceptó casarse con Egya Nyaako y se vino con el niño. El chico, este hombre importante con estudios del que hemos oído hablar, fue al colegio con los demás chavales desde el primer día, después de que lo inauguraron aquí. En la antigua capilla metodista. Dicen que la tía solía decir que si nunca se levantaba tarde era porque quería dar una buena educación a su hijo.

—*Poo*, qué pena. Y seguro que era verdad. Mezclaba la harina y horneaba la masa ella sola hasta bien entrada la noche, y al primer canto del gallo se levantaba de la cama a encender sus fogones. Excepto los domingos.

Ciertamente iba a dos misas cada domingo. Era una buena cristiana. Aun así, mira cómo le salió el chico y lo que le hizo.

—¿Sí? Sabes que llevo mucho tiempo fuera. Nunca he oído nada del chico que me inspirara mucho respeto. En realidad, sé muy poco.

Esa es la historia que te estoy contando. Te estoy llevando al pueblo de los pájaros; no entiendo por qué insistes en buscar huevos en los suburbios.

—No volveré a interrumpirte, hermana mía.

Tal vez fuera porque no tuvo más hijos y Ato se convirtió en hijo único. Dicen que le mimaba en exceso. Aunque no sé si yo habría hecho lo mismo si hubiera estado en su lugar. Pero dicen que antes de cumplir los seis años ya la desafiaba. Y continuó plantándole cara hasta que terminó esos estudios tan importantes. Y entonces vino su padre a reconocerlo como hijo y parece que eso terminó de arruinarlo por completo.

—¿Te refieres al abogado-o-médico-o-algo-así?

Al mismo. Dicen que él y su mujer no tuvieron un hijo varón y, por eso, cuando el chico estaba terminando el séptimo curso de la primaria, más o menos, el hombre se presentó a ejercer de padre.

—*Poo*, iesen estudiantes!

Qué vergüenza, hermana mía. Justo cuando ya había pasado lo más duro.

—Si yo hubiera sido la tía Araba, eh, le hubiera cobrado unas mil libras por abandono.

Pero tú no eres la tía Araba. Dicen que le hizo muy feliz que por fin el chico fuera a conocer a su padre real. Esperaba que ayudara al chico a frenar sus locuras. No, ella no quería causar problemas. Así que este pez gordo de la ciudad apareció un día con sus amigos o sus parientes y se reunió con la tía Araba y su familia. Fue un domingo por la tarde. En dos cochazos. Dicen que algunas de sus hermanas y parientas habían afilado la lengua para decirle al hombre lo que merecía oír. Pero se quedaron mudas al ver a todos aquellos tipos importantes en sus cochazos. Hablaron en voz baja entre ellas, eso fue todo. Él, quiero decir su nuevo padre, declaró que mandaría a Ato a la universidad.

—¿Y lo hizo?

Sí. Y lo malcrió aún más que su madre. Le daba un montón de dinero. No sé a qué universidad lo mandó, porque no conozco ninguna. Pero solía venir aquí de vacaciones. Y cada vez que se marchaba dejaba a su madre con deudas por su estilo de vida. Aunque debo añadir que a ella no parecía importarle.

—Ya sabes cómo son las madres, incluso cuando tienen varios hijos.

Pero, hermana mía, se llevó un buen golpe cuando le causó problemas a Mansa. El padre de Mansa casi la mata.

—He oído que el padre de Mansa es un orgulloso, que se cree el mejor de su quinta.

Pues ya lo sabes. Cuando llegó aquí la educación formal, todos aquellos chicos eran demasiado mayores para ir al colegio. Todos menos Mansa. Y él presumía de que solo sentiría que había sido el mejor padre cuando ella fuera a la mejor universidad en la tierra de los blancos.

—¿Y tenía el dinero?

No me preguntes. ¡Ni que me hubiera metido en su bolsillo! Lo tuviera o no, andaba diciendo esas cosas. Pero, claro, la gente también conocía las palabras que decía en aquellas ocasiones, «digamos que todo saldrá bien, y así todo saldrá bien». No te rías, hermana. Ahora te puedes imaginar cómo se debió de sentir cuando Ato le hizo eso a su hija. Me acuerdo de que fue por ahí diciendo que iba a denunciar a Ato por daños graves. Pero, afortunadamente, Ato dejó de venir aquí de vacaciones. Pero por supuesto, su madre, la tía Araba, estaba aquí. Y algo le llegó por el padre de Mansa. Y delante de sus narices tenía a la propia madre de Mansa. El hombre se dedicó a ir de acá para allá despotricando contra las mujeres que no tenían el sentido común de enseñar a sus hijos a guardar su miembro entre los muslos hasta ser capaces de asumir las consecuencias de dejarlo suelto, y contra las otras madres a las que les faltaba el valor de atar a sus hijas a sus esterillas.

—Ay, Señor.

Sí, hermana mía.

—Mmm, nunca me enteré de esas cosas.

Eso es porque llevas todo el tiempo allá en *las Minas*. Pero yo sí he estado aquí. Soy de las que se quedan en el pueblo y aguardan a los que viajan. Y con respecto a esta historia, he tenido la oportunidad de saber todas estas cosas porque la familia de mi marido vive en ese distrito. Ya te digo, el padre de Mansa no daba tregua a nadie. Así que, hacia el sexto mes del embarazo de Mansa, su madre y la tía Araba decidieron actuar. La tía Araba acogería a Mansa en su casa, la cuidaría hasta que naciera el bebé y después pensarían qué hacer. De modo que Mansa se fue a vivir con ella. Y desde aquel momento, la gente no supo cómo describir la relación entre ellas. Unos decían que parecían madre e hija; otros, que eran como hermanas; y según algunos, eran como amigas. Cuando nació el bebé, la tía Araba se llevó a una o dos parientas más a casa de los padres de Mansa. Su objetivo era simple. Mansa había retornado sana y salva del campo de batalla. El bebé tenía aspecto fuerte y sano. Si el padre de Mansa quería que volviera a la escuela...

—Sí, eso es lo que hacen algunas chicas.

Pero el padre de Mansa había perdido el interés en sus estudios.

—Le entiendo.

Yo también. Así que la tía Araba dijo que, en ese caso, no había ningún problema. Mansa era una buena chica. No como una *yetse-yetse* de esas que se creen que pisar un aula las convierte en diosas. Madre e hijo vivirían con ella hasta que Ato terminara sus estudios. Después se celebraría el matrimonio como era debido.

—Nuestra tía Araba se ha ganado el cielo.

Si existe el cielo y si Dios no se parece al hombre, hermana mía.

—¿Qué dijeron los padres de Mansa?

¿Qué iban a decir? La madre se alegró. Sabía que si Mansa volvía a vivir con ellos habría un recordatorio constante de lo sucedido para el padre, que no dejaría en paz a nadie. Dicen que fue en aquella época cuando el negocio del pan creció más y más. Las manos de Mansa atraían el dinero como lo hace la escopeta de un buen cazador con sus presas. La tía Araba rejuveneció. Decía que, si todas las madres supieran que tendrían nueras como Mansa, los dolores del parto serían más soportables. Cuando su marido Egya Nyaako murió, ¿no habría enloquecido si Mansa no hubiera estado a su lado? Temía el momento en que su hijo terminara la universidad y se presentara a celebrar el matrimonio con Mansa para llevársela después. A los tres años, Ato se graduó. Es profesor, como sabes, hermana. El gobierno le había dado un destino lejos de aquí. De pronto, dos o tres semanas antes de Navidad, recibieron una carta de que venía a casa.

—Seguro que Mansa se puso muy contenta.

No lo digas en voz muy alta, hermana mía. La noticia voló. Nos burlábamos de ella. «Estos días algunas mujeres se pasean por ahí con una sonrisa de oreja a oreja. Será porque hay un pájaro detrás del árbol de nim de su patio trasero que les trae una noticia especial», le decíamos. La tía Araba decía que se acercaba el día de su ruina. ¿Qué iba a hacer ella sola? Pero sus amigas sabían que también estaba muy contenta. Hasta entonces había llevado su carga con sumo cuidado. Pero si cueces algo durante demasiado tiempo, se quema. Su momento auténticamente glorioso sería cuando viniera su hijo a llevarse a su prometida y a su hijo.

—Y mira que era un niño guapo.

Y listo, hermana mía. Antes de cumplir dos añitos ya nos deleitaba a todas al imitar a su abuela y a su madre cantando como ellas al vender los huevos. Una semana antes de la llegada de Ato, Mansa volvió a la casa de sus padres.

—Bien hecho.

No le podían haber dado un consejo mejor. Aquel sábado la vieron muy pronto en la zona del baño. Mi hija pequeña tenía fiebre y yo no había ido a la finca. Cuando dieron las once en punto, me encontré con Mansa en el mercado, con pinta de tarta para una fiesta. Le pregunté si era verdad lo que habíamos oído, que nuestro amo y señor vendría aquella tarde en la furgoneta del día de mercado. Me respondió que había oído bien.

—A lo mejor tenía muchas ganas de verle y no podía esperarle en casa.

¿Hubieras esperado tú con calma en su lugar?

—Ay de las mujeres. Que tengan compasión de nosotras...

Qué me vas a decir, hermana mía. Quería haber puesto una vara bajo la historia y aclarártelo todo. Pero ya hemos llegado a la ciudad.

—Sí, mira la muchedumbre. La casa de la tía Araba, ¿queda cerca de la entrada de esta carretera?

Oh, sí. Antes de que creciera la ciudad, tal y como es ahora, la casa Twidan Abusia daba justo a la carretera; pero ahora queda detrás de unas cuatro casas. ¿Por qué?

—Creo que oigo cantos.

Sí, oyes bien.

—Va a tener un buen funeral.

Esa, hermana mía, es la respuesta a una pregunta que nadie hará.

—Venga, termina de contarme la historia.

Mmm, cuando llegó la furgoneta del mercado, no había ningún Licenciado-Profesor-Ato.

—¿No?

No.

—¿Qué hicieron Mansa y la tía Araba?

¿Qué iban a hacer? Todo el mundo dijo que una carretera siempre guarda historias. Quizá había llegado tarde a su parada de la furgoneta. Quizá había enfermado aquel día, o algún día antes. Esperarían un rato. Quizá llegara por la noche si sabía que podía coger otra furgoneta por ser día de mercado. Pero no apareció aquel sábado ni a la mañana siguiente. Tampoco lo vio nadie el lunes ni el martes.

—Ohhh...

Aquí la gente no dice «ohhh»... Nos enteramos a mitad de la semana siguiente —ahora no me acuerdo si fue en miércoles o jueves— de que había venido.

—¿Eh eh?

Nyo. Pero traía noticias. Su matrimonio con Mansa era imposible.

—Oh, ¿por qué? Después de arruinar su...

Como no te calles, se acabó.

—Perdóname, sigue, hermana mía.

Quedémonos en este callejón. Ahí al lado está la sala del funeral. No quiero que nos oigan.

—Tienes razón.

Chicha¹ Ato dijo que no se podía casar con Mansa porque había metido a otra chica en un lío.

—¡*Whopei!*

Era una compañera de la universidad. Su madre y su padre eran personas con poder. Decían que como no se casara con su hija se lo cargarían...

—¡*Whopei!*

Su padre-abogado pensó que sería aconsejable que se casara cuanto antes con la chica por miedo a lo que hiciera el padre.

—¡*Whopei!*

Así que no podía casarse con nuestra Mansa.

—¡*Whopei!*

No se dice *Whopei*, hermana mía.

—Entonces ¿qué hicieron?

¿Quiénes?

—¡Todas! Mansa, la tía Araba...

¿Qué podían hacer?

—¡*Whopei!*

Creo que fue justo antes de que tú volvieras aquí para que naciera tu tercer bebé.

—¿Hace unos tres años?

Sí.

—Era el cuarto. El tercero nació en Aboso, pero murió.

Entonces era tu cuarto bebé. Sí, fue justo antes de que vinieras.

¹ Chicha: transcripción que lleva a cabo la autora de la palabra *teacher*, maestra, maestro. Evoca el acento fante (dialecto de la lengua akan) en su pronunciación por parte de la gente del pueblo (NOTA DE LA T.).

—Encontré a la tía Araba muy distinta. Pero ya tenía yo suficientes problemas como para andar metiéndome en los asuntos de los demás... Así que, ahí me quedé...

Sí, desde entonces la tía Araba quedó perdida.

—¿Y Mansa?

La verdad es que se parece mucho a la tía Araba. Tiene su mismo carácter y, como ella, es una buena mujer. Si se hubiera quedado aquí, seguro que cualquier otro se habría casado con ella. Pero se marchó.

—¿Y el niño?

Se lo dejó a su madre. ¿No lo has visto desde que viniste?

—No. Porque a nadie se le ocurriría señalármelo a menos que yo preguntara. Y me sería imposible reconocerlo. No lo conozco en absoluto.

Anda por aquí, con los demás alumnos de la escuela.

—¿Y a qué se dedica Mansa?

Cuando se marchó a la ciudad, todo el mundo decía que se haría puta.

—*Whopei*. Qué mala es la gente.

Sí. Pero quizá habrían tenido razón si Mansa no fuera la que todos conocemos. Parece ser que la tía Araba la mandó a casa de una amiga y que encontró trabajo en una panadería con máquinas que hacen más de cien barras por hora.

—Las buenas personas no se pudren.

No. Mandaba dinero y otras cosas a casa.

—Que Dios la bendiga. ¿Y la tía Araba?

Como te iba contando. Después de este lío, dicen que no volvió a ser la misma. Dejó de hacer pan. Inmediatamente. A sus amigas les dijo que sentía que se hacía vieja. Dicen que unos meses después empezó a sufrir unos dolores de estómago terribles. Intentó tratárselos por aquí y por allá,

primero en hospitales y después con nuestros propios doctores y sus remedios. Nada funcionó.

—¡Ay, los nuestros...! Pero ¿no pudieron abrirle con un bisturí en algún hospital y averiguar qué le pasaba?

Hermana mía, dicen que no, eso no va así. Hay que averiguar el problema antes de cortar el cuerpo de una persona.

—¿Y no pudieron averiguar la enfermedad de la tía Araba?

No. Se gastó lo que tuviera en busca de una cura para el estómago. Egya Nyaako, como sabes, ya había muerto. Así que hace unos tres meses hizo su equipaje con todo lo que tenía y vino aquí, a ocupar su casa ancestral.

—¿Entonces murió ayer por la tarde?

Sí, murió ayer por la tarde.

—Su espíritu se había ido.

Ciertamente, fue su hijo quien lo alejó. Y entonces Mansa se marchó con su alma.

—¿Has visto a la señora esposa de Chicha Ato?

No. Hemos oído que se casó en la iglesia. Pero la tía Araba ni la pisó. Tampoco él la trajo nunca a Ofuntumase.

—A lo mejor se presentan aquí los dos hoy, ¿no?

No me imagino que él no venga, y ella... no sé. Algunas de estas señoras no pisan un sitio como este por miedo a ensuciarse.

Mmm... ¡Allá ellos con su mandioca! Pero ¿crees que Mansa vendrá a llorar por la tía Araba?

Hermana mía, si has venido tú, ¿cómo crees que no va a venir Mansa?

Traducido por **Marta Sofia López Rodríguez**

OTRAS VERSIONES

Todo el asunto empezó después de los exámenes oficiales de secundaria. Me había quedado en la ciudad para trabajar. Este iba a ser mi primer encuentro serio con la ciudad y, cuando escribí a casa para anunciar mis intenciones, me sentí un poco extraño. Bekoe y yo nos íbamos a quedar en una habitación muy pequeña en casa de su tío. La habitación parecía un ataúd, pero daba igual. Encontramos un trabajo en la oficina de correos para clasificar las cartas. Se me ha olvidado cuánto nos pagaban. Es extraño... pero lo he olvidado. En todo caso, eran unas doce libras. O bien partíamos de catorce y con las deducciones se quedaban en doce y pico o bien eran doce sin impuestos. Pero de lo que me acuerdo es de doce. Bekoe me dijo que su tío no esperaba que le pagásemos nada por la habitación, y que incluso le había dicho a su mujer que tenía que darnos de comer tres veces al día gratis. Digo yo que esto fue muy generoso por su parte. Porque, ¿sabes qué? Mucha gente hubiera insistido en que pagáramos. Hubieran dicho que eso nos enseñaría a apañárnoslas bien con el dinero en el futuro. Y, de hecho, luego descubrimos que la mujer no tenía intención de darnos de comer así, por la cara. Después de una semana, empezó a sugerir que estaría bien que considerásemos la posibilidad de contribuir con algo. No es que fuera a cobrarnos por las

comidas. No, solo nos estaba pidiendo que contribuyésemos con algo. Acordamos que cada uno pondría tres libras. No es que Bekoe fuera a decir nada en su contra. Él sabía que se habían roto matrimonios por culpa de los sobrinos y de las sobrinas. *Ei*, él no quería problemas. Además, su madre le hubiera matado si hubiese montado algún lío. Su madre es una comerciante feroz y la conozco bien. Fácilmente podría haberle dado unas cuantas bofetadas y más tarde presumir en el mercado de cómo le había dado una paliza a su hijo, que llevaba cinco años en el instituto.

En todo caso, eran tres libras que descontar del sueldo. Y después estaba el asunto de la americana. Quiero decir, la americana del uniforme escolar que quería comprarme. Costaba diez libras y Padre había dejado claro que consideraba cumplidos sus deberes para conmigo tras pagarme la matrícula del último trimestre. ¿Cómo iba a irle con la historia de la americana? Así que decidí que todos los meses iba a guardar cuatro libras para poder comprarla. Íbamos a trabajar tres meses. Era todo el tiempo del que disponíamos en las vacaciones de verano. Verás, los dos queríamos seguir estudiando. Bueno, si era capaz de apartar cuatro libras todos los meses, todavía me quedarían dos libras después de haberla comprado. Y podía usarlas para mantenerme hasta que nos llegara el dinerillo del gobierno.

Después me acordé de lo que mi madre me había dicho. La recuerdo diciéndome un día que, cuando ganara mi primer sueldo, tendría que llevar algo de dinero a casa. Una parte sería para comprar ginebra con la que hacer libaciones a los espíritus de nuestros ancestros para que me bendijeran con prosperidad. Por eso, el primer sábado después del día de cobro, fui a la estación y cogí el *Tailless Animal*. ¡Ay, qué

furgoneta! No me sorprendió leer en la carta de Araba que Anan, su propietario y conductor, se ha comprado un autobús. Eso lo haría cualquiera, después de que ambos hubieran tenido durante años, literalmente, el monopolio del transporte de viajeros.

Por supuesto, yo siempre pensé que este dinero sería para Madre. Así que imagínate cómo me sentí cuando, durante una discusión privada con ella la tarde que llegué, me dijo que sería mejor que se lo diera a Padre. Para este asunto, también había apartado cuatro libras, y me había guardado la última para mis gastos. En todo caso, en cuanto el dinero cayó en sus manos se echó a llorar.

—Ao, yo también estoy prosperando en la vida. ¿Quién me lo iba a decir? Nunca pensé que viviría para ver un día como este... Ahora ya tengo a un hombre para ocuparse de mí...

Ya sabes cómo se ponen las mujeres cuando se lo proponen. Incluso se arrodilló para dar gracias a Dios, y en ese momento yo salí de la habitación. Sí, y después de tanta historia ella ni siquiera se quedó con el puñetero dinero.

—Dáselo a tu padre. Sin duda él comprará la botella de ginebra para hacer la ofrenda a los antepasados. Ya le pediré yo después diez chelines para comprar ñame y huevos para el domingo...

—Eso debería dejar todavía tres libras intactas —pensé en voz alta.

—Escucha, hijo, ¿acaso importa que tu padre reciba tres libras de tu paga? No importa, ya te lo digo yo. Porque entonces nadie podrá decir que no le has dado ni un céntimo desde que empezaste a trabajar.

—Pero, Madre, yo no he empezado todavía a trabajar de forma permanente.

—¿Qué quieres decir?

—Madre, he hecho un examen. Si lo apruebo voy a seguir estudiando.

—Pero ¿no me diste tú mismo a entender que terminarías en cinco años?

—Sí, pero el gobierno le pide a la gente que tiene muy buenas notas que siga estudiando.

—¿Y el gobierno les paga la matrícula?

—Sí.

—Eso es buena cosa, porque no creo que tu padre estuviera dispuesto a seguirte pagando los estudios. Y, en todo caso, el dinero no es lo más importante. Dáselo a él. Su gente no sabe nada de que el gobierno os pida que sigáis estudiando. Lo único que saben es que ya estás trabajando.

¡Dios!

Yo no había pensado en darle una cantidad así. Ciertamente, no tan pronto... No obstante, llegó el domingo y comí el *oto* que Madre había preparado con el ñame y el aceite de palma. Lo comí con huevos para congratular mi alma. Después fui a despedirme de la gente y Madre me acompañó hasta la carretera. Puesto que era domingo, no tenía sentido esperar que apareciera el *Tailless Animal*, porque no lo haría. Solo pasaba los días de diario.

Y todavía me faltaba por saber que no habíamos terminado con el asunto del dinero. Madre creía que sería buena cosa que le diera a mi padre ese «alguito» mientras siguiera trabajando.

—*Ho*, ¿a Padre?

—Sí. Él se ha portado muy bien contigo mandándote al instituto. Y si ahora le das algo, no solo le estarás demostran-

do tu gratitud, sino que se podrá emplear el dinero para la matrícula de tus hermanas.

Ei, ¿dónde se ha escuchado antes semejante cosa? Te digo que me subió la fiebre de golpe. Pero Madre seguía hablando.

—Yo había pensado en una cantidad digna, unas cinco libras. Pero esta vez fueron cuatro y quizá sería mejor dejar las cosas así.

—¿Y cuánto tengo que darte a ti?

—¿A mí? —sonó escandalizada—. ¿Por qué ibas a traerme algo a mí? A mí no me hace falta tu dinero. Yo solo quiero que seas feliz y no lo serás si la gente dice que eres un mal hijo. ¿Crees que soy una vieja tan idiota como para andar pidiéndote dinero? Si le das eso a tu padre, estarás haciendo mucho. Dime que lo harás, Kofi.

—Lo haré, Madre—, contesté como un loro.

Estuve aturdido todo el resto del viaje y del día. No era capaz de encontrarle un sentido. Para empezar, ¿de quién era yo hijo? ¿Por qué iba a tener que pagar a mi padre por haberme mandado al colegio? Y llamarlo «instituto» tampoco me servía de nada. Y además él solo me pagaba la mitad de la matrícula, porque la Cooperativa de Productores de Cacao, de la que él era miembro, me había dado una beca que cubría la otra mitad. Y, además, Padre es la clase de padre que comprueba tan minuciosamente cualquier listado que parece que le va la vida en ello. Y le da igual qué clase de lista. ¿Listas de libros de texto? «*Hei*, ¿acaso no te compré ya un diccionario el año pasado?». ¿La lista de las provisiones que necesitas para sobrevivir a la dieta de hambruna del internado? «¿Y a quién piensas dar de comer con doce latas de alubias Heinz?».

En fin, ya los conoces. De hecho, cuando hablas con la gente te das cuenta de que todos los padres son así, y eso es un consuelo. En todo caso, Padre es así. Era una batalla que luchábamos al principio de cada trimestre. Una vez que Madre no sabía que yo estaba escuchando, le oí contarle a mi tía, la pequeña, que Padre siempre rebusca entre sus monedas las que se han reblandecido para darlas por ahí. No te rías. No tiene ninguna gracia si eres su hijo. ¿Entiendes ahora que me pusiera malo escuchando a mi madre hablar así? Y la cosa es que no era el dinero que estaba repartiendo lo que me dolía. Era la idea de que se lo quedara mi padre. Siempre había pensado en apartar una parte de mi sueldo para Madre cuando empezase a trabajar. Yo era su tercer hijo. Mis dos hermanos mayores ya estaban trabajando, pero estaban casados y no podían ocuparse demasiado del resto de nosotros. Después de mí había dos chicas y luego otro hermanito. Padre nos paga la matrícula y siempre se anda quejando. Madre nos compra la ropa y también nos alimenta, porque las tres libras que él le da para hacer la compra son una auténtica broma. Madre vende telas, pero no es una de esas mujeres gordas y ricas del mercado como, digamos, la madre de Bekoe. En los pueblos siempre tienes que andar pidiendo prestado, y el dinero entra en cantidades tan miserables para la gente como Madre, con cuatro hijos, que tiene que gastarse inmediatamente cada penique que gana. Siempre dice que ella trabaja para las mujeres que venden pescado y mandioca. Y siempre está la amenaza de que acaba comiéndose su poco capital. Así que, naturalmente, fue en ella en quién pensé a la hora de darle dinero a alguien.

Pero la obedecí. Le envié a Padre cuatro libras durante los siguientes meses, y cada vez estuve a punto de estallar. «¿Por

qué no a Madre? ¿Por qué no a Madre?», me preguntaba a mí mismo. Me encabronaba.

Bueno, llegamos a sexto. Y, por supuesto, Padre se dio cuenta de que yo seguía estudiando. No es que no estuviera orgulloso de mí. Siempre dejaba caer en sus conversaciones con otros hombres que Kofi tenía intenciones de ir a la unifar-sidad. Por él, estupendo, mientras no tuviera que pagarlo...

Saqué unas notas excelentes, con muchas matrículas de honor. Dejé de trabajar durante las vacaciones con el fin de prepararme para ir a nuestra universidad nacional. Y entonces me encontré con el señor Buntyne, que había sido nuestro profesor de química. Me preguntó si estaría interesado en una beca para ir a la universidad en América. Sabía de un sindicato de negocios que estaba buscando a gente especialmente brillante a la que ayudar. Todavía no habían tenido a ningún africano. Y estaba seguro de que yo les iba a interesar. Por supuesto que me presenté. Tuve que rellenar un sinfín de formularios, pero conseguí la beca. Y vine aquí.

Nunca me olvido del dinero para Madre. Me dije a mí mismo que haría algo al respecto en cuanto me graduara. Quizá sea la forma en la que ella piensa, completamente en serio, que no necesita mi dinero lo que me hace preocuparme más por ella. Incluso he pensado en buscarme un trabajo durante las vacaciones aquí para poder enviar a casa parte de mi paga con la instrucción expresa de que es para ella. Pero sé que eso le causaría una auténtica agonía. Mejor incluso, he pensado en ahorrar cuarenta libras, o cuatrocientas, para llevárselas y que haga algo con ellas. Como construir una casita «para tus hijos», como ella suele decir...

Y de pronto ocurrió esto. Fue en el primer mes de mi estancia aquí. El señor Merrows me invitó a cenar con él y con

su familia. No estoy seguro de si es el presidente del sindicato que me trajo aquí, pero ciertamente es uno de los de arriba. Vinieron a recogerme al campus para llevarme a su casa. Era una buena choza, sin duda. Todo era perfecto. Había otros invitados además de la familia Merrows. La comida era espectacular, pero sin duda el plato principal de la cena era yo. ¿Qué pensaba de América? ¿Cómo iba a utilizar la oportunidad única que se me había dado en beneficio de África? ¿Cuántas mujeres tenía mi padre? Etc., etc., etc.

Yo había asumido que toda la gente de la casa estaba sentada en la mesa. La señora Merrows salía y entraba continuamente en la cocina para servir comida. Y, como ya he dicho, la comida era realmente buena. Todo el mundo la felicitó por ello, y ella sonreía y les daba a las esposas las recetas de esto o de lo otro.

Un par de horas después de comer la señora Merrows me propuso volver al campus, porque se estaba haciendo tarde. Yo asentí. Di las gracias y las buenas noches y seguí al señor Merrows hasta la puerta. Esperé mientras él sacaba el coche del garaje. Me dijo que subiera al coche y lo hice. Pero entonces él se levantó de su asiento, mientras el motor seguía en marcha, y volvió cinco o diez minutos más tarde seguido de alguien. Era una mujer negra. ¿Sabes esos saltos que a veces te pega el corazón? Pues a mí me pegó uno así en ese momento. Como si se hubiera dado la vuelta de una forma extraña. El señor Merrows le abrió la puerta de atrás.

—Kofi, la señora Hye nos ayuda con la cocina de vez en cuando—dijo—, y puesto que tengo que llevarte a ti de todos modos, pensé que podría acercarla a ella hasta la mitad del camino. Señora Hye, Kofi es africano.

En el coche, nos sonreímos el uno al otro, un poco nerviosos... Intenté calmarme.

Pero luego, no sé si uno o dos días después, ni me acuerdo...

Estaba volviendo al campus tras visitar a un chico que conocía de casa y con el que me había encontrado unos días después de llegar. Cogí el metro. Cuando el tren se paró en la estación, me subí en el vagón más cercano. Parecía que estaba vacío. Me senté. Entonces levanté los ojos y vi que había alguien más. Había una mujer negra sentada al fondo del vagón, a la izquierda.

Otra mujer negra.

No podría decir si era anciana o solo de mediana edad. Ciertamente, no era joven. Me di cuenta de que debería tener cuidado o acabaría mirándola fijamente. Era de un color negro normal, con la boca pequeña, bonitos ojos profundos y un bolso negro viejo. Por alguna razón me fijé en el bolso. Llevaba el mismo tipo de impermeable que todo el mundo lleva aquí en el otoño. Salvo que me pareció demasiado fino para esas horas de la noche.

Esas horas de la noche.

Me quedé pensando qué podía estar haciendo una mujer de su edad en un vagón del metro a esas horas de la noche. No sé por qué, pero inmediatamente me acordé de la otra mujer que había estado cocinando en casa de los Merrow mientras ellos y yo comíamos. Empecé a sentirme confuso. Podría jurar que la mujer era consciente de que yo estaba haciendo un esfuerzo por no mirarla fijamente. Seguramente también sabía que estaba pensando en ella. No sé qué me llevó a hacerlo. Pero saqué mi cartera. Acababa de recibir el dinero de la beca. Así que saqué algunos billetes de dólar, los

arrugué en la mano y pegué un salto como si me estuviera quemando con un tizón.

—Eh... eh... soy africano, y usted me recuerda a mi madre. ¿Me aceptaría esto?

Y todo el rato seguía intentando no mirarla fijamente.

—Siéntate —me dijo.

No estoy seguro de haber escuchado estas palabras con el ruido, porque el tren estaba frenando en una estación, pero ella daba golpecitos al asiento a su lado.

—¿Dices que vienes de África? —dijo.

—Sí —dije yo.

—¿Y qué haces aquí, hijo mío?

—Estoy estudiando —respondí inmediatamente.

—Hijo, guarda esos dólares. Estoy segura de que tú los necesitas más que yo—. Por supuesto, era Madre. Así que no había necesidad de mirar. Pero ahora pude observar abiertamente lo bonita que era su cara. Salí del metro cuando llegó mi parada. Me quedé de pie en el andén hasta que la máquina rugió y silbó y se perdió de la vista. Miré el dinero que todavía llevaba en la mano. Quise estirar los billetes y así lo hice. Había un billete de diez dólares y dos de un dólar. Doce dólares. Entonces pensé que era el equivalente casi exacto a cuatro libras. No es que se me cerrara la garganta. Más bien, fue el sentimiento de estar completamente aturrido aquel domingo en la carretera de la ciudad el que volvió de golpe. Y mientras salía tambaleándome por las escaleras, me escuché murmurar: «Oh, Madre».



Títulos publicados

ECOLOGÍA

La nueva normalidad

Eduardo Romero, 2021.

56 pág.

ISBN: 978-84-121866-3-5

Vidas a la intemperie.

Nostalgias y prejuicios sobre el mundo campesino

Marc Badal, 2017.

(coedición con Pepitas de Calabaza). 224 pág.

ISBN: 978-84-15862-98-7

Ecología sobre la mesa.

Recetas para las cuatro estaciones

María Arce, Íñigo González, Eva Martínez

y Marina Tarancón, 2015.

(3ª ed.). 184 pág.

ISBN: 978-84-944572-0-3

El oro de Salave. Minería, especulación y resistencias

(CD documental El Oro de Salave, Jose Alberto Álvarez)

VV. AA., 2013. 208 pág.

ISBN: 978-84-939633-7

MIGRACIONES

La invención del pasaporte.

Estado, vigilancia y ciudadanía

John Torpey, 2020. 320 pág.

ISBN: 978-84-121866-0-4

La mancha de la raza.

Carta a un niño rumano

Marco Aime, 2014. 72 pág.

ISBN: 978-84-939633-6-1

Paremos los vuelos.

Las deportaciones de inmigrantes y el boicot a Air Europa Campaña Estatal por el Cierre de los CIE, 2014. 112 pág. ISBN: 978-84-939633-5-4

Un deseo apasionado de trabajo más barato y servicial. Migraciones, fronteras y capitalismo

Eduardo Romero, 2010.

144 pág.

ISBN: 978-84-614-0884-9

A la vuelta de la esquina.

Relatos de racismo y represión

Eduardo Romero, 2008.

123 pág.

ISBN: 978-84-612-7617-2

¿Quién invade a quién?

El plan África y la inmigración

Eduardo Romero, 2007

(2ª ed.). 68 pág.

ISBN: 978-84-611-4544-7

NARRATIVA

Las delicias de la maternidad

Buchi Emecheta, 2022.

344 pág.

ISBN: 978-84-121866-5-9

Nuestra hermana aguafiestas. 0 reflexiones desde una neurosis antioccidental

Ama Ata Aidoo, 2018.

(2ª ed.) 224 pág.

ISBN: 978-84-944572-6-5

En mar abierto

Eduardo Romero, 2016.

223 pág.

ISBN: 978-84-944572-2-7

Lloro por King Kong

Pablo Sorozábal Serrano, 2015.

254 pág.

ISBN: 978-84-939633-9-2

65% agua

Isabel Alba, 2014. 168 pág.

ISBN: 978-84-939633-8-5

FEMINISMO

Naiyiría

Eduardo Romero y

Amelia Celaya, 2016.

48 pág.

ISBN: 978-84-944572-3-4.

La Madeja (nº 0).

Aborto.

VV. AA., 2010. 64 pág.

ISSN: 2171-9160

La Madeja (nº 1).

Migraciones.

VV. AA., 2010. 64 pág.

ISSN: 2171-9160

La Madeja (nº 2).

Cuerpos.

VV. AA., 2011. 56 pág.

ISSN: 2171-9160

La Madeja (nº 3).

Paisajes.

VV. AA., 2012. 56 pág.

ISSN: 2171-9160

La Madeja (nº 4).

Amores.

VV. AA., 2013. 64 pág.

ISSN: 2171-9160

La Madeja (nº 5).

Transgresiones.

VV. AA., 2014. 64 pág.

ISSN: 2171-9160

La Madeja (nº 6).

Cuidados

VV. AA., 2015. 64 pág.

ISSN: 2171-9160

La Madeja (nº 7).

Miedos

VV. AA., 2016. 72 pág.

ISSN: 2171-9160.

La Madeja (nº 8).

Sexualidades

VV. AA., 2017. 72 pág.

ISSN: 2171-9160

La Madeja (nº 9).

Fronteras

VV. AA., 2018. 72 pág.
ISSN: 2171-9160

La Madeja (nº 10).

Duelos

VV. AA., 2022. 72 pág.
ISSN: 2171-9160

La Madeja (nº 11).

Alegrías

VV. AA., 2023. 72 pág.
ISSN: 2171-9160

MEMORIA

Mi infancia en el franquismo. Tiraña, Asturias, 1938.

Enesida García Suárez, 2021.
(3ª ed.) 96 pág.
ISBN: 978-84-944572-5-8

Mi guerra de España

Mika Etchebéhère, 2019.
(2ª ed.) 512 pág.
ISBN: 978-84-939633-4-7

Diario de un insumiso preso

Carlos Fuego Tirado, 2015.
172 pág.
ISBN: 978-84-944572-1-0

CUENTOS

Catalina y los bosques de hormigón

Ana Laura Barros,
David Acera,
y Amelia Celaya (ilustr.), 2017.
48 pág.
ISBN: 978-84-944572-4-1

Cosas que sucedieron (o no)

Miguel Ángel García Argüez,
José María Gómez Valero,
David Eloy Rodríguez
y Amelia Celaya, 2013.
48 pág.
ISBN: 978-84-939633-3-0

Este loco mundo. 17 cuentos

Miguel Ángel García Argüez,
José María Gómez Valero,
David Eloy Rodríguez
y Amelia Celaya, 2016 (2ª ed.).
72 pág.
ISBN: 978-84-614-0083-6

FUERA DE COLECCIÓN

Capitalimos racial

Arun Kundnani, 2022, 96 pág.
ISBN: 978-84-121866-6-6

La locura rev/belada.

Narrativas, experiencias y saberes encarnados
Miguel Salas Soneira, Asun Pié Balaguer, M. Carmen Morán de Castro, 2021.
128 pág.
ISBN: 978-84-121866-2-8

Ciclismo y capitalismo.

De la bicicleta literaria al negocio del espectáculo
Corsino Vela, 2020.
144 pág.
ISBN: 978-84-121866-1-1

La radicalización del racismo. Islamofobia de Estado y prevención antiterrorista

Ainhoa Nadia Douhaibi y Salma Amazian, 2019.
144 pág.
ISBN: 978-84-944572-9-6

¿Sólo dos? La medicina ante la ficción política del binarismo sexo-género

Daniel G. Abiétar, 2019
128 pág.
ISBN: 978-84-944572-8-9

De la poesía

T. S. Norio, 2012
(coedición con Libros de la Herida). 496 pág.
ISBN: 978-84-939633-2-3

OTROS TÍTULOS

Contra la Unión Europea.

Una crítica de la Constitución [agotado]. VV.AA., 2005.

Los árboles de la muerte.

Crónica de un inmigrante sin papeles. Marco Valle, 2004 (2ª ed.).

Crisis y deuda externa.

Las políticas del Fondo Monetario Internacional.
Miguel Moro, 2005.

Nos comen. Contra el desmantelamiento del mundo rural en Asturias. VV. AA., 2005.

Quién invade a quién.

Del colonialismo al II Plan África.
Eduardo Romero, 2011.

Nos matan y no es noticia.

Parapolítica de estado en Colombia
Ricardo Ferrer Espinosa y Nelson Restrepo, 2010.

Incendiarlos de ídolos.

Un viaje por la revolución de Asturias. Mathieu Corman, 2009.

Más agua, ¿para qué? El Plan

Hidrológico Nacional, el embalse de Caliao y la nueva cultura del agua.
Beatriz González y Eduardo Menéndez, 2006.

Oviedo detrás de la fachada

(fotografía / texto-plano de Oviedo).
María Arce, 2007.
Miguel Moro, 2007.

Rodaré maldiciendo.

Poemas y arte callejero
Silvia Cuevas-Morales, 2008.

